P. Valencina.

Flores del Claustro

161 B

FR 249;8943 Am1

86-204

The Catholic
Theological Union
LIBRARY
Chicago, Ill.

FLORES DEL CLAUSTRO

ES PROPIEDAD

FLORES DEL CLAUSTRO

POR EL M. R. P.

FRAY AMBROSIO DE VALENCINA

Ex-Provincial de los PP. Capuchinos
de Andalucía
y Miembro del Claustro de Doctores
del Seminario de Sevilla

OCTAVA EDICIÓN

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

SEVILLA
Imprenta de la Divina Pastora
— 1922 —

WITHDRAWN
9974
DISCARDED
The Catholic Theological Union LIBRARY Chicago, Ill.

Landesbibliothek

Province of St. Joseph
Capuchin-Franciscan Libr.
Mt. Calvary, Wisconsin

INTRODUCCIÓN

El aroma de cielo que se percibe en la lectura de este libro, indica que sus hojas son hojas de flores misteriosas; y como ellas nacieron entre las paredes de un convento de Capuchinas, creo que con toda propiedad puedo y debo llamarlas *Flores del Claustro.*

Yo las debo a un alma de Dios, que ya no pertenece a este mundo; a una santa religiosa que, poco antes de morir mística muerte, me entregó un precioso manuscrito, al frente del cual venían estas palabras, como sirviéndole de prólogo:

«Padre mío:

«La obediencia, que hace milagros, es la única que ha podido hacer brotar de mi tosca pluma estas páginas que encierran los más íntimos episodios de mi vida. Al escribirlas, no pocas veces he manchado el papel con el llanto de mis ojos, recordando los favores de Dios y las ingratitudes con que le he pagado. Ahí las lleva Vd., Padre mío, tal como me las ha inspirado el deseo de obedecerle con perfección. Sólo le suplico que yo quede desconocida y oculta en el retiro de mi pobre celda, y que cumpla usted

la palabra que me tiene dada de no revelar nunca el nombre de su afectísima y obediente hija.»

. . . . . .

Pasé la vista por las hojas que había escritas en el cuaderno, y enternecido con la lectura de aquellas páginas mal escritas, concebí el proyecto, que hoy realizo, dando a luz este libro, y bautizándolo con el significativo nombre de *Flores del Claustro.*

De aquel pequeño manuscrito saqué algunos de los pensamientos que van en este ramo: las demás flores nacieron en el mismo jardín, al calor de la obediencia santa, verdadera madre y autora de ellas. Allí se criaron, ocultas como las violetas entre las zarzas; y con ellas formé este ramillete, coordinando los ardientes soliloquios de aquella alma seráfica y los tiernos arrullos que aquella paloma de la soledad exhaló junto al Sagrario.

No preguntes por su nombre, lector curioso, ni trates de averiguar cuál fué el jardín donde nacieron estas flores, porque te cansarás en vano. Lo único que se puede saber, lo tengo ya dicho; esto es, que las *Flores del Claustro* nacieron en un convento de Capuchinas, al calor de la obediencia santa, que es su verdadera madre y autora.

¿Qué más se quiere saber? ¿Es acaso menos dulce la fruta confitada, porque se ignore el árbol que la produjo, el huerto en que se crió, o el nombre de quien la haya endulzado? ¿A qué, pues, averiguar lo que a nada conduce? ¿Qué importa a las letras ni al mundo entero un nombre más? ¡Hay tantos nombres gloriosos en el olvido! ¡Hay tantos tesoros ignorados en los claustros!

Sí; donde los impíos y los necios cren que reina la *holganza mística,* bulle la actividad del corazón en toda su efervescencia y la del entendimiento en toda su plenitud; en los conventos que ellos juzgan

moradas de egoistas, vive el sacrificio diario llevado hasta el heroismo; y donde ellos piensan que sólo hay monjas ignorantes, gangueando latines, he hallado yo tesoros de literatura clásica, escritos inéditos, de tan puro estilo y tan castizo lenguaje, que ya los quisieran hoy para sí muchos escritores modernos.

Y basta de prólogo, lector mío; si al repasar estas páginas sientes deseos de mejorar tu vida y de acercarte a Dios, no tardes en ponerlos por obra, porque tales deseos son semilla de vida eterna, que Dios pone en tu corazón, para que los hagas crecer y fructificar.

CAPITULO I

RECUERDOS Y ESPERANZAS

¿Qué otro nombre mejor pudiera yo ponerle a este escrito? El es hijo de las esperanzas que anidan en mi pecho, y de los recuerdos que bullen en mi alma; que lleve, pues, el nombre de sus padres, y llámese como ellos, *recuerdos y esperanzas*.

¡Recuerdos! pero recuerdos tristes por lo que tienen de tí, ¡oh Jesús de mi alma! Sí, bien mío, aún me parece percibir en el fondo de mi ser tu voz conmovedora que se quejaba, diciéndome: «¡Ay alma ingrata! ¡Esposa infiel! ¡Oveja rebelde! ¡Con cuánto afán deseaba mi corazón que llegase el momento de verte a mis pies, como ahora te contemplo, rendida, subyugada, entregada completamente a mí!. ¡Cuánto deseaba que llegara este instante! ¡Con cuánta ansia esperaba verte así, para depositar en tu pecho mis quejas de Dios ofendido, de Esposo olvidado! Nueve años ha que voy en pos de tu alma, como cariñoso pastor tras de su oveja amada; y cuando más cerca de tí me hallaba y extendía mis brazos para estrecharte sobre mi

pecho huías de mí y te alejabas. ¡Ingrata! ¡ingrata! ¡ingrata!»

Sí, Pastor mío, oveja ingrata he sido!

Sí, Pastor mío, oveja ingrata he sido! Pero... déjame llorar mis ingratitudes, porque el

recuerdo de tus quejas amorosas hiere la fibra más delicada de mi corazón, y me hace sentir un dolor y un consuelo inexplicables.

¡Cuánto te he ofendido! ¡Cuán rebelde he sido a tus dulces llamamientos! ¡Perdón, Dios mío, perdón! Háblale a mi alma palabras de vida, mientras ella riega el suelo con su llanto; háblale, y oiga mi alma otra vez aquella voz que le dió nuevo ser, aquella dulce reprensión que la despertó de su letargo.

Un día me dijiste: «Con amor eterno te amé; y tú, hija mía, ¿por qué siempre me has amado tan poco? ¡Basta de ingratitudes! Ven, y acércate a mí... más... hasta oir los latidos de mi corazón, que tanto ha palpitado por tí... hasta sentir sobre tu frente mi aliento divino que te purifique y te dé nueva vida! ¡Oh alma, cuánto tardaba para mí este dulce momento!»

¿Y crees, Bien mío, que yo no anhelaba también por este dichoso instante? ¿Crees que no suspiraba por verme libre de aquel pesado yugo que me oprimía? ¿Crees que no ansiaba yo romper aquella cadena de ingratitudes que por tantos años venía arrastrando? ¡Oh, bendita mil veces aquella mano que la cortó! Aquí me tienes ya, vida mía; aquí estoy rendida a tus pies y libre de los obstáculos que se oponían a nuestro amor; aquí me tienes, Amado de mi alma, para no separarme de tí nunca, jamás.

De aquí en adelante, viviré sólo para amarte, para recompensarte mis ingratitudes con toda una vida de amor y de ternura. Aquí me tienes, Jesús mío; arrójame al rostro todas mis

iniquidades; dame en él con mi deslealtad y rebeldía; pero déjame que te hable. ¡Tengo tanto que decirte!.. ¡Tengo tantas cosas que contarte!.. Tú lo sabes todo; pero no me niegues el placer de recordar tus favores y de llorar mis ingratitudes, ya que así lo dispone la obediencia santa, y lo manda aquel a quien has otorgado tu representación y le has dado poder sobre mí, indigna sierva tuya.

CAPÍTULO II

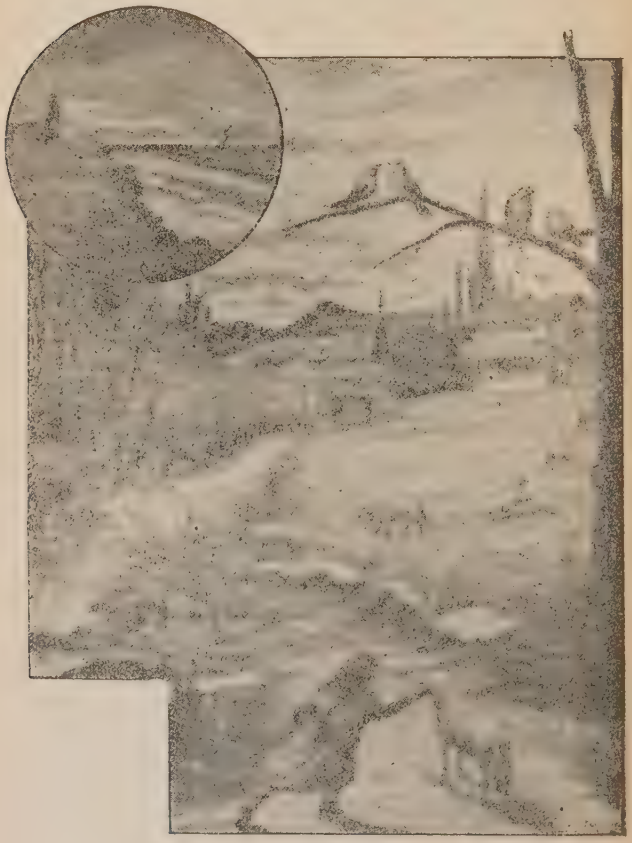
PÁGINAS DE MI NIÑEZ

Parecía natural que al escribir por obediencia algunos episodios de mi vida íntima, empezara consignando mi nombre, el de mi patria y el de mis padres; pero he podido conseguir que esto quede oculto e ignorado de los hombres, los cuales sólo sabrán que mi Padre es Dios, mi patria el cielo y mi nombre... ¡ah! con tal que mi nombre esté escrito en el *Libro de la vida* y sea conocido de Dios, renuncio de buena gana a que lo conozcan los mortales y ande escrito en los libros de la tierra.

No obstante, con relación a mi patria, debo decir, que ví la luz primera en la hermosa región a que dió su nombre el caudaloso Betis, encanto de árabes y admiración de los extranjeros. Me crié, como las aves, en una campiña deliciosa, y allí mi niñez se deslizó rápida y alegre, como corren los cabritillos por el prado.

Cuando comencé a tener conocimiento, recuerdo que mi atención se fijaba mucho en la corriente de los claros arroyuelos, que retrataban en sus serenas aguas las flores de sus orillas; en el canto del ruiseñor, que gemía escon-

dido en la espesura del bosque; en las palmeras, que se mecían arrulladas por el céfiro; y en los



Al coger el corderito que cerca de mí pasaba...

naranjos cubiertos de blancas y aromáticas flores, o de dorados y vistosos frutos.

Por la mañana solía despertarme el canto del gallo, cuando las primeras tintas de la aurora blanqueaban el horizonte; y al dejar el lecho, me gustaba escuchar la algarabía de los pájaros que anidaban en el tejado, o el balar de los rebaños que dejaban el redil para triscar por el prado, al dulce y agreste son de los cencerros y campanillas que los mansos llevaban.

Entonces, cual paloma que vuela de su nido, salía yo de mi blanca y alegre casita a coger el corderito que más cerca de mí pasaba, o corría alegremente tras de las pintadas mariposas que volaban de flor en flor, cuando aun las gotas del rocío brillaban sobre sus matizados pétalos. ¡Ay, Jesús mío! Al trazar estas líneas, parece que mi alma se traslada al delicioso campo que fué mudo testigo de mis inocentes juegos.

Nada era entonces para mí tan grato como contemplar la salida del sol, cuando asomaba su resplandeciente disco por encima de los montes, cubiertos de ligeras y blancas nubecillas, que se trocaban de repente en color de púrpura y grana, así que las envolvía con su luz el rey de los astros. Este dejaba caer y esparcía sus rayos, como lluvia de oro sobre las verdes arboledas, que, agitadas blandamente por la brisa de la mañana, producían un rumor delicioso que escuchaba mi alma con gozo inefable, porque le hacía sentir una emoción indefinible.

Luego fijaba mis ojos en el azul purísimo del cielo, y al ver remontarse por el aire a la madrugadora alondra, mi alma deseaba salir

del pequeño cuerpo que la envolvía y volar por el espacio como las aves. ¿Y qué era yo entonces, pobre de mí, sino una avecilla del aire, una flor del campo, o una ovejita, como las que pacían en mi pradera? ¡Sí, Dios mio, sí! ¡Aún no te conocía yo más que por instinto, ni sabía que eras el Creador soberano del cielo y de la tierra! Siete años había cumplido y aun mis labios no habían pronunciado tu nombre mil veces bendito, ni mi voz había cantado tus alabanzas, ni mi lengua había formulado una plegaria. ¡Ay de mí, Jesús mío, y con qué pena lo recuerdo! ¡Aún no sabía rezar! ¡Aún no me habían enseñado a conocerte, ni sabía dirigirte una oración! ¡Qué pena! ¿Por qué las madres cristianas no enseñan a rezar a sus hijos, desde que éstos comienzan a balbucir las primeras palabras?

Otra cosa recuerdo de mi infancia que no puedo olvidar; y es la impresión que me produjo el mar la primera vez que tendí la vista por su dilatada superficie. Muchas veces había oído hablar de él, del movimiento de sus olas, de sus furiosas borrascas, de los peces que surcan sus aguas y de las maravillas que en su seno encierra; pero al contemplar por vez primera desde un alto promontorio el líquido elemento con sus encrespadas olas heridas por los rayos del sol poniente; al aspirar la fresca brisa, que parecía nacer en aquella azulada llanura de movedizas ondas, cuyo incesante oleaje venía a estrellarse mansamente a mis pies; al percibir el contínuo murmullo que con su eterno bullir producen las aguas del océano, y no hallar por ninguna parte

límites al mar alborotado, caí de rodillas, adoré a Dios, a quien ya conocía, y se despertó en mi alma la idea de su omnipotencia, de su inmensidad y de su grandeza infinita.

Cuando me levanté de allí, me pareció que dejaba de ser niña, porque había visto el mar. ¡Quién había de decirme entonces que ese mar agitado era la imagen más acabada de la vida humana!

Desde entonces comencé a rendir culto al Creador de la naturaleza, admirando y venerando las obras de su mano poderosa; y los días de mi existencia se deslizaban tranquilos, como las aguas de un manso río, antes que las tormentas y las lluvias lo hagan salir de madre e inundar la campiña. Mi vida se parecía a la de los capullos de mi rosal, que se mecían lánguidamente arrullados por las auras, antes que el sol quemara sus cálices y el vendaval arrancara sus hojas.

CAPÍTULO III

DESPEDIDA DE MI INFANCIA

A los doce años aun dormía mi alma el sueño de la inocencia, como duerme el pájaro en su nido. A veces presentía que iba a despertar del aquel sueño tranquilo, y entonces mi corazón se entristecía, lloraba y temía; temía perder el tesoro de su inocencia; lloraba por tener que separarse para siempre de su niñez querida; y se entristecía, porque iba a entrar en el desierto de la vida, lleno de espinas, dolores y amarguras.

Un día en que la tristeza se había apoderado de mi pecho, sentí en el fondo de mi corazón un estremecimiento extraño; abrí los ojos, desperté de mi dulce sueño y oí la voz de mi niñez que me decía: ¡Adios, adios para siempre! ¡Adios, infancia querida, le contesté yo; adios, sueño delicioso, el más grato de mi vida; adios, nido de santos amores, edad dichosa que preservas al alma de culpas, hermoseándola con el blanco traje de la inocencia! ¡Adios, infancia querida, adios!

Y la mano violenta del tiempo me arrancó de los brazos de la infancia, me abrió las puer-

tas de la asustadiza pubertad y me empujó por la pendiente resbaladiza de la juventud. Y otra

.... Flor marchita, arrastrada por el viento al borde de un abismo.

mano más cruel que la del tiempo, me arrebató el traje de la inocencia, me sacó de su claro y

apacible ambiente, y me condujo a otra región de tinieblas, donde tienen su morada el remordimiento, la tristeza, el dolor, la amargura y el desengaño. Revuelto y rápido torbellino de malas pasiones cruzan sin cesar esa triste región, y en una de sus vueltas, me arrastró en su vertiginosa carrera, hacia el abismo de la culpa.

¡Ay Jesús mio! Al recordar esta segunda época de mi vida, siento como si dos planchas de acero me oprimieran el corazón, arrancando suspiros a mi pecho y lágrimas a mis ojos. ¡Cuán amargo me es recordar los primeros años de mi juventud! ¿Qué fuí durante aquel tiempo? ¡Ay de mí! Flor marchita, hoja seca arrastrada por el viento al borde de un abismo, gota de agua cenagosa que perdió su transparencia al mezclarse con el polvo. ¡Necia de mí! Corría afanosa tras de una dicha engañadora, y esa dicha huía de mí, burlándose de mi loco afán. ¿A qué decir más? ¡Ay, Dios mío, en qué apuros me pone la santa obediencia!

Y si fuera solamente apuro y confusión, menos mal; pero ¡ay! que también el pesar, la tristeza y el remordimiento brotan en el fondo de mi alma, al escribir esta primera página, dedicada a los días de mi niñez, al tiempo felicísimo de mi inocencia. Y ¿cómo no entristecerme y llorar con el recuerdo de un bien perdido que nunca más, ¡ay de mí! lo encontraré? Padre de mi alma, ejecutor en mí de los designios de Dios; ¿por qué me manda usted escribir lo que ha de arrancar lágrimas a mis ojos? ¿Por qué me hace usted recordar lo que yo quisiera

tener sepultado en el olvido? ¿Por qué me manda usted poner aquí lo que no podrá leer sin entristecerse, ni yo escribir sin manchar el papel con ardientes lágrimas? Mas..... ¡no quiero quejarme ni resistir!, y así pasaré a decir lo que se me ordena sobre mi vocación y mis luchas.

CAPÍTULO IV

MI VOCACIÓN Y MIS LUCHAS

Contaba yo apenas diecisiete abriles, cuando llena de ilusiones y de esperanzas corría en pos de las vanidades y placeres del mundo, olvidada de tí, ¡oh Jesús mío! Rota tenía ya la túnica de la inocencia y manchado el traje de la virtud; no era digna ya de que tú, ¡oh Redentor mío! me mirases; y cuando sólo tenía derecho a esperar tu castigo, fijaste en mí tus ojos y me hablaste al corazón estas palabras: «No has nacido para este mundo que ves: olvídalo todo, abandónalo todo y dame tu corazón.»

¡Cuán dolorosa fué para mí esta voz, la primera vez que resonó en mi alma! ¿Abandonar el mundo? ¡Qué amargo era esto para mí! Yo no sabía que me tenías preparado desde la eternidad el velo, insignia de tus esposas. Yo había crecido en el erial del mundo, como árbol plantado en tierra inculta, y me resistía a ser arrancada y trasplantada a uno de tus más deliciosos jardines. Yo, a manera de oveja errante, corría alegre de pradera en pradera y me alejaba de tí, Pastor divino, buscando sabrosos pastos; cí

tus silbos amorosos, y, ¡oh cuánto me costó trepar montes y breñas, burlar la astucia del lobo que me acechaba y llegar a tu redil! ¡Cuánto me costó! ¡Qué sacrificio, qué holocausto tuve que hacer entonces de mí misma!

Pero, al eco de tu voz divina, el mundo se convirtió para mí en un desierto, en un páramo inhabitable, cuyo ambiente me asfixiaba. ¿De qué servía que me engalanaran a la fuerza y me llevaran, como arrastrando, a saraos, diversiones y festines? Una sonrisa despreciativa y desdeñosa se escapaba de mis labios en medio del bullicio y en mitad de los paseos; porque el mundo tenía para mi alma el aspecto de un inmenso cementerio, en el que cada traje no era más que un sepulcro blanqueado, lleno por dentro de inmundicias y gusanos roedores.

Tú empezaste a ser entonces, ¡oh Dios mío! mi amor, mi vida, mi gloria, mi todo; y yo no suspiraba más que por el momento en que tú, cortando los lazos de carne y sangre que me aprisionaban en el mundo, me hicieras batir las alas, remontar el vuelo y, cual paloma enamorada, poner mi nido en solitaria clausura, donde olvidada y desprendida de todo lo terreno, viviera para tí únicamente.

Yo iba contando uno a uno los días que me separaban de tan anhelado instante: ya creía ver cerca el momento de abandonar la casa paterna y vestir el hábito que tanto ansiaba; mas, ¡oh dolor! me aprisionaron, y me dijeron que en tres años no tendría libertad. Entonces comprendí que antes que mis mejillas fuesen cu-

biertas por la blanca y purísima toca, habían de ser purificadas con lágrimas ardientes que las abrasaran, como abrasados y purificados fueron los labios de Isaías ante de hablar contigo.

¡Tres años! repetía yo con indecible pena, viendo, como en doloroso bosquejo, todos los tormentos que a mi enamorado corazón le aguardaban, si quería serte fiel. *¡Tres años!* y reconcentrando todas mis fuerzas dentro de mí misma, y herida de dolor, hablando contigo, exclamé: ¡Yo lucharé! ¡Yo sufriré! Ya que así lo quieres, yo venceré todos los obstáculos que se oponen a que a tí me consagre, y pasados tres años, volaré a tus brazos, loca de amor y de alegría.

Y rodaron unos tras otros muchísimos meses por la pendiente resbaladiza del tiempo; y en esos meses, ¡cuántos raudales de lágrimas derramaron mis ojos! ¡Cuántos arroyos de llanto surcaron mis mejillas, sin hallar mano amiga que las enjugara!

Dos años viví, sosteniendo interiormente y sufriendo en silencio una de esas luchas horribles que martirizan el alma y destrozan el corazón, dejándolo sin vida en la primavera de la juventud; y en todo ese tiempo no hubo ser que de mí se compadeciera. Yo estaba sola en medio de los míos, y nadie veía el martirio de mi alma; nadie veía las lágrimas que, silenciosas, se resbalaban por mis mejillas; nadie oía los suspiros y gemidos que en el silencio de la noche brotaban de mi corazón, el cual se veía,

como frágil barquilla sin velas ni remos, en medio de un mar tempestuoso, en densa y lóbrega noche.

Llegó por fin el día de mi deseada libertad, y en él brotaron de mis labios aquellas palabras que tú habías tanto tiempo esperado. ¡Jesús mío, tuya, o la muerte! ¡Sí, así había de ser! ¡Yo tenía que ser tuya! ¡A pesar del mundo entero, a pesar del infierno, yo tenía que ser tuya! Mas ¡ay! que para serlo tuve que exprimir mi corazón y sepultar en el olvido lo que tú y mi Padre sólo saben; y todo lo hice sin humano consuelo en tan doloroso sacrificio; sin humana ayuda en tan amarga pena; sola contigo siempre. ¡Ay!, ¡bendita soledad, benditas penas, bendito sacrificio, que tantos bienes me han traído!

Premio de tanto padecer fué la voz de mi amado que resonó en el fondo de mi alma, diciéndole como a la afortunada esposa de los Cantares: «Pasó el invierno; cesó la lluvia; aparecen las primeras flores, y se oye el gemido de la tórtola arrullando en el bosque. Levántate, pues, amiga mía, y ven; salgamos al campo y moremos en el valle misterioso del Paraíso». Y a esta voz se desvanecieron aquellas sombras, aquellas nubes que obscurecían el horizonte de mi alma, y apareció para mí el claro día, el dorado sol.

A la furiosa tempestad había sucedido la más deliciosa bonanza, y mi alegría no tenía límites, como no lo habían tenido mis penas; porque él había hablado a mi alma con ese len-

guaje misterioso, y me había dicho que muy pronto iba a ser suya para siempre, dándole al mundo mi último adiós y realizando así todos mis ensueños de felicidad. ¿Qué más podía ambicionar? ¿Qué más podía apetecer? A las lágrimas, que por tanto tiempo habían surcado mis mejillas, sucedió la sonrisa en los labios, la calma y la alegría en el corazón; y alegre cantaba mis amores, como canta el pájaro en primavera contemplando su nido.

CAPÍTULO V

MI ENTRADA Y TOMA DE HÁBITO

La mañana que me recibió en su santa casa no la olvidaré jamás. El sol acababa de salir y enviaba sus primeras luces hacia las azuladas aguas del dormido mar, en cuya clara superficie, ligeramente rizada por la brisa, reflejábanse los rayos del naciente sol. Las aves abandonaban sus nidos y batían sus alas, lanzándose al espacio, trinando alegremente, y alabando al Criador con sus arpadas lenguas; ni la más ligera nube empañaba el purísimo azul del horizonte, ni la más ligera sombra empañaba el cielo de mi felicidad.

A medida que me acercaba al convento, mi corazón latía con violencia, como si quisiera romper la cárcel de mi pecho, y volar cuanto antes a su nido. Yo acercaba mi boca al Crucifijo y le decía: Tras de aquellos muros viviré sólo para tí; a través de aquellas rejas mi vida será tu amor, mi alegría tu amor, mi recreo tu amor.

Al pasar el umbral de la puerta, un suspiro se escapó de lo íntimo de mi alma y exclamé:

Este es el lugar de mi reposo y el sitio de mi descanso, pues lo escogí; y parecióme que los altos cipreses y las pequeñas flores del patio se inclinaban dulcemente, dando asentimiento a mis palabras y dándome también la bienvenida.

¿Qué sintió mi alma, cuando al fin me ví vestida con aquel hábito por el cual tanto había llorado? ¡Ah!, parecióme que él me hablaba con cariño y me decía: Mira, ya no podrá llegar hasta tí ni dañarte el hálito ponzoñoso del mundo, porque yo estoy aquí para defenderte. Y yo lo acariciaba con entusiasmo santo, cual puede acariciar un guerrero la férrea cota que lo defiende de los golpes enemigos.

Me miraba, y no sabía si reir o si llorar de gozo: corrí el convento, para que me vieran sus vetustos muros con mi nuevo traje; llegué al huerto y saludé a las flores y a las plantas pidiéndoles albricias; bajé al patio y abracé sus columnas, besándolas con delirio y diciéndoles en cada beso: Ya estaré siempre con vosotras.

Paseé los claustros y corredores, diciéndoles que eran míos y yo de ellos; ellos la jaula y yo la avecilla voluntariamente presa entre sus muros; subí a mi celda, besé su pavimento, sonreí a sus paredes y prometí vivir en ella, como la santa que me había precedido en aquella dulce morada, me dirigí al coro y desde sus rejas miré al Sagrario y hablé a mi Prometido: ¿Lo ves, Jesús mío? ¡Tuya! ¡siempre tuya! y... saboreando estas palabras y repitiendo estas obras, pasé los deliciosos días de mi noviciado.

En aquel tiempo era yo una de esas cariño-

sas ovejitas que no pueden vivir separadas un instante de su buen pastor: si comen, ha de ser

...¿Lo ves, Jesús mío? ·Tuya! ¡Siempre tuya! Y..

junto a él; si duermen, tiene que ser a sus pies; si se recrean, ha de ser con él: no saben vivir

de otro modo. Así vivía yo, pensando siempre en tí, ¡oh Jesús míol ¡amando sólo a tí! Mi vida en el claustro así tenía que ser: por tí, para tí y en tí.

CAPÍTULO VI

MI APRENDIZAJE

Tocóme en suerte y dióme el cielo por Maestra una mujer singular, verdadero ángel de la tierra, ejemplar de todas las virtudes y espejo de la vida monacal. Tenía la fortaleza del mártir, la prudencia del sabio, el celo de un apóstol, el candor de una virgen, la penetración de los querubines, y un alma delicada, sensible y tierna, como de niña inocente.

Vivía endiosada en medio de sus ocupaciones, sin que estas jamás fueran parte para turbar su quietud ni sacarla de su celestial endiosamiento. Vivía unida a Dios en todas partes, porque todas las cosas la llevaban a Dios. El mundo era para ella un libro abierto que en todas sus páginas le hablaba de amores, pero de amores divinos. La creación entera no era a sus ojos más que un velo misterioso de transparente gasa, tras el cual aparecía perfectamente dibujada la imagen del Creador, iluminada con los destellos de su misma hermosura, de su sabiduría eterna y de su bondad inmensa.

Por eso en todos los seres de la creación no veía más que hermanos cariñosos, cuyas fiso-

nomías revelaban algo de la hermosura y perfecciones de nuestro Padre celestial; y así, las flores eran para ella sonrisas del Eterno; los astros, pregoneros de su gloria; la tierra, emblema de su fecundidad; las tempestades, ministros de su justísima ira; los mares, testigos de su inmensidad; y mares, tempestades, tierra y cielo, astros y flores eran para su alma carbones que la encendían y abrasaban en amor de Dios. ¡Oh, qué madre tan santa me dió el cielo por Maestra y cuánto bueno me enseñó! Para escribirlo todo sería preciso entregar la pluma a la bulliciosa y ligera brisa de la mañana, a fin de que ella la moviera a su placer.

Tenía mi Maestra pasión por las flores, y me enseñó un lenguaje misterioso que de ellas aprendió. Cada una era para ella símbolo de una virtud o una pasión; cada una expresaba un sentimiento de su alma o era emblema de un afecto de los mil que bullían en su ardiente corazón. Hasta las ocupaciones más triviales de su vida estaban simbolizadas por las flores y las plantas, de tal modo, que con el pequeño vocabulario formado por ella en una mano, y en la otra el ramo de flores que mandaba al Sagrario, se entendía claramente lo que significaba, lo que quería decirle al Dios de la Eucaristía. Más de una vez me entretenía en este examen, y ví que cada ramo de flores era una plegaria, una verdadera oración, y hasta una carta al Prisionero del Tabernáculo, la cual terminaba con el nombre de su fiel sierva.

Pocos recuerdos de mi noviciado tengo tan

grabados como éste en mi corazón. Como allí el silencio es perpetuo y riguroso, me servía de encanto y me era muy delicioso hablar sin abrir los labios, y expresar sin ser oída los afectos de mi alma. Por esto gozaba, cuando decía mi Maestra que la vida de una novicia debía parecerse a la mosqueta blanca, símbolo del silencio y la sencillez unidos entre sí. Nosotras deciamos en cambio que su emblema era la rosa alejandrina, pues nos confortaba con la fragancia de sus buenos ejemplos.

Si cometíamos alguna falta, buscaba ocasión oportuna para corregirnos, casi siempre mientras se cosía o se bordaba; y entonces ponía delante de las culpables un ramito de ajenjo o unas hojas de ortigas, dando a entender que habíamos amargado su corazón, y correspondido con ingratitudes a las bondades del Señor. Cuando éramos buenas, diligentes y aplicadas, ponía sobre los costureros y bastidores, campanillas madrugadoras y hojas de moral blanco, que significaban en su lenguaje la puntualidad y la aplicación en el cumplimiento del deber.

Como la Maestra era tan apasionada a la floricultura, las novicias cultivábamos el jardín y las plantas del cementerio; regábamos las flores y corríamos tras las mariposas las tardes de recreo; y antes de retirarnos a la celda, cada una se dirigía al pedacito de jardín que cultivaba, para llevar un ramo de flores al altar de su imágen querida. Yo me quedaba embobada en aquellos momentos y no hubiera trocado mi suerte por la de ninguna hija de Adán. Con-

...Las novicias cultivábamos el jardín... regábamos las flores

templaba mis flores, las acariciaba, hablaba con ellas y les decía que las miraba con cariño, que eran mías, porque después de Dios a mí me debían su existencia, sus matices, su fragancia y lozanía. Entonces hacía un ramito con ellas y lo enviaba al Sagrario.

Si no estaba satisfecha de mi comportamiento, comenzaba el ramo con hojas ásperas, confesando así mi ingratitud para con Dios; luego añadía otras de mirra, expresando así mi amargura y mi pesar; después ponía ramitas de lila morada y de mirto, manifestando con ellas la emoción de mi alma y mis deseos de ser santa. Seguíales un cerco de rosas encarnadas, diciéndole a Jesús que todo aquello se convertiría en amor suyo. Sobre este descollaba otro de claveles, y así iba significando cuanto deseaba o sentía, para que las flores se lo dijeran por mí al amado de mi alma. Cuando dominaba mi genio o vencía en silencio mi amor propio, adornaba el ramo con hojas de laurel, símbolo de la victoria; y cuando lograba corregirme bien de algún defecto, lo significaba poniendo medio caído en el ramo un palito de pino verde, como diciendo: ¡Ya cayó otro coloso!

Las últimas flores que puse en su altar antes de profesar, fueron el girasol y la siempreviva, protestando, ¡oh Jesús mío!, que siempre viviría para tí y sólo para tí; que tú serías el sol alrededor del cual girarían todos los afectos de mi alma.

Pero ¿a qué entretenerme en contar más menudencias? ¿A qué hablar de lo que sólo a mí

me importa? ¡Ay obediencia santa, contèntate con esto y no me exijas más: por piedad, por Dios lo pido! Permíteme dejar en el tintero lo que por mí pasó mientras fuí su prometida.

CAPÍTULO VII

MI PROFESIÓN Y VIDA ÍNTIMA

Durante aquel tiempo mi Amado preparó las antorchas del casto himeneo, el velo de las vírgenes que había de poner sobre mi frente, y el tálamo santo en que había de recibirme por suya, mediante mi solemne juramento de pertenecerle para siempre. Yo buscaba aromas y perfumes para El, y quemaba en el incensario de mi corazón, inciensos olorosos para perfumar la estancia y formar alrededor de su trono aromática nube que templara el resplandor de su gloria deslumbradora. Mi alma rebosaba de júbilo, a medida que se acercaba el día de mi profesión.

Llegó, y con ella el instante venturoso en que había de morir para el mundo y vivir sólo para Dios. Me tendieron sobre un paño negro, como si en realidad fuera un cadáver; y mientras se celebrabran aquellas misteriosas exequias, la campana tocaba a muerto y mis hermanas cantaban himnos de triunfo y cánticos de gloria. ¡Qué contraste tan sorprendente! De parte del mundo llegaban a mis oídos ecos de muerte, lamentos y gemidos de dolor; de la par-

te de Dios, ecos de vida, aclamaciones y cánticos de alegría. ¡Era natural! Estaba muriendo para el mundo y naciendo para la Religión.

Pronuncié mis votos y me uní para siempre a mi Amado.

Me levanté como un muerto que resucita a nueva vida; renuncié al mundo, sus pompas y vanidades; pronuncié mis votos y me uní para siempre a mi Amado con triple lazo indisoluble.

Todo era en torno mío contento y alegría; enagenada de gozo, no sabía si estaba despierta o soñando, dormida o desvelada en uno de esos éxtasis divinos en que el alma no sabe darse cuenta de sí misma. Lo que sí recuerdo es que entonces venían a mis labios estas palabras misteriosas de la esposa de los Cantares: «Mi Amado para mí y yo para mi Amado.»

¿Te acuerdas, Esposo mío, de aquel día que nos unimos para siempre con el indisoluble lazo del amor, con aquellas tres amorosas cadenas que lo hacían más fuerte que la misma muerte? ¡Con qué firmeza pronuncié aquellas palabras, de rodillas, las manos juntas, al pie del altar: *¡Todo el tiempo de mi vida! ¡hasta la muerte!....*

¿Cómo fué posible que al caer aquel denso velo sobre mi rostro, cual si fuere la losa de un sepulcro, no muriese al punto de júbilo y de amor? Y ¿cómo fué posible, Jesús de mi alma, que después de tanta dicha fuera yo remisa en quererte o me entibiara en tus amores? ¡Y lo fuí!, ¡confieso mi ingratitud! El frío de la tibieza secó algunas flores de mi jardín; y voy a confesar mis faltas para confusión mía y escarmiento de las que lo lean.

CAPÍTULO VIII

DE COMO CAÍ EN LA TIBIEZA

A tanto beneficio por tu parte, la justicia y la razón pedían que yo, ¡oh Dios mío! correspondiera por la mía, con un amor eterno y un sacrificio constante. Pero, ¿dónde está la constancia de la criatura?

Durante algunos años, mi alma fué para tí jardín ameno de galanas y perfumadas flores, plantadas por tu mano y regadas con tu gracia. Ese jardín debió estar siempre lozano y hermoso, lleno de flores, y cargado de frutos para tí; y sin embargo, recuerdo con pena que ví mustias sus flores, amarillas sus plantas y encaracoladas sus verdes hojas.

¿Qué le pasaba a mi jardín? ¿Lo quemaba acaso el sol abrasador? ¿Lo rendía el calor de un verano ardiente? ¡No! Vergel que tiene abundante riego, jamás perece por exceso de calor. Los fríos del invierno son los que le dañan; los vientos helados son los que lo secan y matan.

El fervor de espíritu y el ardor de los divinos amores, no es lo que suele dañar a las al-

mas religiosas; a veces los vientos de la disipación y el hielo de la tibieza son los que secan estas flores de las virtudes, inclinándolas al suelo, que le sirve a un mismo tiempo de lecho y sepultura.

¡Qué insensiblemente, con qué lentitud, pero de qué modo tan certero se apodera del alma la tibieza! Hoy es una falta de silencio que se comete con temor; mañana un poco de pereza y de indolencia en el servicio divino; luego un abandono de ligeras mortificaciones; después los descuidos en la oración; tras de esto la disipación de espíritu que va alejando lentamente a Dios del alma, ocultándose por fin y dejándola privada de su luz y su calor, como nos deja el sol, cuando se oculta tras gigantescas cordilleras o entre las ondas del mar.

Así te ocultaste a mis ojos, ¡oh Jesús del alma!, y esta quedó en obscuridad y perdió poco a poco su alegría, su quietud y la paz que disfrutaba mientras te fué fiel. Una tristeza lenta, pero profunda, como el silencio del sepulcro, se apoderó de mi pecho, que arrojaba hondos supiros al aire y enviaba a mis ojos raudales de amargas lágrimas: era que mi corazón sentía ya los estragos de la tibieza.

Un día de retiro miré despacio el jardín de mi alma y ví con dolor que las ortigas se habían apoderado de él, sofocando por completo las flores que en otro tiempo perfumaron el ambiente. Extendí mi mano para arrancar aquella maleza, y.... ¡cobarde de mí! al sentir las punzadas de sus menudas espinas y el escozor que

producían, desistí... y dejé que convirtieran en erial el jardín de mis amores.

Más de una vez lloré al verlo así, como llo-

...Me arrodillé junto a la mesa al pie del copón bendito ..

ra el niño enfermo que ama la salud y se resiste a tomar las medicinas; y mirándolo, me acordaba de Jesús y decía para mí: El es Cordero di-

vino que entre lirios se apacienta. ¿Cómo ha de venir a este corazón ingrato que sólo ortigas produce? Y transida de penas lloraba sobre mi alma, como el Profeta sobre las ruinas de Jerusalén.

Por entonces enfermó una de mis hermanas y, puesta en el último trance de su vida, vino el Dios de la Eucaristía a visitarla. Yo salí a recibirle, como las vírgenes necias, con mi lámpara apagada, y me arrodillé junto a la mesa, al pié del copón santo, que con mágico poder me arrastraba hacia sí. Al través de mi velo fijé en él una mirada compungida y ardiente, con la cual, ¡oh Jesús mío!, te quería decir estas palabras: ¡Cuánto te debo! y ¡cuán mal te pago! ¡Cuánto me amas! y ¡cuán mal te correspondo!

Lágrimas ardientes acudieron a mis ojos; mi corazón estuvo a punto de estallar en explosión de sollozos y gemidos, y tuve que huir a la soledad, para que no conocieran la agitación de mi alma. Pero en vano busqué alivio en la soledad de mi celda, porque aquella noche me oprimían sus paredes, y tuve que salir al patio a respirar el aire puro y contemplar el cielo estrellado.

Allí, temiendo hablar con Dios, hablaba conmigo misma, diciendo: Yo no puedo vivir así, yo no puedo tirar de este modo por más tiempo. Alma mía, tú no vas a pensar ya más que en Jesús. Corazón mío, tú no vas a palpitar ya más que por El. ¡Fuera tibieza, que voy a servir ya a Dios con fidelidad! Y así me lo propuse... pero, ¡ay de mí! al otro día falté a mis propósitos y continué en mi vida tibia.

La tibieza es un gusano que poco a poco va royendo la raíz del árbol hasta dejarlo sin vida, si antes no le dan a él muerte. Es una pendiente resbaladiza en la que, si ponemos el pie y damos un paso, no se sabe dónde iremos a parar. Por esa pendiente rodó mi alma, y aún siguiera dando tumbos por ella, ¡oh Jesús mío!, si tu mano generosa no me hubiera detenido a tiempo.

Ligero bajel surcaba las rizadas olas del mar, cargado con preciosas mercancías; por entre las junturas de sus tablas comezaron a filtrarse pequeñas gotas de agua; la fuerza del elemento, trabajando sobre la imperceptible abertura, convirtió las gotas en diminuto hilo de agua, casi invisible a los ojos; aquel hilo acrecentó el agujero; y, cuando lo vinieron a notar, el bajel se inundaba y zozobraba; y se hubiera sumergido, si una mano experta no lo desocupa y tapa la peligrosa abertura.

Esta barquichuela he sido yo: yo que, cuando más esmero debía poner en servir a mi Esposo y mi Dios con toda fidelidad, comencé a no hacer caso de cosas pequeñas, a despreciar los temores de mi conciencia, a desoir las inspiraciones de la gracia, a negarle a Dios los pequeños y diarios sacrificios que El me pedía, hasta que lo alejé de mí, y dejé abierta en mi alma la entrada a las aguas de la relajación, que penetraron en ella y casi la hicieron zozobrar. ¡Ay de mí! Este bajel se hubiera sumergido en el mar amargo de la culpa, si una mano experta y bondadosa no desaloja aquellas aguas y cierra aquella abertura. ¡Con qué confusión lo escribo!

Joven incauta, necia y loca, corrí por los verdes prados de mis antojos e infidelidades hasta llegar a caer en obscuro y seco pozo; porque no tenía aguas no me ahogué; que de tenerla... ¡infeliz de mí!

Pero, si las aguas de la iniquidad no me ahogaron, estuve a punto de perecer por consunción en el pozo de la tibieza. ¿Cómo no bendecir la mano que me sacó de él? ¿Cómo no llorar el tiempo que en él estuve metida?

Desde el profundo abismo de mi pasada miseria, clamo a tí, ¡oh Dios mío!, para darte gracias por tus favores y dolerme de mis ingratitudes. ¿Cómo pude entibiarme en tu servicio? ¿Cómo vivir sin tí? A tí, que estás siempre a mi lado, cual amantísimo esposo, ¿cómo pude mirarte cual se mira a un amo ausente? ¡Perdón, Señor! ¡Perdona a la ingrata que no supo nunca corresponder a tus amores!

CAPÍTULO IX

DE CÓMO ME LEVANTÉ

Caida estaba en el abismo de la tibieza, y desde el profundo clamaba a tí, Dios mio, pidiéndote salir de él. Como oveja perdida, despeñada en un barranco y enredada entre las zarzas, así estaba mi alma, sin poderse valer, expuesta a ser víctima del lobo. ¿Quién había de decirme que tú mandarías para sacarme de tal estado al zagal, cuyos cánticos de amor divino eran las delicias de lejanos valles? Nunca el viento me había traído el eco de su voz a causa de la distancia; pero sí había leído sus cantares al Angel de la Pureza y al Dios de la Eucaristía; y tú me lo enviaste, y me hiciste oir su voz, y me lo diste por guía y por hermano, por padre y por amigo.

Alma, que te ves como yo me ví: si deseas salir de tan triste estado, pide al Señor un guía fiel, que quien lo halla, halla un tesoro escondido; y cuando lo hubieres hallado, escúchalo, como enseña San Francisco de Sales, esto es, «como a un ángel bajado del cielo, para guiarte a él. Has de tratar con él con abierto corazón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole

claramente tu bien y tu mal, sin fantasía ni disimulación; y por este medio, tu bien será examinado y más seguro, tu mal será corregido y remediado; hallaráste aliviada y fortificada en tus aflicciones, moderada y reglada en tus consolaciones. Pondrás en él una gran confianza, mezclada de una sagrada reverencia, de suerte que la reverencia no disminuya la confianza y que la confianza no estorbe a la reverencia; confía en él, con el respeto de una doncella para con su padre, respétale con la confianza de un hijo para con su madre. En fin, esta amistad ha de ser firme y dulce, santa, sagrada, divina y espiritual, que no dejará de serlo, si es Dios quien te lo envía.»

Tú me lo diste a mí, ¡oh Jesús mío!, mucho mejor de lo que yo supe rogártelo; al fin como dado por tí. La primera vez que oí su voz de fuego, pareciame, vida mía, que te quejabas junto a la reja dulcemente de las ingratitudes mías; y a medida que sus palabras penetraban en mi oído, sentía yo allá en el fondo de mi pecho que la indiferencia y frialdad para contigo, se desvanecía y desaparecía de mi corazón, como desaparece la nieve de las montañas, cuando los rayos del sol caen perpendicularmente sobre ellas. Entonces te prometí ser tuya, sólo tuya, toda tuya y siempre tuya. Tuyos los latidos de mi corazón, tuyos mis pensamientos, tuya mi vida, tuya mi alma, tuya mi voluntad, tuyo mi ser; y hasta hoy lo he cumplido.

Mas ¡ay! ¿por qué no me diste a entender antes que querías todo eso de mí, Jesús de mi

alma? Es verdad que tú me llamabas y yo lo sentía; algunas veces cuando entraba en el coro, me parecía oir un gemido que salía del fon-

Iba de noche a la ventana del claustro y allí asomada...

do de tu Sagrario, como quejándote del olvido en que te tenía, y yo te contestaba con suspi-

ros y con lágrimas. Otras veces me iba de noche a la ventana del claustro, y allí asomada, con los ojos fijos en el cielo y vertiendo dulces lágrimas, te decía lo que sólo tú sabes. Quería volar a tí y no sabía cómo, porque me faltaban alas y no tenía quien me llevase; necesitaba un ángel que me guiara, un padre que me llevara de la mano a los brazos de mi Esposo.

Y vino ese ángel o ese padre por tí enviado y desde entonces, he corrido hacia tí con la velocidad del rayo, desasida de todo, atropellándolo todo, sacrificándolo todo.

Y desde entonces, ¡ay Jesús mío! desde entonces, parece que mi alma ha sido levantada o llevada a una región donde, fuera de tí, no existe nada, ni se desea nada, ni se teme nada, sino es perderte y desagradarte. Y mi voluntad y mi genio, como heridos por un rayo, han dejado de existir. Y mis potencias están en silencio, confusas, asombradas de ver que has obrado en mí misterios de amor.

¿Y mi corazón? Vivía sin tí como tórtola sin nido; y ahora... ya encontré el nido de mis amores; pero esto merece párrafo aparte.

CAPÍTULO X

EL NIDO DE MIS AMORES

Una de las cosas que me reveló el varón de Dios, fué mi destino en esta vida; él me enseñó, ¡oh Jesús mío!, a ser tu paloma y a vivir contigo en el Sagrario. Antes de conocerlo, andaba yo errante, como la mariposa en el jardín, como tórtola en el bosque, sin nido y sin compañero; pero desde que me habló, ¡cuán otra soy! Te hallé a tí, y tengo mi nido en tu Sagrario.

¿Y quién habia de pensar que el Tabernáculo era el nido de mi corazón? ¿Quién había de pensar que aquel era el lugar de su reposo y el sitio de su descanso? ¡Ay, Jesús de mi alma! Desde que allí habita tiene la alegría de un jilguero, cuando se mece cantando sobre el pimpollo del árbol querido; pero dime, encanto mío, ¿quién había de pensar que la libertad de este corazón consistía en estar encerrado contigo en el Sagrario y unido a tí con amorosísima cadena y suavísimos grillos? Donde quiera que me encuentro, se hace patente a mis ojos nuestra prisión, y, como si su puerta fuese transparente cristal, te veo y me veo; entonces doy un suspiro, y una sonrisa de felicidad aparece en mis

labios, viendo mi corazón con los ojos de mi alma, reposando tranquilo al pie de tu copón.

¿Podrá caber ya en este corazón algo que pertenezca a la tierra? No; porque no habita en ella, no pertenece a ella. Pero a pesar de habitar allí contigo, ¿qué es lo que este corazón desea? ¿qué es lo que este corazón ansía? ¿Sabes tú, vida mía, lo que este corazón desea? Lo que desea con afán es perderse y transformarse; perderse en tí, como se perdería una gota de tinta en las inmensidades del océano. ¿Y tú, vida de mi alma, no quieres que me pierda y me transforme en tí? Sí, bien mío; tú lo quieres y yo lo deseo cada vez más. Empieza, pues, a derramar sobre mi alma tus misericordias, que yo te corresponderé amor con amor, sacrificio con sacrificio, cruz con cruz. ¡Jesús de mi alma, no tardes!, que pueda yo decir muy pronto: «*Mortua sum, et vita mea abscondita est cum Christo in Deo...*»

¿Temes acaso que vuelva a serte infiel? ¡Ah! no, ¡nunca más! Te lo prometo, te lo juro, Amado mío. Antes, todo se podía esperar de aquel corazón que parecía un mar de ingratitudes para tí: sí, todo se podía esperar de él; pero aquel corazón que se hacía sordo a tan dulces llamamientos, ha muerto... ¡Sí, ha muerto! Y resucitando después a nueva vida y transformado por completo, no vive nada más que para tí, palpita nada más que para tí, no piensa nada más que en tí. ¿Y temes, gloria mía, que este corazón te abandone, cuando no puede vivir de otro modo?

Mas ¡ay! que en estos momentos en que traslado al papel los sentimientos de mi alma, me asalta también una duda... un recelo... un temor... que viene a atormentarme, como un fantasma, como una densa nube que oculta el sol de mi felicidad. Tengo, vida mía, atravesado en mi corazón, como una flecha emponzoñada que me maltrata, que me entristece y que enturbia las que debieran ser serenas horas de mi vida. Tú ya sabes lo que es: ¡mi iniquidad, mis culpas!

¡Yo he sido para tí Herodes! ¡yo Judas! Por eso cuando coloco tu imagen en mi regazo y la contemplo paréceme que oigo estas palabras: ¡Cuántas espinas has puesto con tus manos en mi frente! Cuando acerco mis labios a tu herido corazón, oigo también allá en el fondo de mi alma la misma dolorosa voz, que me dice: ¡Tú empuñaste aquella lanza! Si beso tus pies y tus manos, siempre la misma voz me repite: ¡Cuántas veces has remachado tú estos clavos! ¡Qué pena!... Entonces lloro sobre tí, complaciéndome en ver caer mi llanto gota a gota sobre tu herido corazón, pareciéndome que lloras conmigo. Y viéndome precisada a limpiarte con la toca para que mi llanto no te manche, echo después una mirada sobre ella, y la toca parece que me dice *¡amor!,* el hábito, *¡amor!,* la celda, *¡amor!,* todo, *¡amor!*

¿Pero a qué evocar estos dolorosos recuerdos, cuando más goza mi alma? Quítame, vida mía, quítame esta flecha que traspasa mi corazón de parte a parte, o manda a esta nube que

se disipe, siquiera en estos momentos en que mi alma contigo se recrea... ¡Vida mía y Esposo mío! yo te haré olvidar con mis amores aquel tiempo perdido. Borra tú del libro de mi vida esos años infelices; que yo me pasaré los que aun me resten, llorando mis últimas rebeldías, mis últimas ingratitudes. ¡Sí, Jesús de mi alma, las últimas! De aquí en adelante viviré sólo para tí; y tu amor y sólo tu amor, será el blanco de mis deseos y el objeto de mis pensamientos.

¿Y por qué no lo fuiste siempre? ¿Por qué cuando formaste mi corazón, su primer latido no fué para tí? ¿Por qué, cuando la luz de la razón vino a iluminar mi mente, no fué su primer pensamiento para el Dios escondido en el Sagrario? ¿Cómo viví largos años fuera de ese cielo de la tierra? ¿Tendré lágrimas bastantes para llorar mi tiempo perdido? ¿Tendrá mi corazón latidos abundantes para recuperar el tiempo en que no te amé, oh amor Sacramentado?

¡Sí, Dios mío, sí! Yo doblaré los latidos de mi corazón; yo acrecentaré su ternura, multiplicaré su vehemencia, aumentaré su fineza y lo encerraré en tu Tabernáculo para hacerte contínua compañía con los ángeles del cielo.

¡Dejadme paso libre, espíritus angélicos! ¡Abridme esa prisión, donde mora por mí el Amado de mi alma! ¡Dejadme llegar hasta él y tomar posesión de lo que es mío! ¡Este lugar no os pertenece, porque es mi heredad! ¡La mansión de los ángeles es el cielo: idos allá! ¡El Sagrario es el nido de las palomas amantes, dejadlo para nosotras! ¡No se quedó en la tierra

por vosotros, sino por mí! No se ocultó en el Sagrario para sus ángeles, sino para sus siervos.

¡Dejadme paso libre, espíritus angélicos!

Dejadme, pues, lo que es mío; dejadme el lugar que me corresponde, que

Mientras él sea
mi prisionero,
su carcelero
será mi amor.

Y si os queréis quedar aquí, quedaos enhorabuena; pero en segundo lugar, para adorarlo conmigo y conmigo amarlo, por los ingratos que no le aman.

¡Ay, amor mío Sacramentado! A tí vengo, como ciervo sediento a la fuente cristalina; déjame apagar en tí la sed de amor que me martiriza. A tí vengo, como paloma amante; déjame que te adormezca con amorosos arrullos,

Pues te amo tanto
que de amor muero;
mas ¡ay! yo quiero
quererte más.

Quiero posarme dentro del Sagrario, y allí reposar tranquila, como avecilla que duerme con la cabeza bajo el ala en el nido de sus amores.

CAPÍTULO XI

MI CIELO EN LA TIERRA

Este cielo, después del Sagrario, es la soledad de mi convento, aunque parezca burlería y paradoja a las jóvenes bulliciosas del mundo. ¿Creen ellas que la estrechura de una celda, el ambiente de un coro, un claustro sombrío, los largos corredores, un patio y un huerto solitarios, no tienen encantos ni atractivos? ¡Pues se engañan!, que para mí, la más pobre entre las vírgenes a Dios consagradas! la soledad es un cielo con sus ángeles y sus estrellas. Cada paso que oigo en los corredores, cada suspiro que resuena en el claustro, cada flor que crece en el jardín, me encanta, me enternece y llena de embelesos mi existencia. Me faltan palabras para expresarlo, y sólo puedo dar idea de ello, diciendo que en la soledad ando tan absorta y embebida, que a veces me olvido de mi cuerpo y casi no siento si lo tengo.

Grata me fué siempre la soledad del campo con sus fuentes y arroyuelos, sus árboles y sus flores; pero la soledad del claustro lo es mucho más, infinitamente más. Aquella es soledad del cuerpo, esta es del alma; y en esta soledad las grandezas humanas se eclipsan, sus glorias

pierden el brillo, su luz se disipa y fenece para dar lugar a otras luces mayores y más esplendorosas. Cuando aquí oigo ponderar los adelantos del siglo, las maravillas del arte o los encantos de las que fueron mis compañeras, me rio; y río, porque al través de esos encantos, maravillas y progresos, vislumbro vanidades, montones de ruínas, sepulcros, muerte y olvido.

¡Huid de aquí, seducciones del mundo! ¡Atrás, vanidades de la vida, que mi amada soledad no os pertenece! ¡Atrás, atrás! Os conjuro a que huyáis de aquí y no turbéis mi dulce reposo. En mi soledad reina la paz verdadera, y fuera de aquí no he visto más que la agitación, el afán, las congojas, la malicia, la arrogancia, la zozobra, el orgullo, la desesperación, el egoísmo, el odio y la lucha, destrozando las almas nacidas para la paz. Fuera de aquí, todo lo turba la maldita sed del oro; y saciada ésta, la sed de placeres; y en pos de ésta, la de mando y dominio con sus violencias e injusticias. Bendita sea mil veces la mano bienhechora que puso muro de división entre el mundo y mi soledad, entre el siglo agitado y mi tranquila clausura.

¿Y qué mano escribió en ella sentencias tan admirables? Médico de las almas debía de ser el que entresacó de los libros santos los versículos que adornan mi morada, porque en ellos he hallado mil veces el alivio de mis males interiores, y han ofrecido ancho campo a las reflexiones de mi espíritu. ¡Oh, cómo hablan al corazón! En los dormitorios, dice:

Dormiré y descansaré en la paz del mismo Dios.

En mi soledad reina la paz verdadera...

El buen descanso sale de la buena conciencia.

Ya velemos ya durmamos, delante de Dios estamos.

El hijo del hombre no tuvo donde reclinar su cabeza.

Lavaré mi lecho con mis lágrimas, y con ellas regaré la almohada en que me reclino.

En los corredores y claustros se leen éstas:

¡Oh dichosa soledad! ¡Oh sola felicidad! Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: ellos te alabarán por los siglos de los siglos.

Muramos para la tierra y viviremos para el cielo.

En la entrada del refectorio dice:

No de sólo pan vive el hombre.

Si no dejas los placeres, ellos te dejarán a tí.

A Jesús en su sed horrible, le dieron hiel y vinagre.

En los alrededores del coro hay expresiones de los salmos:

Te alabaré en presencia de los ángeles.

Cantad salmos al Señor.

Tú rompiste mis cadenas, y yo te ofreceré sacrificios de alabanza.

Cantaré eternamente las misericordias de Dios.

Cada puerta y cada tránsito tiene su sentencia, a cual más hermosa y consoladora; tanto, que, en momentos de tristeza, me basta traer a la memoria una de esas bellas inscripciones, para sentir nacer en mi corazón raudales de ternura, de fortaleza, de júbilo o de cualquier otro afecto que necesite el alma para po-

ner en equilibrio sus nobles facultades. ¿No he de estar contenta con mi soledad? ¿No ha de ser ella mi cielo en la tierra?

¡Oh dichosa soledad!
¡Oh sola felicidad!

CAPÍTULO XII

MI CELDA

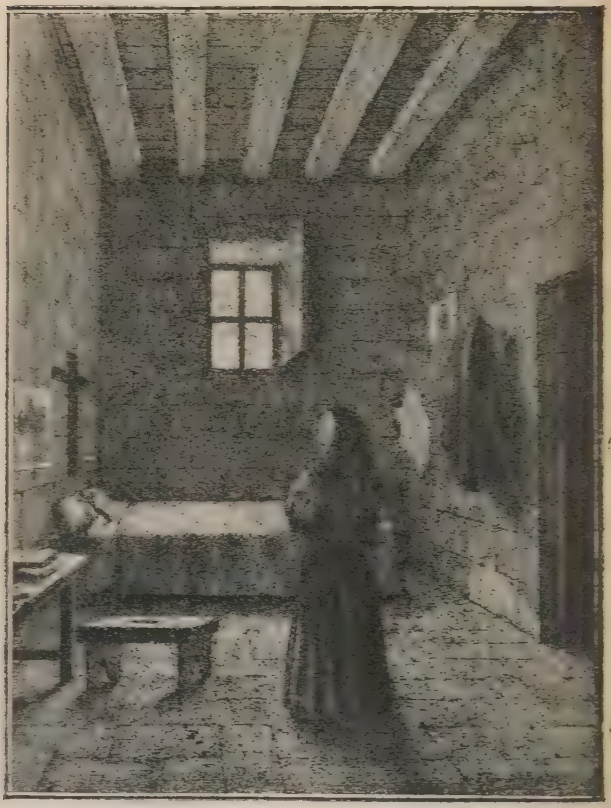
¿Por qué me mandará la santa obediencia describir lo indescriptible? ¿Qué materia de descripción puede ofrecer la celda de una pobre capuchina? ¿A qué hablar de mi estrecha morada? Si ella es mansión del silencio y de la paz, ¿A qué turbar su paz y silencio, hablando de ella? Pero la obediencia manda y no hay remedio: ¡la describiré!

Mi celda es un cuadrito de dos metros y medio por lado, con una puerta sin llave y una estrecha ventana que da al patio interior. Por todo ajuar hay en ella una tarima con su manta, un Crucifijo en la cabecera, dos estampas en la pared, un banco de madera, y un clavo para colgar de él la cuerda, la toca o el velo.

Estas piezas son mis galas; el banco mi asiento, las estampas imágenes demis dos santos más queridos, la tarima mi lecho regalado y el Crucifijo mi esposo.

Con él vivo siempre, hablándole continuamente, pidiéndole gracias y misericordias para los que sufren en esta vida o expían sus culpas en la otra. El me da aquí las horas más tranqui-

las que ha conocido mi existencia, y los días más hermosos que he tenido en mi vida.



...Mi celda... por todo ajuar hay en ella una tarima...

A veces le canto con los serafines cantares amorosos, y a veces lloro con él las ingratitudes de los hombres. ¡Dulce esposo mío! ¡tan

inocente y tan maltratado! ¡tan bondadoso y tan perseguido! ¡tan justo y tan calumniado! ¡tan amable y tan aborrecido! ¿Por qué te trata así el mundo demente y malvado?

¡Yo quiero desagraviarte! Aquí en mi celda no tengo flores con que adornarte, ni joyas que ofrecerte, ni aromas y perfumes con que brindarte; pero tengo un corazón para quererte, un corazón que por tí late, y con sus latidos quiere desagraviarte y calmar tu justa indignación.

Yo quiero desenojarte con mis amores y sacrificios; aquí me tienes, amor mío, aquí me tienes día y noche hecha tu esclava, ansiosa de reparar las ingratitudes de mis hermanos los hombres; tú ves mi corazón, tú penetras mis entrañas, tú lees en el fondo de mi alma y sabes que digo verdad.

Pues bien; si esta esposa que por tí vive, prisionera de amor, tiene derecho a pedirte algo de tu cariño infinito, te pide el perdón de los pecadores y su pronta conversión; te pide que llenes la tierra de esa luz y ese fuego en que arde tu corazón. ¡Piedad para el mundo malvado! ¡perdón para los pecadores! ¡piedad para los perseguidores de la Religión! Y si alguna vez has de castigarlos, manda a los ángeles de guarda delante del castigo para que salven de él a los pobres e inocentes hijos de los que nos aborrecen y se llaman nuestros enemigos...

Esta es mi celda y estas son en ella mis ocupaciones: hablar con mi Crucifijo y orar por el mundo que nos desprecia sin conocernos, y nos aborrece sin motivo.

CAPÍTULO XIII

MIENTRAS MAITINES

No puedo ni quiero resistir a la obediencia; quiero mejor darle gusto a ver si consigo una vez que ella me lo dé a mí... y por dárselo, escribo esto que debiera quedar oculto en el fondo de mi alma.

A las doce de la noche en punto comenzamos el coro, y al empezar el *Venite exultemus Domino* del Oficio divino, me imagino hallarme ante el trono de la Santísima Trinidad, unida a todos los santos de la Orden, para alabar a Dios trino y uno.

Luego que empieza el primer nocturno, dirijo mis pensamientos a la ciudad ingrata de Jerusalén, donde contemplo en el Cenáculo a mi Divino Salvador que, despojándose de su manto, se levanta las mangas de su túnica, para empezar aquel sagrado Lavatorio: Y yo le veo arrodillarse a los pies del mismo Judas, y... asombrada, contemplando aquel abismo de humildad, mi alma se acerca a El y le pregunta: ¿Qué haces vida mía? ¿Has olvidado quién eres? ¿Has olvidado tu grandeza y divinidad? Y pienso que levanta hacia mí sus hermosos ojos, y me

dice: ¿Ves estas manos en las que el Padre puso todas las cosas? Pues yo las pongo a los pies de mis criaturas, para enseñarte la humildad, para

A las doce de la noche en punto comenzamos el coro ..

que tú ames los oficios bajos y humildes.

Al segundo nocturno, lo miro en el Cenácu-

lo, sentado a la mesa, rodeado de sus Apóstoles, despidiendo de su divino rostro rayos de infinita luz: y tomando el pan eleva al cielo sus hermosos ojos; lo consagra en sus manos, y después se lo da a sus Apóstoles, pronunciando aquellas palabras: Tomad y comed; este es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.

Pienso que en mi mismo coro, sucede este prodigio, y no pudiendo contenerme, mi alma se acerca a su Dios y le dice: ¿Qué es esto, Jesús mío? ¿Tan bien te han tratado los hombres? ¿No vas a ser preso dentro de poco? ¡Sí! es cierto, (me contesta); pero, te amo tanto, que no puedo separarme de tí; instituyo este Sacramento para que tú me recibas en tu pecho, para que me visites, para que me desagravies, y para que no ames sobre la tierra otra cosa que este misterio de amor...

Al tercer nocturno, le veo salir del Cenáculo seguido de sus discípulos y dirigirse al huerto de las Olivas, donde les dice: Velad y orad, para que no entréis en tentación: y veo después a la vida mía arrodillarse y dejar caer su hermosa frente sobre el suelo, exclamando: Padre, si posible es, pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y penetro después en aquel Corazón del cual se apodera la más profunda tristeza; y paréceme escuchar los gemidos que se escapan de su pecho; perseverando una hora en oración, le ve mi alma dirigirse a sus discípulos, buscando quien le consuele; pero los halla dormidos y les dá esta amorosa queja: ¿Es posible que tan poco amor

os deba? ¿Ni una sola hora habéis podido velar conmigo? Velad y orad para que no entréis en tentación.

El se vuelve a su oración, donde ve en toda su espantosa fealdad las iniquidades de los hombres, (y entre ellas las mías), toda la inmensidad de los tormentos que le esperan, su afrentosa muerte, el desamparo de su eterno Padre, las amarguras de su divina Madre... y a vista de tanto tormento, un sudor de sangre inunda su rostro, y agonías de muerte siente su alma sacratísima. Entonces le pregunto: ¿Qué tienes, Jesús mío? Y pienso que vuelve hacia mí sus rostro pálido, pero hermosísimo, y me dice: Mira los inmensos tormentos que me esperan... y alejándose de mí, vuelve a la oración, se interna más en el Huerto, donde arrodillado, y puestos sus brazos en cruz, exclama: Padre: ¡hágase tu voluntad! ¡Aquí está mi frente, venga la corona de espinas! ¡Aquí están mis manos y mis pies, vengan los clavos! ¡Aquí está mi cuerpo, vengan los azotes y las afrentas! Y con los ojos fijos en la tierra, paréceme ver aquella víctima sagrada, ofreciéndose por todo el mundo; y le digo a mi alma: ¡Oh qué modelo, alma mía! Aprende aquí a conformarte en todo con la voluntad de Dios.

Al *Te Deum* vuelvo a elevar mi pensamiento hacia el trono de la Sma. Trinidad, donde mezclada con los ángeles, uno mis pobres alabanzas a las suyas y a las de todos los santos.

Al empezar el primer salmo de Laudes, contemplo a Jesús en el Huerto, vendido, preso,

maniatado, con una soga al cuello de la cual van tirando con alegría satánica y algazara horrible, arrastrándolo y conduciéndolo de tribunal en tribunal, cargado de afrentas, con su hermosa cabeza inclinada sobre su amante pecho, cubierto su rostro de confusión y vergüenza. Yo le voy siguiendo, de Anás a Caifás, y allí me entro con El en el calabozo donde lo encierran, para acompañarle el resto de la noche, encerrada juntamente con El; y entonces arranco la cadena que oprime su divino cuello y la pongo en el mío, (que bien merecida la tengo), y con mis dientes y mis manos desato las suyas, atadas y lastimadas por mis culpas, apartándole después aquellos cabellos ensangrentados y llenos de lodo que impedían la vista de sus divinos ojos; y quitándome el velo, limpio su rostro lleno de sudor, de sangre y salivas. Entonces levanta hacia mí sus ojos, habla a mi alma; y en deliciosa conversación me paso con El la noche entera.

En prima, tercia, sexta y nona, sigo meditando por el mismo estilo los pasos de su pasión dolorosa, hasta llegar a Completas, hora en que lo dejo en el sepulcro y allí me quedo con El, diciéndole a mi alma: ¿Quieres reinar con Jesús? Sufre y padece en la tierra como Jesús; ama como Jesús; perdona como Jesús y gozarás con El por toda la eternidad.

Obediencia santa, ¿estás contenta? ¿Quieres que diga más? ¿No me dejo llevar de tí como la pluma del viento? Pues dame gusto esta vez y

no me hagas decir las consideraciones con que acompaño el rezo de las horas matutinas y vespertinas, que bastante he dicho. ¡Fiat, fiat!

CAPÍTULO XIV

MI DÍA DE RETIRO

Este día venturoso apenas era conocido antes en mi monasterio; pero desde que a él vino un enviado de Dios para darnos los santos ejercicios, se practica con mucha fidelidad y con notable aprovechamiento. El nos dijo que si la Virgen Santísima pudiera tener pena en la gloria, la tendría ciertamente de ver abandonado a su divino Hijo en los sagrarios, olvidado de los hombres; y que pues Ella no podía prestarle aquí en la tierra los servicios que le prestó en su vida mortal, nos rogaba de parte de la gran Señora, que hiciéramos aquí sus veces y acompañáramos constantemente a Jesús sacramentado.

También nos demostró que nuestro destino, como religiosas, es ofrecernos víctimas voluntarias, unidas en un mismo sacrificio con la víctima preciosa del tabernáculo; rodear su prisión de amores, como palomas enamoradas, y con gemidos y arrullos amorosos consolar día y noche al Corazón divino, haciéndole compañía en su triste soledad.

Como el número de mis hermanas es igual

al de los dias que traen los meses más largos, se determinó que en cada día del mes estuviera una monja exclusivamente dedicada a la adoración del Santísimo Sacramento, á dar la guardia de honor a la Majestad escondida en el Sagrario, a cumplir el grato deber de víctima voluntaria, y hacer las veces de la Inmaculada cerca de su divino Hijo sacramentado; y este día delicioso es el que llamamos de santo retiro.

La monja que ha estado retirada durante el día, antes que se toque de noche a silencio, lleva a la celda de la que vá a entrar de retiro un Crucifijo grande, un libro, y un cartelito que cuelga en la puerta de la celda, para que la religiosa al entrar o salir de ella lea estas palabras escritas con gruesos caracteres:

DÍA DE RETIRO

¡Aprovéchate de este día!
¡Dios, alma y eternidad!
¡Mortificación continua!
¡Soledad completa!
¡Mucha oración!
¡Amor y sacrificio!
¡Silencio rigoroso! etc. etc.

Guardando, pues, un rígido silencio y abstraída la religiosa de toda ocupación que la impida hacer bien el oficio de paloma enamorada al rededor del Tabernáculo, pasa el día en el coro o en la tribuna, acompañando al Prisionero

divino, desagraviándole del olvido en que lo tienen las criaturas, llorando las ingratitudes de los hombres, y pidiendo a los serafines sus ímpetus de amoroso fuego, para amar con delirio al que llegó por nosotros hasta la locura de la cruz y al anonadamiento de la Eucaristía.

Cuando a mí me toca este día, que es una vez al mes, como llevo dicho, invito a las criaturas todas para que alaben conmigo a nuestro Criador, autor de todo el universo; y recito en primer lugar el himno del profeta: *Venite exultemus Domino.*

Venid, venid y alabemos
Al Señor llenos de gozo,
Loemos con alborozo
A Dios nuestro Salvador.
Lleguemos a su presencia,
Su grandeza confesando,
Salmos alegres cantando
En su alabanza y honor. etc.
. . . . . .

Algunas horas del día las empleo en oración devota, meditando la pasión de Cristo, o los beneficios divinos; me examino detenidamente en la presencia de Dios, para ver mi adelantamiento o mi atraso en el mes transcurrido, y estimularme así al cumplimiento de mis deberes y este acto lo termino siempre con el ejercicio de la muerte, que viene a ser un ensayo, una representación viva de lo que he de hacer y me ha de pasar el día en que mi alma se aparte de

mi cuerpo, y se despida de todo lo visible para comparecer en la presencia de Dios.

...Mi ocupación favorita en este dia, hablar en silencio...

Pero mi ocupación favorita en este día es hablar en silencio con el Esposo de mi alma,

darle quejas amorosas y decirle muchas veces con S. Juan de la Cruz.

¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me lo has robado,
¿Por qué así lo dejaste
Y no tomas el robo que robaste?
Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y tu hermosura,
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura,
Sino con la presencia y la figura.

Y si por ventura en estos coloquios se siente el alma herida de amor divino, no tiene más remedio que, fastidiada de las criaturas y de todo lo visible, exclamar con el bendito santo carmelitano:

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?
¡Acaba de entregarte ya de vero!
No quieras enviarme
De hoy más mensajero
Que no saben decirme lo que quiero.

Esta es mi ocupación favorita en el día de santo retiro, día que nunca termino sin elevar al cielo ardientes plegarias por la prosperidad de la Iglesia y su Cabeza visible, por nuestra pobre España, por mi buen Prelado diocesano, por mi seráfica Orden, por los pecadores, y por todas las necesidades que el Señor trae a mi memoria para que pida por ellas.

CAPÍTULO XV

MI OFICINA PREDILECTA

¡Tú lo sabes cual es, Jesús mío, tú sabes cuál es mi oficina predilecta! y sabes también lo que me cuesta decirlo y revelar este secreto oculto en mi corazón ha ya muchos años. ¡Oh santa obediencia, y qué dura eres esta vez conmigo, conmigo que tanto te quiero y tan fiel deseo serte!

He sabido que en otros conventos, cuando se mudan los oficios y ocupaciones de las religiosas, suele haber turbaciones e inquietudes; en éste, gracias a Dios, no las he notado hasta la hora presente, porque mi buena maestra nos crió con indiferencia santa para todos los empleos, oficios y ocupaciones en que quisiera ejercitarnos la obediencia.

Aquí miramos en común a Dios como a Padre amantísimo, como a Rey celestial; y a nosotras mismas como hermanas, hijas y siervas de ese Rey divino, a quien servir es reinar. Sabemos que a nuestro Dios, Padre y Rey no se le sirve, sino cumpliendo su voluntad santísima manifestada por la obediencia; que cumplir esa voluntad divina es ser reinas, y cumplir la nues-

tra ser esclavas con la más tiránica y vergonzosa de las esclavitudes; y esa esclavitud la tenemos por cosa indigna de las hijas de tan gran Rey.

Por esto ninguna muestra más inclinación a un empleo que a otro; ni pretende esta oficina más que aquella, porque no quieren servirse a sí mismas, sino a Dios; sabiendo que si por su gusto y voluntad, por pedirlo o pretenderlo le dan un empleo, en él se sirven a sí propias, no a nuestro Padre celestial; y por lo tanto no merecen premio ni paga por sus servicios, sino castigo y desprecio por tener usurpado el puesto que el Rey eterno tenía destinado para otra de sus hijas.

Eso no obstante, (confieso mi culpa y mi falta de virtud), yo siempre he tenido predilección por una oficina, siempre he deseado en mi corazón el cargo de sacristana, y siempre ha sido la Sacristía mi oficina predilecta.

¡Qué ratos de cielo he pasado en ella! ¡Cuán contenta me pongo, cuando allí entro! En aquel hermoso y solitario recinto perfumado siempre con el aroma del incienso hay objetos muy venerandos que han visto desfilar ante sí muchas generaciones de almas fervorosas. Al entrar en él me creo siempre trasladada a otra región más alta o en actitud de poderme comunicar más fácilmente con los seres invisibles. Es tanto lo que habla a mi alma su misteriosa soledad, y tanto lo que me atrae, que muchas veces me encuentro en ella, sin saber cuándo ni por donde entré, cual si allí hubiera ido dormida, y después de algún tiempo me hubiera despertado.

De las tres o cuatro épocas de aridez que he tenido en mi vida religiosa, ninguna ha sido es-

Cuántas veces al preparar las formas para la comunión he llorado...

tando ocupada en la Sacristía; y creo que ninguna sequedad, por grande que sea, resistiría a

un día de santo recogimiento pasado en ella, porque su ambiente tiene un influjo sobre mi corazón, que lo eternece y eleva. Por eso la Sacristía es mi oficina predilecta.

¿Y cómo no, si ella es como el tocador y el tálamo de mi Esposo divino? ¡Ay, Jesús de mi alma! en todas partes he podido considerarte como Dios, como Padre, como Rey, como Salvador... pero en la Sacristía no puedo considerarte más que como esposo amantísimo de las almas.

¡Cuántas veces al preparar las formas para la comunión he llorado, pensando que era el traje bajo el cual ibas a entrar disfrazado en mi corazón! ¡Cuántas veces he besado arrodillada el cáliz donde se había ofrecido al eterno Padre tu sangre preciosa, de más valor que millones de mundos! ¡Cuántas veces cogía la llave del tabernáculo, me la colgaba al cuello y me iba a la reja que da a tu Sagrario para entretenerme contigo, diciéndote que te tenía encerrado y que no te podías escapar!

¡Cuántas veces, yo solita, desdoblaba el corporal que había servido en la misa, y posando en él mis labios y con ellos mi corazón decía: ¡Aquí estuvo esta mañana! ¡Este lienzo envolvió su cuerpo sacratísimo! ¡Cuántas veces me quedaba como tonta, contemplando los ornamentos sagrados, los ramos de flores, todo lo que servía para el culto divino, y volvía en mí exclamando: ¡Estas son las galas de mi Esposo sacramentado!

¿Y por qué no decirlo todo, si la obediencia

lo ordena? Vez hubo en que el mucho trabajo me fatigaba el cuerpo y me inquietaba el alma; y entonces me iba al Sagrario y le decía: ¿Amor mío, lo ves? Inquieta y fatigada estoy, y sé que la inquietud no te es agradable: quítamela, porque yo no me voy de aquí hasta estar tranquila y fortalecida para el trabajo. No te disgustes, bien mío, porque te hablo con libertad; pero si quieres en tu altar el mantel rizado, me has de dar fuerzas y quietud para rizarlo: y si no, te lo planto como está... ¿Me perdonas este atrevimiento? Y como si oyera, no su voz de perdón, sino su risa de complacencia, salía yo también riendo y me escapaba presurosa a continuar mi trabajo, el cual me encontraba hecho con suma facilidad.

No trabaja con tanto placer la madre al pie de la cuna donde duerme su pequeñuelo, cosiendo la ropita que le ha de poner, como yo trabajo en la Sacristía, cosiendo la ropa que sirve en los altares de mi Amor Sacramentado. No borda con tanto amor la joven prometida el primer regalo que ha de hacer a su esposo, como yo bordo, lavo y coso los purificadores y corporales, hallando en esta ocupación delicias inefables que la lengua no acierta a expresar. Por eso la Sacristía es mi oficina predilecta.

La primera vez que, después de tres años de cielo me sacaron de ella, me eché a llorar, como una niña a quien quitan su juguete más querido; como una esposa que perdiera de repente al fiel compañero de su vida. ¡Oh cuánto lloré! Me vinieron a la memoria en tropel todas

mis faltas, todas las negligencias en el desempeño de aquel oficio, y creí que mi Amado me alejaba de sí, por lo mal que le había servido; que me retiraba de su cámara en justo castigo de mis ingratitudes.

¿Por qué me echas de aquí? (le decía): ¿Por qué me apartas de tí? No me despidas, amor mío. ¡Déjame aquí otro trienio y verás con qué fidelidad te serviré! ¿Es posible que me arrojes de tu lado? Bien merecido lo tengo, pero...

¡Nada, Dios mío, nada! no me quiero quejar; soy culpable y acepto el castigo; de tu mano lo recibo todo. Otra vendrá a servirte en este lugar, y yo te serviré donde tú quieras, donde la obediencia me mande; allí procuraré serte más fiel que aquí, para que tú, de mí compadecido, me vuelvas algún día cerca de tí. ¿Lo harás, Jesús mío?.. Y así me despedí de Él, y de aquel sitio que no en balde he llamado tocador y tálamo de Jesús Sacramentado.

Lo mismo hago en los demás sitios o empleos que me da la obediencia, y lo mismo sé que hacen mis hermanas y compañeras; pero yo hago esto de un modo especial en la Sacristía, porque no en vano es ella *mi oficina predilecta.*

CAPÍTULO XVI

MI ESCUELA DE PERFECCIÓN

No hay lugar en mi convento que no me hable al ama y tenga para mí sublimes enseñanzas; pero mi clase favorita, mi escuela más frecuentada es el panteón y cripta en que están sepultadas mis hermanas.

Cuando entro allí a rezar el oficio de difuntos por mis queridas muertas, entiendo, sin saber cómo, los gemidos del salmista y los lamentos de Job que el oficio encierra; lamentos y gemidos cuyo eco repiten las huecas tumbas o los restos que ellas guardan: *Dies mei transierunt!*

«Mis días se deslizaron rápidamente... Mis vanos pensamientos se disiparon como el humo..., se desvanecieron mis locas esperanzas... y sólo me queda el sepulcro! Avanzan mis años..., se agotan mis fuerzas..., ando un camino por el cual no he de volver..,, huyo como una sombra..., pararé en la tumba, donde hay mansión preparada para todo viviente... El sepulcro será mi padre, la podredumbre mi madre y los gusanos mis hermanos.»

¡Qué lección para la soberbia humana! ¡Qué

desesperación para la incredulidad! ¡Pero qué consuelo para mí, fiel creyente! Porque a ese eco misterioso y desesperante de los sepulcros hace dúo otro eco divino y consolador que parte del Crucifijo colocado en el altar del panteón, diciendo:

«Yo soy camino y verdad, resurreción y vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y si vive y cree, no morirá eternamente.»

¡Bendita fe! ¡Bendita esperanza! ¡Bendita Religión, y benditísimo esposo mío, que la dió al hombre y la enseñó al mundo!

Terminado el oficio, hago allí mismo el *Viacrucis* con la cruz sobre mis hombros, o me pongo de intento a visitar los nichos, y a estudiar en ellos nuevas lecciones.

En esta tumba, me digo, reposan las cenizas de aquella niña santa, que era llamada por todas *Palomita sin hiel*, según refieren los manuscritos del convento. Antes de entrar en él se dedicaba a consolar los enfermos pobres de su pueblo, procurándoles juntamente socorros para el cuerpo y auxilios para el alma. Un día cierto moribundo a quien socorría, airado porque le habló de confesión, levantó su mano sacrílega y dió tremenda bofetada a la *Palomita sin hiel*, que a duras penas pudo contener las lágrimas. Con la mejilla amoratada y los ojos llorosos, miró al criminal y le dijo: ¡Hermano mío, y Señor mío; no uno, son dos los bofetones que merezco, por no haber sabido complacer a Vd., ni enseñarle a bendecir y amar a nuestro Padre celestial! Y le presentó la otra

mejilla. El enfermo arrepentido rompió en llanto... creyó y murió santamente. ¡Ah *Palomita*

Esta losa guarda los restos mortales de la que fuè en el mundo noble dama

sin hiel! ¡Qué lecciones me das! Tú supiste con

tu dulzura ganar almas para Dios, y ahora gozarás la gloria de tus conquistas.

Esta losa guarda los restos mortales de la que fué en el mundo noble dama, y aquí humilde enfermera. Durante su noviciado murió el único hermano que tenía, y recayó sobre ella un título de Castilla y un gran Mayorazgo, con pingües rentas. Todo lo dejó por Dios, y ya en cambio ha encontrado el Todo de todas las cosas.

Aquí yace... ¡ah sí! la que cuentan nuestras fundaciones que de puro contemplativa estuvo a punto de perderse, por dar más crédito a sus visiones que a la obediencia y a los consejos del confesor. Arruinó su salud con indiscretas mortificaciones, y perdió el juicio con tantas visiones, tanta vigilia y tan imprudentes ayunos. Escarmentaré en cabeza ajena, que si ella tuvo después un médico espiritual que la curara, le hiciera llorar sus yerros y morir santamente, no sé yo si ese médico existiría para mí. ¡Te conozco: *¡vade retro, Satán!*

Este es el nicho donde metieron a la que se llamó con propiedad ángel del convento: ángel de humildad, ángel de pureza, ángel de caridad, ángel de sacrificio y ángel de consuelos, que dejó perfumados estos claustros con el aroma de sus virtudes. ¡Ay Angela de Jesús! ¡Quién pudiera seguir tu vuelo! ¡Oh cómo me anima a santificarme lo que sé de tu preciosa vida!

Así voy recorriendo los sepulcros y preguntando a sus moradas, las cuales me contestan por lo menos aquellos versos que dicen:

¡Yo he sido lo que tú eres:
tú serás lo que yo soy!

Y saliendo de allí, me voy al Sagrario a recitarle a mi Amado la lección aprendida. ¿No es verdad que en el cementerio se aprende mucho? ¿No puedo llamarlo con propiedad mi escuela de perfección?

CAPÍTULO XVII

ARRULLOS DE PALOMA

Oculto entre las ramas de los árboles, pero muy cerca del lugar donde tiene su nido, pasa el ruiseñor las horas, trinando dulcemente y llenando los aires de endechas amorosas. ¿Pues por qué yo, avecilla de la soledad, escondida entre mis rejas, no he de pasar la noche cantando o gimiendo cerca del Sagrario, místico nido de mis amores?

¡Sí, Jesús de mi alma! Aquí cantaré con el corazón palpitante de tierna emoción; aquí gemiré ante tu altar para desahogar contigo una vez más los afectos de mi corazón, que tú sabes te pertenecen. Interminables me han parecido las horas que han transcurrido desde la última vez que aquí estuve; durante ellas he estado pensando en tí sin cesar; a cada momento he sentido brotar en mi alma afectos de ardiente amor; y mis labios te han protestado mil veces, en palabras dulcísimas, toda la ternura de mi corazón. De mi pecho a tu Sagrario ha habido una corriente invisible y misteriosa; por la cual han venido a mí tus gracias y han ido a tí mis pensamientos, mis deseos, mi misma vida.

Como tórtola que fatigada de volar por el valle busca afanosa el árbol donde anida, y allí solitaria, exhala dulces arrullos, así mi alma cansada de las cosas de la tierra, ansiaba venir a tí, y posada blandamente sobre tu altar lanzar en la soledad del templo mis tiernas quejas. Tórtola solitaria, ¡Jesús mío! tórtola solitaria es mi alma sobre la tierra; tú eres mi único compañero, y por eso busco anhelante tu dulcísima compañía. Tu altar es el árbol de místicos ramajes donde únicamente puede posarse el alma mía, porque en la fronda de este árbol he colgado el nido de mis amores.

Y dime, ¡Jesús de mi alma!: en esa soledad en que te ves, en ese olvido y abandono en que te dejan los hombres, ¿te consuela algún tanto mi compañía? ¡Ay!, yo soy tan feliz con la tuya ... En tu divina presencia no hay amarguras para mi alma. Si vengo a tí llena de dolor y pena, se desvanecen mis penas y mis dolores, y solo siento placer en mi corazón. Tu divina presencia da siempre a mi alma dulce paz, y mi corazón goza en silencio la compañía del bien que adora.

Cuando aun tú no estabas en la tierra hecho prisionero de amor por los hombres, andaba la Esposa de los cantares desolada, buscándote por calles y plazas; y como no te hallaba, preguntaba solícita a todos los que encontraba: Por ventura, ¿vísteis al que ama mi alma? Pero ahora... ¡qué dicha! ¡Prisionero mío! ¡qué dicha! ahora no es así, porque para hallarte, sólo tengo que remontar el vuelo y posarme en el nido

de mis amores. ¡Oh qué atracción tiene ese nido para mí!

Cuando tú atraes a un alma con tu mirada o con tu amor ella corre hacia tí como el acero tras del imán, ella te busca, como busca la paloma sedienta la fuente cristalina; y al llegar a tu altar exclama con la sagrada Esposa: «Hallado he al que ama mi alma; téngole y no lo soltaré».

Así exclamó la mía al hallarte, y así clama ahora en tu presencia, pues, aunque oculto a mis ojos, sé que estás ahí en ese Sagrario que contemplo con amor; y que estás con la misma grandeza y majestad que en el cielo empíreo, oyendo los suspiros de esta alma que viene buscando amores a tu sagrado altar en el silencio de la noche. Hablemos, pues, Amado mío, hablemos de nuestro amor dulcísimo, sin ruido de palabras, de corazón a corazón, con ese misterioso lenguaje de las almas. Háblame y resuene en la mía tu voz, más dulce que el arrullo de la tórtola enamorada.

¿Me amas, vida mía? ¡Oh qué dicha! Paréceme que percibo allá en el fondo de mi alma tu voz dulcísima que me dice: ¡Sí; te amo! tu amor me tiene preso en este Sagrario...

¡Cielo santo! ¡qué asombro! ¿Ha dicho que mi amor lo tiene aprisionado? ¿Mi amor, Jesús mío? ¿Mi amor tenerte a tí prisionero? ¡Repítelo otra vez, vida mía, repítelo otra vez y déjame morir de felicidad! ¿Mi amor? ¡dímelo otra vez! ¿Mi amor?

¡Ay, el tuyo sí que me tiene a mí aprisionada! ¡Yo soy también prisionera de amor, como

tú! Mírame bien a través de estas rejas y de esos muros que me cercan por todas partes, y

Mírame bien a través de estas rejas...

verás que yo también soy prisionera de amor, como tú; y aquí guardada en mi prisión.

vivo del mundo olvidada,
vivo de tí enamorada,
vivo penando de amor;

y como tú eres mi amigo y mi compañero de prisión, por eso vengo a las rejas de mi cárcel a consolarme contigo y contarte mis penas. Porque ¿no es verdad, bien mío, que hay penas que se cantan, y que se cantan llorando, como yo te canto las mías?

Pues, aquí te cantará mi corazón de ese modo hasta que los primeros rayos del sol doren las altas vidrieras del templo, y oiga trinar las aves en la floresta de mi jardín: y el sol con sus rayos de oro y las aves con sus alegres gorgeos, me verán retirarme de estas rejas donde me tiene presa tu amor.

¡Ay, Jesús de mi amor! ¡Qué horas tan felices y venturosas se pasan aquí, junto a mi nido, acompañándote en tu soledad! ¡Quién me diera mandar al tiempo que detuviese su carrera, cuando en tu presencia me hallo! Dueño mío, ¿cuánto tiempo ha que estoy aquí? ¡Ay! se han pasado una, dos, tres horas... o más bien, tres instantes, ligeros como el pensamiento.

Pero al fin se pasaron, ¡Jesús mío! y ha llegado el momento en que las aves abandonan su nido, y se lanzan al espacio, trinando alegremente; yo también, con pena de mi alma, abandono el nido de mis amores, para entregarme a las faenas del día; pero, así como el ave tarda poco en volver a su amado nido, así yo, presto, ¡muy presto! amante tornaré aquí, donde a coro

con mis hermanas, cantaré himnos y salmos, haciéndote la corte ¡oh Rey de mi corazón!, como te la hacen los coros angélicos allá en la mansión de eterna vida.

CAPÍTULO XVIII

JUNTO A MI NIDO

Otra vez vengo a tí, Jesús mío, porque lejos de tu Tabernáculo siento un vacío en mi alma, que nada lo puede llenar. Sólo al pie de tu Sagrario soy feliz. ¡Jesús de mi alma! ¡Oh quién pudiera permanecer siempre al pie de tu altar! Enojosas me serían todas las ocupaciones que de él me apartan, si no supieras que con ellas te agrado, y que te complaces en verme penar y gemir separada de tí, cual avecilla presa en estrecho lazo. Mas apenas las termino, como no tengo en la tierra donde poner mi corazón, ni posar mi pensamiento, ni fijar mis ojos, vuela mi alma hacia tí, como enamorada paloma, buscando su dulce nido, y, posándose aquí al pie de tu Tabernáculo, exclama como la Esposa: «Sentéme a la sombra de aquel que mucho había deseado.»

Sí, Jesús mío, en el desierto abrasador de este mundo tú eres para mí el fresco y tranquilo óasis que calma la sed ardiente de mi corazón; por eso corro hacia tí noche y día como el ciervo a la fuente de las aguas. Tú has dicho que tienes tus delicias en estar con los hijos de los

hombres; y nada más justo que tenga yo las mías en estar contigo, pagándote así amor con

En el desierto abrasador de ese mundo tú eres para mí..

amor. ¡Si; dulcísimo Jesús mío! Yo también tengo mis delicias en estar contigo, aquí junto a ti,

al pie de tu Tabernáculo; porque tú eres para mí todas las cosas.

Tú eres mi Dios, el Dios de mi corazón, el Dios de mi alma, el Dios criador del universo; tú eres mi Padre, mi amorosísimo Padre, que me has dado graciosamente el ser que tengo, imagen y semejanza del tuyo; tú eres mi madre, pero una madre tierna y amorosa que me alimenta, no con leche de tus pechos, sino con tu misma carne y sangre; tú eres mi hermano, pues al hacerte hombre por mi amor, tomaste mi misma naturaleza y un corazón de carne como el mío; tú eres mi Salvador, pues derramaste hasta la última gota de tu preciosísima sangre por salvar a mi alma, perdida por el pecado; tú eres, en fin, mi médico, médico celestial y divino que se abre sus venas, y extrae de ellas el bálsamo que cura las heridas de mi alma...

¡Oh, cuántos títulos tienes, Jesús mío, para que al recordarlos mi corazón se abrase en amor por tí!

Mas tienes para mí otro más dulce, más tierno y más amoroso, porque tú eres el esposo de mi alma, el querido, el amado, el elegido de mi corazón! ¡Tú eres mi encanto en este desierto del mundo; tú mi alegría en este valle de amarguras y tristezas! ¡tú mi consuelo en esta tierra de dolor! ¡Ay, cuánto te quiero, Jesús mío!

Cuando te contemplo sacramentado en precioso trono y rica custodia, entre luces y perfumadas flores, envuelto en blancas nubes de oloroso incienso que se esparce en derredor de

tí, llenando el templo de fragancia suavísima; cuando oigo los melodiosos acordes del órgano y el alegre sonido de las campanillas, unido a los cánticos sagrados que en torno de tu altar elevan los sacerdotes, ¡oh, cuánto goza mi alma entonces, Jesús mío! Mi corazón palpita con violencia, una sonrisa de felicidad asoma a mis labios y mi fe te ve ahí, entre ángeles y seráfines que baten sus alas impetuosas, y sobrecogidos de temor repiten el *Sanctus, Sanctus, Sanctus* que resuena dulcemente en mis oídos. ¡Oh, cuánto goza mi alma entonces! Todo mi ser experimenta un placer, una dicha, un gozo y alegría tan inexplicables, que mi lengua enmudece al quererlo expresar.

Pero... ¡ay dolor! cuando vengo a tí tierna y amorosa, y te encuentro pobre y solo, escondido en ese altar, olvidado de los hombres, mi alma desfallece, mi corazón se parte de dolor, y lágrimas de sentimiento corren por mis mejillas, llorando así la ingratitud de los mortales. ¿No hay almas ya en el mundo? ¿Se han acabado los corazones amantes sobre la tierra? ¡Hay almas! ¡hay corazones! ¡pero pobres almas y pobres corazones que viven olvidados de tí, Amor mío! Tú has fijado tu masión entre los hombres y permaneces noches y días, meses y años en ese altar, esperando amor y reconocimiento de las corazones, y no recibes más que olvido, indiferencia e ingratitud. ¡Pobres ciegos! ¡Estás entre ellos, y ellos no te ven! ¡Vives entre los mortales, y ellos no te conocen! ¡Insensatos!

¡Oh Rey mío! ¡Rey sin cetro ni corona en

ese altar! ¡Quién pudiera rendir a tus pies todos los corazones de los hombres! ¡Oh quién pudiera encender en ellos el fuego del divino amor y abrasarlos en él! ¡Quién me diera poder para traerlos aquí, a que te cantaran himnos y cánticos de alabanzas, como se te cantan allá en la gloria! Pero... ¡ay! ya que esto no me es dado, yo te rendiré por ellos perpetuas adoraciones; mi corazón te amará por los que no te aman, pensará en tí por los que te olvidan, y te alabará por los que te ultrajan; y cuando nuevas ocupaciones me obligen a separarme de tí, lo haré como ahora, dejando entre suspiros y adoraciones los afectos de mi alma al pie de tu Tabernáculo.

CAPÍTULO XIX

¡PADRE PERDÓNALOS...!

Gritos de ira y de rabia, rugidos de odio y rencor, tumulto frenético y clamoreo insensato, como de ciudad sublevada, han llegado a mis oidos. Los poderes del infierno y las potestades de la tierra se ha conjurado contra su Cristo y contra su Iglesia.

Voz de llanto, gemidos de dolor y sollozos de amargura han turbado la quietud y el silencio de mi claustro. Las hijas de Sión, las palomas de la soledad, mis hermanas queridas lloran y gimen por la inícua guerra que le hace a la Iglesia santa la Sinagoga de Satanás.

Esta tiene prisionero entre sus garras al Vicario de Cristo, desarmando parte del ejército de Dios, maniatados a muchos de sus capitanes perseguidos a los religiosos que, huyendo del mundo, se acogieron a la soledad del claustro; derribados esos clautros maravillas del arte, profanadas sus Iglesias, destruídos sus altares y lleno el mundo de escombros y ruinas, de llanto y desolación.

Yo en mi infancia me estremecía, al ver el furioso oleaje del mar alborotado; temblaba,

cuando oía retumbar el trueno en el espacio; y me llenaba de espanto, al oir contar los estragos de la peste o del terremoto. ¡Pobre de mí! ahora veo que el furor del hombre impío, que la ira de la fiera humana, que el veneno de la serpiente masónica es más terrible y destructor que todos los elementos juntos. ¡Hombres degradados! ¿acaso os crió Dios para ser incendiarios y asesinos, calumniadores y esclavos de Satanás? ¿Cómo caben en vuestros corazones proyectos tan criminales?

Acabo de leer en una revista piadosa que en las instrucciones secretas dadas por un representante de Luzbel a sus sectarios, hay un artículo que dice: Todos los h.·. mass.·. deben calumniar al clero, combatir a las Ordenes religiosas y trabajar con ahinco por la expulsión de las monjas y destrucción de sus conventos.

¡Desdichados! ¿También a nosotras? ¿Qué mal hemos hecho nunca, para que así nos aborrezcáis? ¿No pedimos todos los días al cielo bendiciones para la tierra? ¿No ofrecemos todos los días nuestras oraciones y nuestras lágrimas por el bien de la humanidad? Pues, ¿por qué nos perseguís y queréis sacarnos del Santuario y profanar nuestra morada? ¡Ingratos! Con maldiciones pagáis nuestras bendiciones, con aborrecimiento nuestros favores y con odio irreconciliable el amor que os tenemos.

¿Y para esto se acuerdan de nosotras los masones? Más valdría que nos sepultaran en el profundo del olvido. ¿Por ventura se acabaron las mujeres en la tierra? ¿Se ha perdido ya en

el mundo el respeto a la honestidad y el miramiento a las vírgenes, esposas del Cordero? Pues entonces, ¿por qué quieren violar nuestra clausura y destruir nuestro retiro? ¡Desventurados! ¿no sabéis que quien profana nuestros umbrales tiene sobre sí la maldición de Dios y los rayos de su eterna justicia? ¡Huid, insensatos, y no provoquéis la ira del Eterno!

¿Os hemos ofendido alguna vez? ¿Os hemos hecho mal sin pensarlo ni quererlo? ¡Ah, no! ¡eso no puede ser! Desde que pisé estos benditos claustros he visto a mis hermanas, siempre solícitas por el bien de los pobres y por la salud de las almas, orando noche y día al Señor por vosotros y vuestras familias. ¿Y por esto queréis demoler nuestra morada?

¡No lo hagáis, por Dios! ¡criaturas descarriadas! Mirad que algún día vuestras hijas necesitarán estos retiros para guardar su inocencia, para huir del mundo malvado, para buscar en ellos lenitivo a sus corazones heridos por el desengaño, para guarecerse aquí de los peligros de la vida, para ocultar aquí los tesoros de su pureza y su virtud, expuestos a ser robados en esos desiertos del mundo.

¡Infelices! no destruyáis, mal aconsejados de la ira, lo que puede ser un día refugio de vuestras hijas inocentes, amparo de vuestras viudas desconsoladas, y asilo de vuestras ancianas madres despreciadas de un mundo infame que nada respeta.

Si la codicia os empuja, si venís impulsados de la avaricia y la rapiña, aquí no hay nada con

qué saciarla. Nuestras celdas son pobres y estrechas como la cabaña del indigente; nuestros

¿Por qué quieren violar nuestra clausura?... ¡Desventurados!

patios modestos, sin mármoles ni surtidores; nuestro ajuar pobrísimo, como el de los solita-

rios del yermo. Aquí no hay nada que pueda excitar la codicia, porque lo que algo vale está consagrado al culto de Dios. ¿Qué vais a sacar de la expulsión de las monjas y destrucción de sus conventos?

¡Angeles santos, no permitáis semenjante profanación! ¡iluminad a esos ciegos sentados en la obscuridad de la muerte! Y si llegan a perpetrar ese crimen, sepan después de mis días esos desgraciados, que yo, pobre monja capuchina, objeto de sus iras, los amé rogué por ellos y pagué con cariño del alma el odio que me profesaron.

A los que me han jurado muerte y exterminio, les juro amor y piedad, mientras el corazón palpite en mi pecho.

A los que me quieren arrancar de la soledad y destruir mi deliciosa morada, nido de palomas sencillas, a esos también les debo amor, y con amor y compasión responderé a su odio y aborrecimiento.

Quiero que sepan mis perseguidores, por si esto puede llevar luz a su mente y ternura a su corazón, que mi última palabra será palabra de perdón para ellos; y abrazada con mi Crucifijo en el lecho mortuorio, diré como el espirante en la cruz: Padre, ¡perdónalos que no saben lo que hacen!

CAPÍTULO XX

LA CUENTA DEL DÍA

En una noche oscura;
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Un alma afortunada
Así habló con Jesús enamorada.

Rendida y fatigada de las faenas del día, vengo aquí, oh Jesús de mi alma, para darte cuenta de ellas, antes de retirarme a descansar. Desde que las primeras tintas de la aurora blanquearon el Oriente y el tañido de la campana despertadora vibró sonoro en el espacio, ¡ay! desde entonces no he tenido un momento de reposo: acá y allá, abajo y arriba, me he movido incesantemente a impulso de tu voluntad, como se mueven las hojas de los árboles al soplo de la blanda brisa.

Pero tu dulcísimo y amoroso recuerdo me ha seguido a todas partes: ¿no es verdad, vida mia? ¡Sí, sí, a todas partes! Donde quiera que me he hallado, he dirigido mi pensamiento a tu Sagrario, y mis ojos han buscado ansiosos el

lugar donde tú reposas, para enviarte una amorosísima mirada; y de mis labios ha brotado entonces un amante suspiro, que penetrando la puerta de tu prisión ha venido a perderse en ese estrecho recinto donde tú moras.

Donde el avaro tiene un tesoro, allí tiene su corazón; y como tú eres mi riquísimo tesoro, por eso tengo aquí mis pensamientos, ¡aquí los afectos de mi alma, aquí los deseos de mi corazón!

Mas, ¡cuánto deseaba verme libre de todo, venir a tí, y postrada de hinojos ante tu altar derramar mi corazón en tu presencia! ¡Ay, Dueño mío! ¡Cuánto lo deseaba! ¡Aquí me tienes, pues, vida de la mía! ¿Ves? estamos solos, como los verdaderos amantes que no se comunican los afectos de sus corazones más que cuando la dulce soledad los pone a cubierto de curiosas miradas. Puedo, pues, a mis anchas decirte lo que mi corazón siente, sin que oidos humanos lo perciban. Sólo esas lámparas que arden ante tu divino acatamiento, esparciendo sus apacibles rayos por el templo y bañando de místicos resplandores ese altar donde tú moras, sólo ellas serán los mudos testigos e intérpretes, quizás de lo que mi corazón siente en tu presencia soberana.

Sí, decidle vosotras, lámparas brillantes, que en su adoración está mi vida; decidle que su amor es mi recreo; que ya en nada terreno goza mi alma, y que de todas mis delicias él es el centro. Sí, ¡vida mía! tú me atraes como el imán al acero. ¿Qué sería de mí, si no hubiese

Sagrarios en la tierra? ¿Qué sería del sediento sin las fuentes de agua clara? ¿Qué del hambriento sin el pan de la vida? ¿Qué del triste desterrado sin un consuelo divino? Por eso, cuando en horas tristes y desconsoladoras el llanto corre por mis mejillas, acudo a tí, vida mía, y corro a postrarme en tu presencia, como se arroja un niño en los brazos de su madre; y cuando fijo mis ojos en tu altar, tú enjugas mi llanto, y me haces sonreir, como sonríe el marino, cuando al rayar la aurora descubre entre la espesa bruma las cercanas costas del puerto deseado. ¡Sí, Jesús de mi alma! tu altar es para mí la costa de mi esperanza, y tu Sagrario dulce puerto en el mar de mis pesares.

Aquí en tu presencia olvídome del mundo y de que soy mortal, y por lo mismo, peregrina deslízanse las horas veloces como el rayo, y delicias celestiales consuelan mi dolor; porque al verte en ese altar, como compañero de mi destierro, se me hace más agradable la vida, que momentos antes parecía aborrecer; y enagenada de goces celestiales, te canto mis amores y te doy mi corazón.

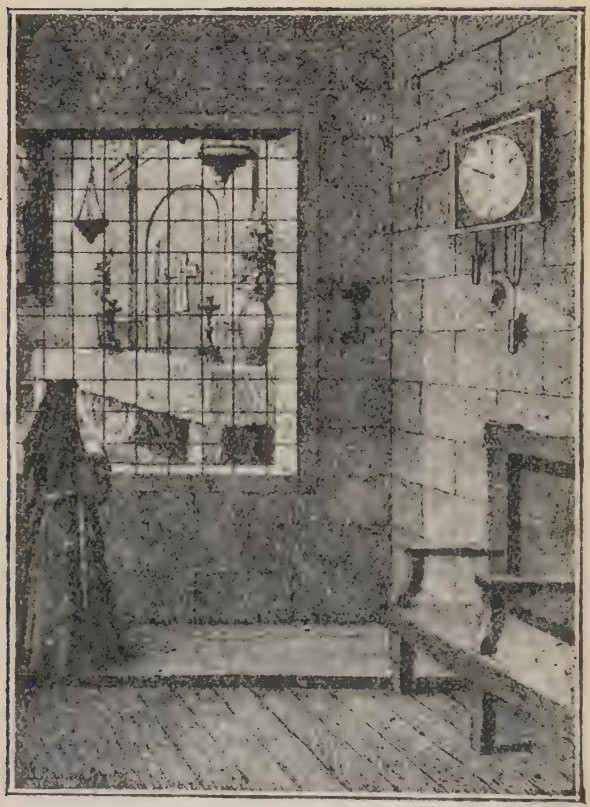
Mas... ¡ay Jesús mío! ¿Qué sonido es ese que ha llegado a mis oidos, haciendo suspirar a mi corazón de pena? ¡Ah! el insensato reloj que me anuncia ser llegada la hora de tener que separarme de tí ¡Cruel! ¿Por qué vienes tan presto a despertarme de este dulcísimo sueño? ¿Por qué caminas tan lentamente, cuando yo con amorosa impaciencia espero ver llegada la hora feliz de venir a la presencia pe mi amado?

¿Y por qué corres tan veloz, cuando yo, olvidada de todo lo terreno, le cuento mis amores, gozando en esta dulce soledad de su compañía? ¡Ay! ¡desde estas rejas, contemplando tu altar, dulce bien mío, se me pasan las horas rápidas y fugitivas!

Pero ¿quién tiene poder para arrancarme de aquí, Jesús de mi alma? En tu presencia olvido que soy mortal y que mi naturaleza débil y terrena me exige el reposo y el descanso impuestos por la obediencia. ¿Reposo? ¿descanso? Pero, si yo reposo, si yo descanso en tu presencia, encanto mío. ¡El cuerpo flaco es el que se fatiga y me exige que de aquí me aparte, para dormir. Si al menos mi lecho pudiera ser tu altar... y yo pudiese pasar la noche de rodillas apoyada mi frente sobre la dorada puerta de tu prisión de amores!...

Al pensar que tengo que abandonarte, fijo mis ojos en esa lámpara, y de su constancia fiel siento celos... ¿Qué no pueda yo hacer lo que practica ese mísero instrumento? Ella permanece noche y día constante en tu divino acatamiento, enviándote sus débiles y suaves resplandores, esparciéndose más y más en el silencio y soledad de la noche, cuando los mortales te abandonan... ¡Emula tuya soy! ¡lámpara humilde! ¡yo envidio tu dichoso destino! ¡yo quiero que mi vida se consuma, como se consume la tuya, ante la soberana presencia de mi Dios! Si; ¡yo quiero que mi vida se consuma de amor constante, como la tuya: tú le acompañarás con tus misteriosos resplandores, y yo de rodillas

con mi ser entero, ardiendo ante el Sagrario, sin eclipses, cual tú, luciendo siempre!



.. ¿Que poderoso imán tienen esas rejas, desde donde la contemplo?

Pero ¿qué mágico poder es el que aquí me detiene? ¿qué poderoso imán tienen estas rejas,

desde donde te contemplo, ¿oh Jesús mío? Al hacer ademán de separarme de tí, parece que brota de ese Sagrario una voz dulcísima y melódica que repite a mi oído: ¿Ya te vas? ¿Tan presto me dejas? ¿Yo dejarte, vida mía, cuando he hecho mi habitación en ese estrecho, pero delicioso recinto, donde tú moras? ¡Destruye tú ahora, Jesús mío, destruye esta cárcel en que mi alma está prisionera: líbrame ya de este cuerpo que tantas veces me rinde y avasalla a pesar mío; y así mi alma se unirá más estrechamente contigo! ¿No lo quieres destruir? Pues... ¡adiós!

¡Adiós, Jesús de mi alma! que no puedo detenerme más. El deber me obliga a separarme de tí, y encerrarme en la celda.

¡Adiós, vida mía!.. pero ¡ay! ¡un momento más! Desde allí, bién mío, te enviaré mi último suspiro, que en alas de mi amor vendrá a perderse al pie de tu Copón, donde mi alma vela, ama y adora, mientras yo reposo. Adiós... *Ego dormio, sed cor meum vigilat.*

CAPÍTULO XXI

ESPERANZAS TRISTES

Tristes cosas me han anunciado, y como espero que llegarán, tristes son hoy mi esperanzas. Me han dicho ¡oh Jesús mío! que vas a poner mi amor a prueba, que voy a sufrir persecución de las criaturas, y que me vas a tratar con desvío. ¿Será verdad, Rey de mi alma?

Si tú aparentemente me abandonas, si vas a descargar sobre mí tempestad desoladora, si voy a verme como sumergida en un mar de penas y dolores, sin Esposo que me aliente y acaricie, sin Padre que me consuele; si vas a dar poder al enemigo para que arroje a mi corazón emponzoñadas saetas de dudas y tentaciones; ¿qué haré yo entonces? ¿Te volveré a ser ingrata? ¿Volveré a serte infiel, Esposo mío? ¡No! mil veces ¡no!

Yo cubriré mi cabeza y frente con un fuerte casco, para resguardarla de los golpes de mi enemigo; pondré sobre mi pecho la cota de la mortificación, para evitar que el corazón sea herido de muerte; y colocando tu cruz como sello sobre mi pecho, y como escudo sobre mi brazo, saldré al encuentro de mi adversario, gritando:

¡A la lid!.. ¡a la lid!..¡ A sufrir, a luchar, a vencer, a pelear con valor; con fe por el Amado de mi corazón! y peleando yo así por tí, que eres mi Dios, Dios de los ejércitos, poderoso en las batallas, ¿quién duda que saldré vencedora?

¿Pero me vas a abandonar? ¿te vas a ausentar de mí, bien mío? ¿me vas a dejar sola? ¿qué hará la nada sin tí? ¡No te vayas! ¡no me dejes! ¡No te ausentes de mí ni un sólo instante, Amado mío! Y si te vas, ¿tus ausencias serán muy largas? ¿Serán para mí muchas las noches sin estrellas? ¿Será posible que estés tú, Amado mío, mucho tiempo ausente de un corazón que por tí sólo palpita? ¡Ay! entonces yo te buscaré, yo te llamaré, yo te suspiraré y lloraré por tí, cual tortolilla errante en la selva, que va de encina en encina, buscando con dulcísimos arrullos a su amante compañero.

Pero, Jesús, vida mía, y esposo mío; no puedo creer que estés mucho tiempo ausente de un alma que por tí pena, que sin tí no vive: ¿verdad que esto no es posible? Tus ausencias serán cortas, como la del sol oculto tras ligera nube en día de verano; y... aunque sean largas, cuando tú vuelvas, me encontrarás más enamorada, más rendida, más deseosa de tí y más amante por tu larga ausencia.

Entonces yo, loca de amor y alegría por tu vuelta, te cogeré dulcemente de la mano y te llevaré al jardín de mi alma, a tu huerto cerrado, y me sentaré a reposar contigo y a darte amorosas quejas por tu ausencia que me harás olvidar bien pronto, llenando mi corazón de alegría. Y

yo en recompensa te diré una y mil veces que te amo con todas las fuerzas de mi pobre corazón: que soy tuya, solo tuya, y que solo para tí vivo; porque eres mi Esposo, mi único amor. ¡Oh amor mío y Esposo mío! ¡Cuán dulce es esta palabra a mi paladar! ¡Cuán orgullosa estoy de tener un Esposo tan divino! ¡Esposo!... Algunas veces esta palabra la pronuncio con temor, y otras no me atrevo, no sé por qué, a llamarte así. ¿Por qué es esto, vida mía? ¿No se ha desposado mi alma contigo? ¿no te pertenece mi ser? ¿no soy toda suya? Sí, ¡Jesús mío! ¡tuya soy, y tuyo mi corazón!

Este corazón tú lo criaste para amar, para adorar, para idolatrar, pero no las vanidades de la vida, no las riquezas de la tierra, no a criatura alguna, sino a tí mismo que le diste ser; y por eso tuyos son ya todos sus latidos, tuyas todas las horas de mi existencia. De noche, antes de entregarme al reposo, mi último pensamiento es para tí; y al reclinar mi cabeza sobre la dura tabla que de almohada me sirve, la última palabra que pronuncian mis labios es para tí; y mi sueño es también tuyo y al despertar, tuyo es también mi pensamiento, tuyo el primer suspiro de mi mi alma. Y a semejanza de la lámpara que arde delante de tu sagrario, cuyo último destello de vida es un débil rayo que envía hacia altar, así el último latido de mi corazón, el último soplo de mi vida, quiero que sea un *¡te amo!* que, atravesando el espacio vaya a tener su eco en tu divino pecho allá en el cielo.

¿Y qué quieres que te diga más, vida mía?

¿Qué más quieres que te diga para probarte la firmeza de mi amor? ¿Quieres que te dé una queja? Pues bien, dime: ¿Por qué eres desdeñoso conmigo? ¿Por qué eres para mí un amante tan oculto, un Dios tan escondido? Yo, prisionera por tu amor, me acerco con frecuencia a las rejas que dan a tu Sagrario, y en ellas postrada lloro; allí te cuento mis amores, allí te confío mis penas, y tú... siempre en silencio, siempre oculto, siempre escondido, siempre entre velos. ¿Por qué lo haces así, luz de mis ojos? ¿Por qué te ocultas tanto de mí? ¡Ay! este muro de carne tiene la culpa; este cuerpo mío es quien te esconde a las miradas de mi alma. ¿Cuándo lo vas a destruir?

Mientras yo viva en él, darte gusto en todo, sacrificarlo todo por tí y procurar no ofenderte en nada, será mi ocupación sobre la tierra. Así cumpliré a la letra la palabra que te dí en el siglo aquella vez que acercaste a mis labios el cáliz de amargura. ¿Lo recuerdas? Yo te dije: no me hagas sufrir más, vida mía; llévame ya al convento y verás como allí vivo sólo para amarte, lejos de las borrascas y vanidades del mundo. Y... ya lo ves; ¡para tí sólo vivo en este rincón de la tierra, ignorada de las gentes, olvidada del mundo y oculta a los ojos de los hombres!

¡Sí, Jesús mío! para tí vivo y para tí viviré lo que me queda de existencia en este valle de lágrimas, hasta que tú cortes los lazos que me sujetan a la tierra y mi alma vuele a su patria para unirse a tí y no separarnos jamás.

CAPÍTULO XXII

ESTANDO ÉL AUSENTE

¿Quién dará gemidos a mi corazón y fuentes de lágrimas a mis ojos para llorar, no como Jeremías la pérdida de la ciudad santa, sino el perdimiento y ausencia del Amado, como lo lloró desconsolada la verdadera Esposa de los Cantares?

Dame, atribulado Job, dame tus sublimes lamentos para llorar mi desgracia; y vosotras, almas amantes, venid y llorar conmigo la amargura de mi triste soledad.

Trueca, alma mía, tus cánticos amorosos en tristes endechas, y no des fin a tus gemidos, ni descanso a tus pupilas, hasta encontrar el bien perdido. Llorad, ojos míos, llorad y no reposéis hasta mostrar con ríos de lágrimas el sentimiento que os causa la ausencia de Jesús. Suspira, corazón mío, y con enternecidos ayes declara tu pena por haber huido de tí tu único amor.

¡Ay de mí! ¿Adónde se fué mi alegría? ¿Dónde se ha escondido mi luz? ¿Adónde está el bien de mi alma? ¿En dónde se ha ocultado mi Amor? ¿Dónde mora el objeto de mis ansias? ¿Dónde está mi Dios?

Amarguras del infierno han venido sobre mí y dolores de muerte me cercan por todas partes. ¿Qué haré? Si me quedo así, no descanso; si salgo a buscarlo, y me aparto más de él, mi muerte es segura, porque sin Jesús vivir no puedo. ¿Qué haré? ¿Quién se compadecerá de mí? ¿A quién preguntaré por él? ¿Quién me dará noticias de mi amado? ¿Quién le contará mis penas? Hijas de Jerusalén, yo os conjuro, a que si por ventura encontráis a mi Amado, le digáis que muero de pena, que desfallezco de amor. Y vosotros, ángeles del cielo.

Vosotros los que andáis
Las obras del Eterno visitando,
Si a mi Jesús halláis,
Con tono dulce y blando
Decidle que por El quedo penando.

¡Oh, Jesús mio! si estando lejos de tí, me llamaste; si me buscaste, cuando andaba yo perdida y huyendo de tí; si cuando no te amaba viniste a mí y me heriste con tu amor; ¿por qué ahora que te amo más que a la vida te apartas de esta pobre pecadora? ¿Por qué me abandonas ahora que por tí lo dejé todo?

¿Por qué tanto desvío?
¿Por qué el sol de tu rostro se me esconde?
Amado dueño mío,
Amoroso responde:
¿Dónde hallarte podré? dímelo, ¿dónde?

¡Oh alma mía, y qué horrible incertidumbre! Ausente de tu amor y acaso desdeñada de El... ¿qué harás? ¿Volverás al mundo? ¡Sí! al mundo; pero no para buscar consuelo en las criaturas, sino para buscar a mi Amado por calles y plazas, por valles y montes, por prados y desiertos, hasta que logre hallarlo y abrazarme con El, ¡Sí!

Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas.
Ni cogeré las flores,
Ni temeré a las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

No quedará criatura a quien no pregunte por El. Al cielo que sus manos formaron; a la luz, destello de su hermosura; a la tierra, regada con su sangre preciosa; a las fuentes y los ríos, a los animales y plantas, a los hombres y a los ángeles preguntaré por El.

¡Oh bosques y espesuras
Plantados por la mano del Amado!
Oh prados de verduras,
De flores esmaltados:
¡Decid si por vosotros ha pasado!

Flores del campo, decidme, ¿dónde está el que os vistió de tan preciosos colores, y os enriqueció con tan delicada fragancia? Aves del aire, vosotras que en rápido vuelo cruzáis los espacios, ¿habéis visto a mi Amado, el que dió

ligereza a vuestras alas? ¿Adónde lo hallaré? ¿En dónde está? ¿Acaso mi Pastor divino, ses-

Aves del aire, vosotras que en rápido vuelo cruzáis los espacios.

tea con su ganado en la frondosa alameda? ¿Estará en el valle abrevando a sus ovejas en la

clara fuente que brota de su Corazón? ¡Ay! entonces...

Pastores, los que fuéredes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura viéredes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Mas ¡ay de mí! que ni el cielo, ni la tierra, ni las flores, ni las plantas, ni los ángeles, ni los hombres me dan nuevas de El. ¿Qué haré? ¿adónde iré? ¿a quién acudiré? ¿A tí, y solo a tí, Jesús mío? ¿No dijiste tú, pedid y recibiréis, llamad y os abrirá, buscad y encontraréis? ¿Pues cómo buscándote yo tan de veras, no te encuentro? ¿Cómo te llamo y no me respondes? ¿Cómo te pido y no me das? ¿Dónde está el cumplimiento de tu promesa? ¿Qué se han hecho tus antiguas misericordias? ¿En qué ha parado la fineza de tu amor? ¿Qué desdén es este que conmigo usas? ¿Por qué tanto desvío? ¿Para esto me trajiste a la soledad, donde hablas al corazón palabras de vida? ¿¿Para eso me pusiste aquí en el valle ameno de la Religión?

No se de qué condición te has vuelto, Pastor divino; antes buscabas la oveja perdida para llevarla sobre tus hombros al aprisco; y ahora huyes de la oveja que te busca y te llama con amorosos balidos. ¿Por qué así? Aquí ando en el convento, como oveja en el redil, hecha mártir de la obediencia, sierva de la castidad, víctima de la pobreza, sacrificándome por verte, por

oir tu voz siquiera; y tú, sordo a mis gemidos te escondes..., te escondes y me dejas sufrir a solas.

A media noche me tocan la campana para cantar tus alabanzas; interrumpo el sueño, dejo la cama y marcho presurosa al coro adonde me llama la voz del metal bendito. diciendo: *Sponsus venit;* pero por más que corro, siempre hallo la puerta cerrada, aunque llegue la primera. Luego muy de mañana, antes de amanecer, me levanto de nuevo a buscarte, y habiendo tú dicho que si te buscan de madrugada, te hallarán, soy tan desgraciada, que sólo en mí no tienen cumplimiento tus promesas.

¿Hasta cuándo vas a tenerme así, Dios mío? Tú eres luz de mis ojos, descanso de mi corazón, alma de mi alma y vida de mi vida; pues entonces,

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener;
Sino muerte y padecer
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero, porque no muero.

Y no me digas, encanto mío, que te poseo, que eres mío, que te tengo en el sagrario, y que estás a mi disposición sacramentado en el tabernáculo: no me digas eso, porque,

Cuando me empiezo a aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me causa más sentimiento,
El no poderte gozar;
Todo es para más penar
Por no verte como quiero...

¡Sí! todo es para más penar, mientras mi alma no sienta otra vez tu presencia regalada. ¿Por qué te ocultas en caliginosa nube o en luz inaccesible, donde yo no puedo verte? ¿Por qué huyes a esa apartada región, donde yo no puedo seguirte? ¡Vuelve, Amado mío, vuelve! ¡ven que mi alma te espera! ven y no pasen muchas horas sin que yo pueda decir con la esposa de los Cantares: Hallé al que ama mi alma: téngole y no lo dejaré, porque de hoy más, mi amado será para mí y yo para mi amado.

CAPÍTULO XXIII

DESPUÉS DE LA AUSENCIA

Avergonzada estoy de las quejas que te dí, ¡oh amor de mi alma! Humillada y confundida con la frente pegada al polvo, me tienes aquí pidiéndote perdón de mi atrevimiento.

¿Cómo tuve osadía, Jesús mío, para entrar en juicio contigo, sabiendo que ningún viviente será justificado en tu presencia? ¿Cómo tuve valor para llamarte desamorado, y quejarme de que pagabas mal mis servicios y no correspondías a mi aflicción?

Yo concebida en culpa, nacida en miserias, criada en vicios y crecida en maldades, ¿cómo tuve audacia para tanto? ¿Qué hice, Señor? Hablé como necia, porque la fuerza del dolor me hizo olvidar quién eres y quién soy; cómo te portas conmigo y cómo te correspondo. Y así,

En lo mucho que me quieres
Y en la paga que te doy,
Mostramos entrambos hoy,
Tú que das como quien eres,
Yo pago como quien soy.

Sí, Dios mío; yo, como miserable pago con quejas tus bondades; ¡pero tú! ¿quién te sirvió jamás, que tú no le pagases largamente? ¿Cuándo has cerrado tú los oídos a los clamores del pobre? ¿Cuándo dejaste de dar a quien supo pedirte bien? ¿Cuándo cerraste tus puertas, a quien confiado y humilde llamó a ellas? ¿Cuándo jamás te escondiste de quien te buscaba? ¿Cuándo dejaste de amar ni a tus mismos enemigos? Pues entonces, ¿cómo me quejé de tí con amorosa amargura? ¡Perdón, Jesús mío, perdón! que ya conozco la sinrazón mía y la bondad tuya.

A porfía hemos andado toda la vida, yo a ofenderte y tú a perdonarme; yo a huir de tí y tú a buscarme; yo a volverte las espaldas y tú a ofrecerme los brazos. Siempre te hallé fiel y amoroso, siendo alegría en mi tristeza, remedio en mis males, salud en mi enfermedad y refugio en mi tribulación. ¿Cómo, pues, tuve osadía para quejarme de tí?

¡Confieso mi ruindad, Dios mío! Reconozco mi mucha inmortificación y mi poca humildad, pues, como niña mimada y caprichosa, me creí abandonada, porque me faltaban tus caricias; caí en desconfianza y abatimiento, porque no me regalabas; y me juzgué desfavorecida, olvidada y perdida, porque retiraste de mi tus dulces consuelos. Amor de niños es este, y no de mujer constante; amor como el del perrito que mueve la cola, mientras lo halagan y le dan pan pero que en faltándole éste no hace más que ladrar y dar aullidos. Avergüenzome de ello, Señor, y contra mí misma te confieso mi iniquidad.

Culpa mía fué; si te perdí, ¡oh Jesús mío! y culpa mía fué, si más pronto no te hallé, porque

Caí, Señor, en desconfianza y abatimiento porque no me regalabas.

te buscaba donde tú no sueles estar. Sólo en la cruz tienes residencia fija, y yo, ¡torpe de mí!

huía de la cruz y los trabajos. ¿Cómo te había de encontrar?

Mas ya que de nuevo te he hallado; ya que otra vez me das entrada a la mística bodega, donde embriagas a las almas en tus divinos amores: ya que muestras así haber perdonado mi insipiencia, habla, Jesús mío, habla y dile a mí alma muchos y enternecidos amores.

Habla, amor mío, y suene tu voz en mis oídos, que su eco melodioso basta para derretir el corazón. Habla una de esas palabras substanciales que iluminan el entendimiento, aficionan a la voluntad, encienden los afectos y deshacen de gozo al alma.

Tu palabra omnipotente hace lo que dice: Dijo, *hágase la luz,* y la luz fué hecha; dijo: *germine la tierra,* y toda ella se cubrió de árboles y plantas. Díle, pues, a la tierra de mi corazón que brotes flores de virtud y frutos de santidad, que si tú lo dices, poderosa es tu palabra para hacerlos brotar. Háblame, Jesús mío, y que tu dulce voz

Resuene en mis oídos
Contínuamente,
Como suenan las olas
Del mar hirviente;
Que su sonido
Al corazón lo deja
De amor herido.

Amor que de él se escapa
A borbotones,

Envuelto entre suspiros
Y entre canciones;
Como en la hoguera
Brota la llama y busca
Más alta esfera...

Pero tengo mis temores, Jesús mío. Temo que me des quejas y me preguntes como al ingrato Pedro, si te amo. Dime, ¿acaso dudas de mí? ¿Sospechas de mi fineza? ¿Desconfías de mi amor? Razón tienes para dudar, para tener sospechas y desconfianza, siendo yo quien soy y dándote las quejas que te dí; pero a pesar de eso, no me preguntes si te amo; porque ¿cómo no amarte? Tus manos me formaron, tu providencia me mantiene: tus criaturas me sirven, tu sangre me rescató, tu amor me abrasa... ¿y me preguntas si te amo?

Tú eres, ¡oh Jesús! el descanso de mi vida, la lumbre de mis ojos, el consuelo de mis penas, el paraíso de mi corazón, las delicias de mi alma, la prenda de mi gloria, el centro de mi ser, la vida de mi vida, ¿y me dices si te amo?

Tú eres para mi alma Amigo fiel, Esposo tierno, Padre cariñoso, Pastor divino, Maestro compasivo, Amante enamorado, luz y esperanza, salvación y redención, dulzura y consuelo, amor y bienaventuranza, salud y gloria... ¿y me preguntas si te amo?

Tú me diste cuanto tenías, te hiciste por mí pobre, siendo rico; naciste en desamparo, viviste en humillación, sufriste males sin cuen-

to, padeciste tormentos indecibles, sucumbiste entre las mayores afrentas, y siendo inmortal, sufriste muerte por darme a mí la vida y hacerte vida de mi alma... ¿y me preguntas si te amo?

Sí, ¡mi amantísimo Jesús! te amo con toda mi alma y con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Te amo más que a mi vida, más que a mi alma, cuanto soy y cuanto puedo. Pequeño es mi poder; pero grande, muy grande mi querer. Rastreras son mis obras; pero mis deseos vuelan muy alto, porque quisiera amarte con el amor de todos los santos, con el ardor de todos los serafines, y deseo abrasarme en los incendios de tu mismo corazón.

¡Oh, qué fuego es ese en que tú ardes! es un fuego que recrea, un fuego que atormenta dulcemente, un fuego que abrasa y no consume o consume y conserva juntamente, dando a un tiempo mismo muerte sabrosísima y vida regalada.

¿Cómo es esto, mi Dios? Dando tú vida, ¿cómo matas? Matando, ¿cómo das vida? ¿Cómo sanas, hiriendo? ¿Y cómo hieres, sanando? ¡Oh sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo Dios mío! ¿Quién puede penetrar los secretos de tu amor, de tu poder y de tu sabiduría? Sienta yo sus efectos, arda yo en esas llaman que deleitan, viva en esa muerte deliciosa, aunque no pueda penetrar jamás tus misteriosos arcanos.

Úneme a tí, ¡oh Dios mío! con amorosa lazada. Vivamos eternamente unidos, sin que yo de tí me pueda separar, ni tú de mí alejarte; y

esa unión inseparable y firme hará que mi alma cante como la amante Teresita:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado,

CAPÍTULO XXIV

EN BRAZOS DE MI PASTOR

Este pastor eres tú, Jesús de mi vida, porque ¿quién como tú reune en sí las cualidades de pastor amante? ¡Oh qué bien te cuadra este nombre! ¡qué dichosas son las ovejitas de tu redil! ¡qué afortunadas las almas que descansan a tu sombra o sestean en tus brazos! La mía no se qué siente, cuando se considera en ellos, y te mira como a pastor divíno.

¡Héme en tus brazos, amorosísimo pastor de mi alma! ¿Conoces a esta ovejita en otro tiempo extraviada? ¡Sí, Jesús mío! yo soy la ingrata que te hizo sufrir con su loco desvarío; pero aquí me tienes ya, enamorada y dispuesta a cerrarte aquella herida que abrí en tu amante pecho, y traspasó tu corazón. ¡Yo la abrí! ¡yo la cerraré con mis caricias, con mis besos y con mis lágrimas! Mas... ¿qué digo? tu amor me enloquece y me hace delirar. ¿Cerrarla?... ¡No, Jesús de mis amores, no! ensancharla más y más; porque si la cierro, ¿dónde voy entonces a aplacar la sed que de tí tengo, la ardiente sed que me devora? Tengo sed... mucha sed... sed de tí... de tu amor... y sólo las aguas que ma-

nan de tu pecho pueden refrigerarme; deja, pues, que aplique mis secos labios a la herida de tu costado, y beba en ella las delicias de tu amor.

Amar... y después morir, ¡cuán dulce debe ser esto, Jesús de mi alma! Morir después de haberte amado mucho, muchísimo durante la vida. Este corazón que sientes con tanta violencia palpitar junto al tuyo, tenía necesidad de amar algo grande, algo superior a las criaturas; y ese amor tan grande lo he venido a encontrar en tí, Pastor amorosísimo de mi alma.

Sí, yo te amaré con todas las fuerzas de mi pobre corazón, con tal que tú hagas de tus brazos amorosísimos, cadenas que me impidan apartarme de tí ni un solo punto, todo el tiempo que a tí te plazca tenerme en este destierrro que se llama vida.

Con estas cadenas estoy presa; pero ¡qué prisión tan deliciosa es tu corazón, vida mía! ¡qué cadenas tan suavísimas son tus brazos! ¡qué cielo tan delicioso tiene esta cárcel mía! pues, cuando alzo los ojos, me encuentro con el azul purísimo de los tuyos. Yo quiero vivir en tus brazos, Pastor mío: mi corazón no palpitará más por cosa alguna de la tierra; mis ojos no tendrán para ella más que una mirada de desprecio y mis labios una sonrisa de desdén.

Tú solo, Jesús mío, tú solo eres el rey de mi corazón, tú solo el objeto de mis amores. ¿Quién, gloria mía, quién tendrá poder para arrancarme de aquí de tus amorosísimos brazos? ¿Quién osaráa partarme un punto de tí? Ruja el Averno,

levántense contra mí las criaturas, que nada conseguirán.

Yo quiero vivir en tus brazos, Pastor mío.

Conque, penas, ¡venid! ¡yo os desafío!

¡Oprobios, desprecios, afrentas!, ¡venid en horrible tropel, que todo me será muy dulce y sabroso en los brazos de mi Pastor!

CAPÍTULO XXV

MIRANDO AL CIELO

En la noche callada
Y en sitio donde nadie me veía
La región estrellada
Miraba el alma mía,
Y, hablando con su Dios, así decía:

Deseosa de volver a contemplar, oh Dios mío, la grandeza y hermosura de tus obras, vengo aquí otra vez, aprovechando el silencio de la noche para derramar mi corazón en tu presencia y admirar la belleza de los cielos. La noche es serena y tranquila; la brisa nocturna agita blandamente el frondoso ramaje de los árboles; las estrellas resplandecen acá y allá, cual diamantes heridos por los rayos del sol; y las nubes, temerosas quizás de empañar el brillo de los astros, se han quedado allá en dónde parece que el horizonte se confunde con el mar.

¡Qué noche tan hermosa, Dios mío! La naturaleza parece muda al contemplar su propia belleza y esplendidez: ese manso ruido que produce la brisa, jugando en la enramada, semeja un himno dulcísimo que los árboles cantan a tí

que eres su Criador. ¡Qué calma! ¡qué paz! ¡qué silencio!; pero silencio elocuente, porque él habla a mi alma, y le dice que él deje la tierra y se eleve con el pensamiento al cielo. Vuela, pues, alma mía, por esas regiones elevadas del espíritu, mientras mis ojos admiran la hermosura de ese cielo que parece sonreir sobre mi cabeza, y que ha sido criado para mí.

¡Qué hermosa es, Dios mío, la soledad para un corazón que te ama! ¡Pero qué morada tan triste es la tierra para el alma que vive en ella como en un destierro! ¡Ay alma mía! ¿deseas tú ser una estrella suspendida en la bóveda del cielo? ¿Deseas girar, como los planetas, alrededor de su centro?; ¡Pero, si tú lo tienes; si eres más afortunada que las estrellas! Jesús es el centro de las almas y el rey de los corazones. ¿No es verdad, Jesús mío? Sí, tú eres rey de mi corazón, dueño de mi voluntad, objeto amorosísimo de mis pensamientos, centro de mis deseos y vida de la mía.

Sí, mi Dios, tú me tienes como suspendida, como levantada de la tierra; y he aquí por qué todo lo que se relaciona con ella, ni me alegra, ni me entristece, ni me turba, ni me distrae: nada encuentro en ella que pueda merecer un pequeño latido de mi corazón, y por eso, cuando fijo los ojos en ella, le envío una mirada despreciativa o desdeñosa. Cuando trato con las criaturas y éstas no me hablan de tí, huyo de ellas, Dios mío, porque su lenguaje me obliga a exclamar: ¡Ay! no habladme de cosas de la tierra, porque ya no pertenezco a ella.

No, yo no vivo ya en ella, porque tú me has levantado hasta tí, y... mas, loca de mí, ¿qué

Mis ojos admiran la hermosura de ese cielo....

pienso? ¿qué digo? Mirando al cielo, me olvido por completo de la tierra, hasta el punto de pa-

recerme que no habito en ella. ¡Pobre alma mía, presa en la estrecha cárcel del cuerpo! Quieres volar, quieres unirte ya íntimamente con tu Dios; ¿verdad? Dios mío, ¿y por qué no destruyes tú el obstáculo que de tí me separa? ¿Le queda a mi alma mucho tiempo que peregrinar en la tierra? Si así fuera, corred días míos, volad años; desapareced y llevadme presto al término de mi destierro.

Mas ¡no, Dios mío, no! perdoname esta exaltación momentánea; que no puedo detener mis impulsos, cuando contemplo la hermosa patria mía. ¡Oh cuánto anhelo el poderla gozar! Pero si tú, Dios mío, me quieres aún peregrina en la tierra, tuya soy: y siendo tuya ¿qué he de querer yo, sino lo que tú quieres? ¿Te agrada verme aquí, peregrinando en la tierra? ¿Te gusta oirme suspirar por unirme a tí, Dios mío? ¡Pues a peregrinar, alma mía, por este destierro que se llama mundo, sin tregua ni descanso! A navegar alma mía, por ese golfo encrespado de la vida humana noche y día.

Pero dirígeme tú, Dios de mi corazón, para que mi alma, cual ligera navecilla, se deslice serena sobre sus bravas olas. Dirígeme tú por la estrecha senda que ha de conducirme a tí; en ella sé que hay abrojos y espinas y que es preciso hollarlos... los hollaré con mis plantas; mas cuando el dolor llegue a mi corazón y arranque lágrimas a mis ojos, haciéndome vacilar... ¡oh, Dios mío! entonces halla en tu corazón divino una gota de consuelo para el corazón de tu sierva.

CAPÍTULO XXVI

SECRETOS INTERESANTES

Revelóme aquel varón de Dios, de quien ya he hablado, otras muchas cosas que bien puedo llamarlas resortes de perfección, o secretos de la vida espiritual. El primero de estos secretos me lo compendió en tres palabras: ¡Presencia de Dios, imitación de Jesucristo, y amor a María! Y en verdad que uno de los elementos principales de la vida interior consiste en juntar la presencia de Dios con la imitación de Cristo y con la devoción a su Madre Inmaculada.

¡Dichosa el alma que vive siempre bajo la mirada amorosísima y paternal de Dios! ¡Dichosa la que mira siempre a Jesucristo como al modelo que debe copiar en sí misma! ¡Dichosa la que mira a la Virgen Santísima como Madre llena de piedad para nosotros! El alma que haga estas tres cosas tendrá vida interior.

Ea, pues, ¡alma mía! Dios siempre por testigo de tus obras; Jesucristo por modelo de tu vida; María por refugio y por amparo; y después.. ¡nada, nada! ¡sino amor y sacrificio! ¡Oh, cuán dulce es el sacrificio a quien sabe amar a Dios! ¡Dios mío, mi alma está resuelta a inmo-

lártelo todo, para ser toda tuya, siempre tuya y sólo tuya!

Sí; Dios sólo en mi mente para ilustrarla; Dios sólo en mi corazón para poseerlo; Dios sólo en todas mis acciones para santificarlas. Así moriré a todo lo mundano, para vivir de Dios, en Dios, por Dios y para Dios, porque no hay otro camino para llegar a la vida verdadera.

Animo, alma mía; Jesús es nuestro modelo: sigamos a Jesús por sus huellas ensangrentadas, que ese Dios crucificado es el oráculo de nuestras dudas, la respuesta a todos nuestros reparos y la resolución de todas nuestras dificultades...

¡Feliz el alma que no se desanima por las fatigas del camino! Ella llegará al término de sus esperanzas; ella gustará las inefables delicias de la vida interior; y muerta para el mundo y para todo lo terreno, vivirá escondida con Cristo en Dios.

Alma mía, si quieres gozar esta vida interior, habla poco... ora mucho... no tengas apego ni asimiento a nada... enciérrate en el santuario de tu corazón... deja pasar lo que pasa... y no te apegues más que a Dios, único bien eterno e imperecedero.

Otro de los secretos de la vida espiritual me dijo que consiste en recibir todas las tribulaciones de la vida, como enviadas por Dios para nuestro bien. La fe nos enseña que cuanto acontece en el mundo, sucede con expresa permisión de Dios; y cuanto Dios permite que nos suceda, lo permite para nuestro aprovechamiento

espiritual, a fin de que las penas nos den alguna semejanza con nuestro divino modelo y podamos decir con el apóstol: *Estoy clavado en la cruz con Jesucristo.*

¡Dichosa el alma que se gloria en la cruz y que la escoge por su única herencia! Ella, mirando a su Crucifijo y estrechándolo sobre su pecho, podrá decir con verdad, como la esposa de los Cantares: *Manojito de mirra es mi amado para mí. Lo colocaré en medio de mi corazón,* lo abrazaré y no le dejaré jamás; lo regaré con mis lágrimas, lo embalsamaré con mis afectos y descansaré con él en paz, viviendo y muriendo en sus brazos.

Sí, Jesús mío; cuando la tribulación me cerque, cuando la pena me ahogue, cuando los pesares me destrocen el alma, me abrazaré contigo y te diré con la afortunada esposa de los Cánticos: Pon esas penas y tribulaciones como sello sobre mi corazón, ya que son ellas la señal con que marcas a tus escogidos. ¿Cuándo merecí padecer por tí? ¿Cuándo fuí digna de que me traten, como te trataron a tí unigénito del Padre, y objeto de sus complacencias? ¡Oh qué favor tan grande me haces, enviándome padecimientos! ¡Oh qué beneficiosos son para mi alma la tribulación y las humillaciones! Ellas fortifican mi espíritu en las penas, impiden que me engría en la prosperidad, y me hacen pasar seguro por entre los peligros de esta vida.

Dios mío, ¿cómo te agradeceré lo que me favoreces atribulándome? ¿Cuándo, Señor, te pagaré amor con amor, sacrificio con sacrificio,

vida con vida y muerte con muerte? Ojalá pudiera yo decir con verdad con tu apóstol Pablo: *Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.* ¡Oh amor! Dame el gusto y la inteligencia de estos profundos misterios que la divina sabiduría ha querido esconder en la sagrada locura de la cruz.

¡Ay alma mía! Toda tu vida, si ha de ser conforme a la de Jesucristo, debe ser una cruz y un martirio contínuo. Bebe la hiel de Cristo en tus propias amarguras; únete a El en tus penas, y hallarás la paz en medio de los más vivos dolores.

¡Dichosa mil y mil veces el alma que se ve agonizar y morir a la vida del pecado, bajo el dulce peso de la cruz de Jesucristo, para vivir de su vida en este mundo y participar de su gloria en el otro!

¡Oh santa cruz! ¡Oh Cristo crucificado! ¡Oh fortaleza mía! ¡Oh vida mía! ¡Qué placer es vivir y morir contigo! Vengan las penas que destrozan el corazón; que sufridas por tu amor dan paz al alma, la enriquecen de méritos y la asemejan a tí.

El secreto para conservar la vida interior está en acogerse a puerto seguro durante los días de tempestad. Alma mía, cuando la borrasca empiece a cernerse sobre tí y tu horizonte se obscurezca con nubes de ingratitudes y desengaños, amontonados por la envidia y la maledicencia; cuando soplen desencadenados los aires del Averno, ruja furioso el huracán de las pasiones y oigas a lo lejos el trueno de la perse-

cusión, retumbando en el espacio; ¡ay! entonces, acógete al puerto del Calvario, si no quieres naufragar y perderte.

Sí, acógete al pie de la cruz, donde está traspasada de penas la Virgen inocentísima, viendo morir a su Hijo, oprimido bajo el peso de la calumnia; une tus penas a las del mártir del Gólgota y a las de la Reina de los mártires y clama con el Profeta: *¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, venid y ved si hay dolor semejante a estos dolores!* Las olas de la aflicción se han derramado en los amantes corazones de Jesús y de su Madre y han hecho de ellos un inmenso océano de amargura.

¡Oh Madre de Dolores; partid conmigo los tormentos de vuestro Hijo adorable! ¡Que yo lleve también en mi corazón la muerte de Jesucristo, el peso de su pasión y el amargo recuerdo de sus dolores! ¡Que herida con sus heridas me embriague de su cruz, y participe con Vos de su cruel tormento!

¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz! ¡Viva María y su martirio! Alma mía, sufre con Jesús, si quieres reinar con él. Suframos amando y amemos sufriendo, que la cruz alimenta el amor, y el amor hace deseable la cruz.

La grandeza de los sufrimientos es siempre proporcionada a la grandeza del amor. Por eso el amor de madre hace que los mismos rigores que Jesús sufre en su cuerpo, la divina María los sienta en su corazón. Sobre el mismo altar se han colocado las dos víctimas. El mismo golpe es el que las hiere, el mismo fuego el que

las consume, la misma constancia la que la sostiene. ¿No era bastante la muerte del Hijo de

Oh Madre de dolores, partid conmigo los tormentos...

Dios para los desdichados pecadores? ¿Era ne-

cesario también que su augusta Madre fuera inmolada?

¡Oh madre admirable, trono del perfecto amor! ¿Era también necesario que lo fuéseis del dolor? ¿Era necesario que fuéseis toda hiel, toda absintio y toda amargura? ¡Oh divina María! ¡Jesús mora en tu corazón con todos los horrores de su inmenso suplicio, y tú sientes sus dolores! ¡Oh vaso de santidad hecho vaso de amargura! Asóciame a tus penas y úneme para siempre a Jesús por la cruz, a fin de que yo vaya a coger de este árbol de vida el fruto de la gracia y la corona de la inmortalidad.

La bienaventuranza de la tierra es el padecer. La bienaventuranza del cielo es el gozar. La gloria está escondida en la cruz; la eternidad feliz en este corto espacio de sufrimiento; y el peso eterno de un bien incomprensible, en estas tribulaciones pasajeras.

Todos los secretos de la vida santa se encierran en estas palabras de Jesucristo: Niégate a tí mismo, toma tu cruz cada día, y sígueme; palabras que bien meditadas quieren decir: *Cree, espera, ama, sufre y trabaja*. *Cree* en Jesús con fe viva, *espera* en El confiadamente, *ámalo* con ardor, *sufre* por El con generosidad y *trabaja* alegremente por su gloria.

¿Y cómo no *creer* a un Dios que se hizo hombre por nuestro amor? ¿Quién no *espera* en un Dios que por nosotros dió su vida? ¿Quién no *ama* a un Dios que derramó por nosotros su sangre? ¿Quién no se *sacrifica* por un Dios que así nos ama? ¿Quién no *trabaja* por un Dios que

da una recompensa eterna? ¡Oh qué dulce es sufrir por Dios! ¡qué meritorio, sacrificarse por El! ¡qué delicioso es amarlo! ¡qué provechoso esperar en su bondad y vivir pendiente de su palabra! ¡Oh alma mía! *cree, espera, ama, sacrifícate y trabaja* por Dios, que El será tu recompensa en la gloria.

En el camino que separa el destierro de la patria y el tiempo de la eternidad, experimentarás muchas contrariedades y muchas penas. Estas penas, estas contrariedades son las cruces que el Corazón de Jesús te envía, porque quiere que le seas en todo semejante, a fin de que puedas algún día gozar con El.

Amar a Dios en la tierra, servirlo y honrarlo es el objeto de nuestra existencia, porque para esto hemos sido criados. Es además el medio que Dios nos ha dado para conseguir la vida eterna, mediante su gracia. Para obtener ésta, pidámosla siempre a Jesús, que de su corazón abierto saldrá la chispa que abrasará nuestros corazones y los inflamará en el fuego del amor divino; y en ese amor encontraremos la verdadera vida espiritual que hará dichosa nuestra peregrinación en la tierra, y nos dará la felicidad del cielo.

CAPÍTULO XXVII

EN LA ENFERMERÍA

Está enfermo el que tú amas. Con esta triste nueva acudieron a tí, mi buen Jesús, aquellas dos santas hermanas, Marta la inocente y María la pecadora; y con las mismas palabras te saludo yo, médico de mi alma, diciéndote que estoy enferma: *Ecce quem amas infirmatur.*

¡Ay! ¡Si al menos pudiera decir con la esposa de los Cantares, que estoy enferma de amor! Pero ¿dónde está, mi Dios, tan dulce enfermedad? ¡Pecadora de mí, Jesús mío! ¡que estoy enferma, y no es de tu amor; debilitada, y no de trabajar por tu gloria; herida, y no de tu dulce atractivo; estropeada, y no de servirte; llagada, y no de llevar tu cruz! ¡Ay de mí! que estoy mala, y no de padecer por tí, ni de hacer rigurosas penitencias; estoy mala, y es de mi propia ruindad o por mis muchas culpas, porque la culpa es la causa de todo mal; ella fué la que a tí te puso en cruz, siendo tú la inocencia misma.

¡Oh Jesús del alma mía! Viéndote en la cruz, desgarradas las espaldas con azotes, taladrada

la cabeza con espinas, traspasadas las manos y los pies con clavos, sin más lecho que el madero, ni más almohada que la corona; viéndote así, amor mío, ¿quién se queja de estar enfermo? ¿Quién tendrá valor para pedirte refrigerio en sus dolores y alivios en sus males? ¡No! no te pido lenitivo a mi dolor ni remedio a mi mal, sino que te ruego con la amante Teresita que me des lo que tú quieras:

«Dadme muerte o dadme vida,
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz cumplida,
Flaqueza o fuerza a mi vida,
Que a todo diré que sí».

. . . . . .

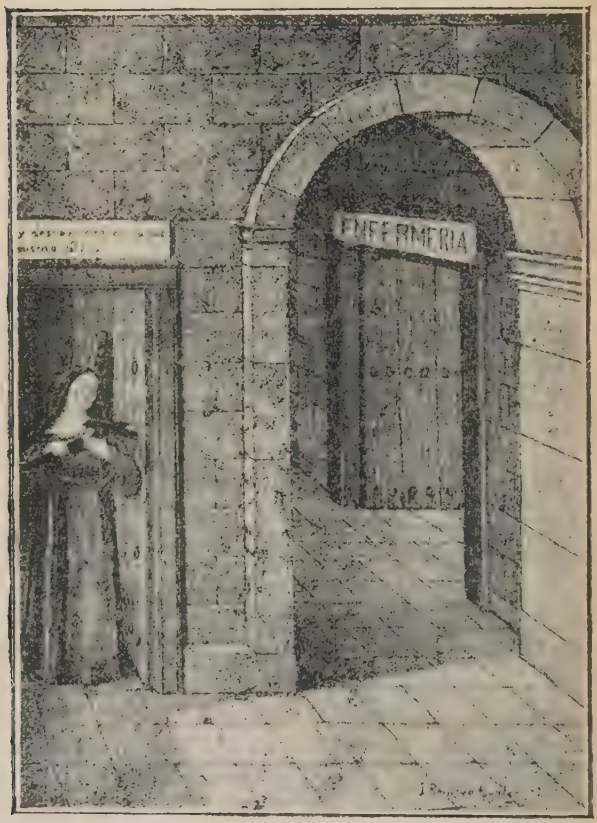
¡Tu voluntad es la mía,
Haz lo que quieras de mí!

Pero, si quieres sacarme ya del destierro, haga yo en tus brazos amorosos el tránsito del tiempo a la eternidad, de la vida a la muerte y de la muerte a la verdadera vida.

¡Eso te pido, amor mío! Que cuando mi corazón, débil y oprimido por el peso del dolor, y sobrecogido de espanto por la presencia de la muerte, esté próximo a dar su último latido, tú me asistas con tu gracia, para que sea el postrero un fuerte latido de amor, de amor a tí.

Por morir amándote, acepto de buena gana los dolores, la enfermedad, la misma muerte, y doy por bien empleada la ceguedad de mis ojos

la mudez de mi lengua, la inmovilidad de mis miembros y la disolución de este cuerpo de pe-



Acepto de buena gana para los dolores la enfermedad, la misma muerte.

cado, que dejo por manjar a los gusanos, para

morir víctima de penitencia ofrecida en sacrificio de expiación a tu amor menospreciado.

Yo sé, Jesús mío, Verbo eterno del Padre, que tienes en tus manos las llaves de la vida y de la muerte, con las que abres y nadie puede cerrar, cierras y nadie puede abrir; gustosa, pues, me someto a tus designios; acato tus disposiciones sobre mí y acepto los dolores, las angustias, las penas y enfermedades que precedan y acompañen a mi muerte, y la muerte misma en la forma, tiempo y manera que plazca a tu bondad soberana.

¡Oh! ¡qué paz trae al alma el someterse así en todo a tu voluntad divina! ¡Oh qué gozo le causa padecer por tu amor! ¡Benditos padecimientos y benditos dolores! Ellos nos asemejan a tí, *varón de dolores y sabedor de enfermedades,* como te llamó Isaías. Ellos nos acercan a tí, nos ponen junto a tu cruz y completan en nosotros el fruto de tu pasión.

Purifícame con estos males, ¡Jesús mío! y pues eres médico de las almas y estás enfermo de amores, como enfermo, quédate aquí conmigo y seamos compañeros de enfermería: mas como médico, cura, si conviene, las dolencias de mi cuerpo y ahonda más la herida de mi alma, como sé que eres juntamente médico y enfermo, he cobrado confianza y libertad para decirte mis flaquezas y mostrarte los males de mi corazón. No te pido la salud, médico divino, sino que me dobles la enfermedad. ¡Si te agrado padeciendo, viva el padecer! ¡Si te sirvo doliente, vengan dolores sobre mí! Pero junta a

los males del cuerpo, los deliquios del alma y la dulce enfermedad de aquella que decía: *Amore langueo:* Desfallezco de amor.

El alma que no gusta los desmayos de ese mal, suave sobre toda dulzura; la que no siente los deliquios y las ansias de tu amor, ¿no es en verdad que está enferma y desahuciada? ¡Ay, amor mío! Enferme yo de amores, de tus divinos amores, hasta desfallecer y morir con su dulce violencia.

¿Quién sabe lo que sufre y goza un alma herida del divino amor? ¡Bien lo sabes tú, Jesús mío! Tú a quien enloqueció la dulce violencia de esa herida, poniéndote preso de amor en el Sagrario. ¡Tú sí que estás enfermo de amor! ¡Qué bien te conoció, oh Jesús mío, aquel Santo Profeta que te llamó *varón de dolores, perito en enfermedades!* ¡Oh qué bien entiendes tú las dolencias del alma! ¡Qué bien sabes hasta dónde llega la herida del amor! ¡Qué bien conoces no haber remedio para esa dolencia, ni medicina para ese mal, sino amando y sufriendo!

En tí la dolencia de amor llegó al exceso y más allá; y no tuviste alivio, sino sufriendo y amando. El sudor copiosísimo del Huerto no te alivió, ni las repetidas y crueles sangrías de la flagelación mitigaron la fuerza de tu mal; antes bien creció el incendio del amor, y para apagarlo pediste agua en la cruz, mostrando la sed que tenías de más padecimiento y más amor: *¡Sitio!*

¡Sitio! ¡Tengo sed! ¡Sed tiene mi Amado! ¡Angeles santos! batid las alas con ligereza; re-

montad el vuelo por los espacios, rodead la tierra cuan grande es; y a las almas amantes, a las palomas castas, a los hijos de Dios, a todos los fieles cristianos decidles que Cristo, el Esposo de las almas, está sediento y enfermo de amor. ¿Y no es crueldad desmedida tener un amigo enfermo y no visitarlo? ¿No es indicio de ingratitud y desamor tener al amante muriendo de penas y no consolarlo? Pues, si es así ¿qué nos detiene? ¿Por qué no volamos al Tabernáculo, donde está el amantísimo Jesús gravemente enfermo de amor? ¡Ay! ¡Volemos a consolarlo!

La esposa de los Cánticos, que tenía el mismo mal, pedía que la confortaran con aromas y licores; y lo mismo pide el amante Jesús. ¿Pero qué aromas templarán su dolencia, sino la fragancia de las virtudes? ¿Ni qué licor confortará sus desmayos, sino el licor de nuestras lágrimas, exprimido por el dolor purificante y el amor ardiente? Y yo que ni lágrimas ni virtudes tengo, ¿qué te daré, Dios mío?

No puedo prestarte alivio, sino ofreciéndome a llevar parte de tu peso y a sufrir parte de tu mal. ¡Comunícame, pues, Jesús mío, la dolencia de tu amor, para que el amor me acabe! ¡Te lo pido por la herida de tu pecho, por las angustias de tu piadoso corazón y por los tormentos de la cruz, donde fuiste remedio universal para los males del hombre!

Cayendo con ella nos levantaste, desnudo en ella nos vestiste, enfermo en ella nos sanaste, sufriendo en ella nos compraste el gozo eterno y muriendo en ella nos diste eterna vida.

Sea, pues, tu cruz, el remedio de mis males, el consuelo de mis penas, el alivio de mis dolores y el lenitivo de mi enfermedad.

CAPÍTULO XXVIII

FLORES Y AROMAS

Algunas veces me he sentado a contemplar los rosales de mi jardín o los claveles de mis macetas, cuando forman el botón que ha de convertirse en flor preciosa.

Me he fijado en la envoltura verde que rodea al capullo antes de abrir, aprisionándolo estrechamente y ejerciendo sobre él una presión fuerte y contínua.

He visto cómo pugna aquella flor embrionaria por romper el cerco que la envuelve, a medida que el sol derrama sobre ella su luz vivificante.

He observado el rayo de luz filtrándose por entre la cubierta que aprisiona al capullo, despegando sus puntas lentamente, para colorear los primeros pétalos de la rosa.

He admirado por fin el benéfico influjo que esa luz ejerce sobre la flor cerrada, obligándole dulcemente a esponjarse y abrirse, dejando escapar de su cáliz fragancias embriagadoras que perfuman el ambiente.

¡Cuán maravillosa es la influencia de la luz en la vida de las flores! Y si esto acontece en

el mundo de la materia ¿qué será en el mundo de los espíritus?

En el orden espiritual conozco yo otro sol, otra luz y otras flores sobre las cuales ejerce su divino influjo la luz indeficiente y el sol que nunca se pone.

Tú, Jesús amado, tú eres ese sol de justicia, tú la luz verdadera que desea iluminar a todo hombre que viene a este mundo; y las almas son las flores que al contacto de tu luz exhalan aromas de virtudes y fragancia de buenas obras, que purifican la atmósfera pestilente del mundo, donde se respiran de continuo hálitos de maldad y corrupción espantosa.

¡Ay! desgraciadas las almas que nunca han sentido los influjos de tu gracia ni el contacto de tu luz! ¡Ellas serán siempre flores sin cáliz y sin aroma, capullos cerrados y secos, árboles otoñales, sin frutos y sin hojas!

¡Dichosas mil veces aquellas otras a quienes tu luz vivifica, y tu gracia inunda! ¡Ellas florecerán, como el campo en primavera!

Yo siento, oh Jesús mío, dentro de mi alma algo así como gérmenes de virtudes; siento brotar en mi mente una cosa parecida a los botones del rosal, antes que conviertan en capullo; y esos botones necesitan de tu luz para desenvolverse, abrir su cáliz y esparcir delicioso aroma.

Por eso vengo a tí, Amor mío sacramentado; por eso me acerco a tu Sagrario, sol de justicia, para que los rayos de tu luz divina se filtren en mi corazón, suelten el broche que aprisiona los

capullos de mi alma, y los conviertas en *Flores del claustro,* que den a su tiempo frutos de vida eterna.

Por eso vengo a ti, Amor mio sacramentado

Aquí en el Sacramento estás, oh Dios mío, como sol sin ocaso, iluminando al mundo de la

gracia, esclareciéndolo todo, fecundándolo todo, aunque de manera oculta, como conviene a un *Dios escondido*. En la hermosura y sabiduría de la creación te ve todo el que no sea ciego voluntario. En la obra de la redención te dieron a conocer los milagros que hicistes y el amor con que padecías; amor y prodigios por los cuales descubrieron tu divinidad los mismos que te crucificaron, pero aquí en la Eucaristía te has ocultado tanto, te has disfrazado tan divinamente, que sólo tus amigos, solamente las almas amantes y de tí amadas, descubren tu presencia y exclaman con el Profeta: ¡Verdaderamente eres un Dios escondido! *Vere tu es Deus abscónditus!* Is. 45. 15.

¡Escóndeme en tí, Dios escondido! ¡Ocúltame en tí, Dios oculto en el Sagrario! Enséñame a vivir contigo, encerrado en el fondo de tu Tabernáculo, donde seas tú el único testigo de mi vida, el único confidente de mi alma, el único amor de mi corazón.

¡Oh! ¡qué dichosas son las almas que cierran sus ojos y su imaginación a todo lo transitorio, para buscarte a tí, y perderse en el océano de tu amor sin límites! Piérdame yo en ese piélago infinito; ocúltame en lo más secreto de tu divinidad, escóndeme en lo más íntimo de tu corazón, para que nadie ni nada me saque de ese divino retiro, donde sólo en tí se ocupe mi entendimiento y a tí ame mi voluntad.

Quiero ser para tí, lo que es para el sol la flor de los rosales; pero antes es preciso que tú seas para mí lo que el sol para las rosas: él les

envía el rayo de luz que las vivifica, da calor a sus pétalos, abre sus capullos y los convierte en flores. Ellas en cambio, agradecidas, envían al sol su exquisita fragancia, como tributo de gratitud; fragancia que, cuando el hombre la aspira, le ensancha los pulmones, le da nueva vida, y le mueve a bendecirte a tí, Creador de todo.

Brille, pues, sobre mi mente tu luz divina, vivifique los gérmenes preciosos que hay en ella, despliegue el broche que los envuelve y conviértalos en flores de tan exquisito aroma, que al aspirarlo las almas piadosas, y las a tí consagradas, exclamen como la Esposa de los cantares: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

CAPÍTULO XXIX

EN EL PORTALITO

Cesó el canto y el alegre son de los instrumentos pastoriles; cesó el bullicio de las gentes, y el templo ha quedado desierto, convidando a la oración con su quietud, su tibia obscuridad y el aroma del incienso.

El sol se ha hundido en el mar, apagando su luz en las amargas ondas, y por el lado opuesto comienza la noche a tender su obscuro manto sobre la tierra, como invitando al descanso, a la oración y al silencio. ¡Qué hora tan hermosa para meditar en los misterios de Belén!

A eso vengo aquí, Niño divino, y atraída por el imán de tus ojos, más bien que huyendo del frío, me arrodillo sobre la rica alfombra tendida al pie de este altar que representa al vivo la encantadora escena de tu nacimiento temporal en humilde cabaña.

¡Ahora sí que dí contigo, vida mía! ¡Ahora sí que soy dichosa! Ahora sí que puedo repetir con la esposa de los Cantares: He hallado al que ama mi alma: téngole y no lo dejaré.

¡Sí, Jesús mío! aquí te he hallado! ¡en mísero establo...! ¡en humilde pesebre...! ¡reclinado

en húmedas pajas..! ¡entre animales...! en la humillación y el abatimiento, donde jamás pensó hallarte la soberbia y engreida razón del hombre.

¿Quién jamás pensó encontrarte en tal lugar? ¿A quién se le ocurrió nunca buscar la Majestad en un pesebre? ¿Quién en la vida pensó que dejaras el cielo por la tierra, los ángeles por los hombres, las delicias del paraíso por los trabajos del destierro, y las riquezas de la gloria por la pobreza del suelo? ¿Quién había de suponer que tu amor a los hombres te reduciría a tanto anonadamiento?

Mira, alma mía, mira a tu Dios hecho niño; mira el estado a que lo ha reducido tu amor, y si te precias de amante y generosa, humíllate hasta donde El se humilló por tí. Mira a tu Dios entre pajas y aprenderás de El humildad de corazón, menosprecio del mundo, mortificación de la carne, aborrecimiento del lujo, despego de las riquezas y afición a la pobreza de espíritu por El tan predicada en su mismo nacimiento.

¡Pobreza predica el establo, pobreza el humilde pesebre, pobreza las pajas, pobreza los pañales, pobreza El, y pobreza todo!

Bendito seas tú, divino Niño, que viniste a ennoblecer las tribulaciones, a glorificar los sufrimientos y trabajos, tomándolos sobre tí por amor del hombre.

¡Oh cuán bien conozco por aquí que tú eres mi Dios! Porque el Dios verdadero no puede ser otro que el que me ame hasta enloquecer, y me pruebe la locura de su amor con sufrimientos heróicos y profundísimos abatimientos.

Estos abatimientos profundísimos y aquellos sufrimientos heróicos los veo en tí, ¡Niño mío!

Mira alma mía mira a tu Dios hecho niño ..

y por ellos conozco tu amor; ellos hacen resonar en mis oídos tu voz amorosa que me llama,

y yo quiero seguir el eco de esa voz amante, sin preguntarte a dónde vas ni a qué región me conduces; porque estoy seguro que a donde quiera que vaya o doquiera que me lleves, seré feliz contigo, si participo de tu amor y tus dolores. Llévame donde quieras, que contigo no irá el temor.

¿Qué puede temer mi alma en compañía del que por mi amor se hizo niño, siendo inmenso; y débil, siendo fortísimo; y vasallo, siendo rey; y pobre, siendo riquísimo; y humilde, siendo omnipotente?

¡No temas, no, alma mía! ¡Pon los ojos en esta grandeza empequeñecida, en esta majestad disfrazada, en este Dios hecho Niño, y verás que sus ojos despiden llamas de amor, y que en esas llamaradas te dice, con satisfacción inmensa: ¡Aquí me tienes!

¡Sí, divino Infante, aquí te tengo, y no te dejaré! ¡Aquí te tengo, y aquí me tienes...! ¡Tú para mí, y yo para tí..! Y Tú, y yo el amor que tú me tienes y el que yo te profeso, forman mi dicha y constituyen mi felicidad y mi gloria; porque mi gloria es amarte, y padecer deliquios de tu amor, y estar siempre embriagada con la dulcedumbre y los desmayos de esos deliquios amorosos.

¡Oh qué feliz soy en este instante! ¡Oh qué regalos siente aquí el alma! ¡Oh qué sabrosamente transcurren las horas! ¡Oh qué bien se está junto a tu pesebre! ¡Oh qué Pascuas tan deliciosas se pasarían aquí!

Aquí quiero pasarlas, cantando con los án-

geles, adorándote con los pastores, sirviéndote con tu Madre Virgen y con el Santo José. ¿Qué puedo hacer por tí, Niño mío? ¿En qué te puedo servir? Háblame, Rey eterno, que, aunque la palabra no es propia de la niñez, sí lo es de tí que eres la Palabra substancial, el Verbo del Padre, hecho Niño. Háblame, pues, vida mía, y resuene en mis oídos esa voz que forma el embeleso de los ángeles.

Mas ¡ay! que no es preciso abrir los labios para decirme lo que sientes. ¡Esas mejillas amoratadas, esas manecitas ateridas, esos bracitos que tiemblan y tiritan me están gritando con acento poderoso: *¡Tengo frío!*

¡Dios de amor! ¡vida y virtud que sustentas cuanto existe! ¿tú tienes frio? ¿No eres tú el que das al sol sus rayos esplendorosos y al fuego su calor ardiente? ¿No eres tú el que das abrigo a todas las criaturas que salieron de tu mano? ¿No eres tú el que abrasas en perpetuos ardores a los serafines, y mantienes en el firmamento millones de globos incandescentes? ¿Y tú tienes frío?

¿Las llamas del Purgatorio y los fuegos del Averno no están a tu disposición? ¿Los fluidos combustibles, los rayos abrasadores, la ardiente lava de los volcanes y la incandescencia de los astros, no están prontos a tu voz? Y sin embargo ¿tienes frío? ¿Qué frío, Señor, es este que te atormenta?

¡Ah! ¡Ya lo entiendo! Vienes al mundo y lo encuentras helado, envuelto en la nieve glacial del egoismo. No arde en él el fuego de la cari-

dad santa, no se percibe en él el calor del sacrificio, no brilla en él la llama del entusiasmo sagrado, no corren en él los aires templados del paraíso, no existe en él el fuego del amor divino: tibieza, indiferencia, frialdad, hielos polares, eso es lo que encuentras en las almas, y por eso tienes frío.

¡Oh, quién tuviera el ardor de los serafines para calentarte! ¡Quién guardara en su pecho un volcán de amor para templar tu frío! ¡Quién poseyera el corazón y el regazo de tu Madre para abrigarte!

¡Serafines del cielo, dadme vuestros ardores! ¡Animas benditas, dadme vuestras llamas expiatorias! ¡Préstame, oh sol, tus rayos abrasadores! Volcanes encendidos, dadme el calor de vuestra ardiente lava, para templar el frío del Niño Dios!

¡Angeles santos, abrigad a vuestro Criador recién nacido con las alas que él os dió! ¡Y vosotras, almas cristianas, venid a calentarlo con vuestro aliento! ¡Venid que no por los ángeles, sino por nosotros, se ha hecho Niño! Venid enternecidas y admirad las trazas de este amabilísimo Dios, que siendo

rey de los cielos,
entre nosotros
quiere morar,
y hacerse niño
por ser amado
y en nuestras almas
descanso hallar.

Mirad, cómo abre sus bracitos, y haciendo ademán de estrecharnos contra su corazón, nos dice: *¡ Venid a mí!* ¡Almas amantes, venid! que os llama el divino Infante ansioso de recibir vuestras caricias.

Almas pecadoras, ovejitas extraviadas, el Pastor divino os llama con silbos amorosos desde el pesebre; corred presurosas, que os tiende sus brazos diciendo: *¡ Venid a mí!*

¡Almas castas, palomas de la soledad! batid las alas, tended el vuelo, cruzad los aires, y festejad con vuestros arrullos al tierno Infante que os está llamando: *¡ Venid a mí!*

Almas atolladas en el cieno y atadas con los lazos de la culpa; romped la ominosa cadena del vicio, sacudid el lodo del pecado y volad hasta el pesebre; que también a vosotras os dice el Niño de Belén: *¡ Venid a mí!*

Almas dormidas con el sueño de la indiferencia; vosotras que soñáis en felicidad ilusoria, en falaces alegrías, en vanos proyectos y en dichas mentidas y fugaces que se escapan de vuestras manos; despertad de ese engañoso letargo, de ese fatídico sueño, y oid la voz del divino Niño que os dice: *¡ Venid a mí!*

¡ Venid a mí! ¡Qué palabra, amor mío! ¡qué palabra! ¿Por qué no me das voz de trueno para hacerla resonar por todo el orbe y congregar alrededor de tu pesebre a todos los mortales? ¡Oh quién fuera poderosa para hacerte amar de todas las criaturas!

Mas ya que esto no me es dado, yo vendré a tí, yo me quedaré aquí contigo, y, mezclada

entre los ángeles y los pastores, te adoraré, y cantaré eternamente tus misericordias. *¡Misericordias Domini in aeternum cantabo!*

CAPÍTULO XXX

MI HORA DE GUARDIA EN LAS NOCHES DE CARNAVAL

Hay en mi convento la santa costumbre de no dejar solo ni un instante a Jesús Sacramentado en las noches de Carnaval, en las cuales todas mis hermanas, relevándose de dos en dos, hacen su hora de guardia, orando ante el Sagrario para desagraviar al Prisionero divino de las injurias y ultrajes con que la mayor parte de los cristianos en su loco desvarío, desgarran el Corazón amorosísimo de Jesús en estos dias de inmundas bacanales.

El reloj acaba de dar la una de la madrugada; un silencio de muerte reina en mi alrededor, porque el ángel del sueño cobija con sus blancas alas los dormitorios donde reposan mis hermanas, como niñas en el regazo de su madre. De hora en hora interrumpe este silencio la voz de la despertadora que llama a las que entran en turno para orar, pronunciando en las puertas de sus celdas el nombre de Jesús, a cuyo mágico acento vuelan hacia el coro, como ligeras golondrinas, y llegan a estas rejas benditas, donde contemplan el blanco y sencillo altar que sirve de trono al amor de nuestras almas.

¡Ay! qué contraste forma la Jerusalén de mi convento, con esa Babilonia del siglo, con esos centros de corrupción abominables, verdaderas sentinas de vicios, en estas noches de Carnaval!... ¡Ay! Carnaval!... ¡Qué palabra tan horrible, Jesús mío! Mis labios se resisten a pronunciarla, porque me parece que lleva en sí los siete pecados capitales en toda su espantosa desnudez. ¡Ay! ¡qué contraste forma en esta noche mi tranquila mansión con esos centros de vértigo y de locura!

No ha mucho, Jesús mío, que aquí mismo resonaban voces angélicas, entonando a coro himnos y salmos a tí, que eres nuestro Dios; mientras que allá fuera pronuncian blasfemias horribles y palabras asquerosas, lenguas criadas para bendecirte. Aquí, tras de estos muros, ya los dore el sol, ya los envuelva la obscuridad de la noche, siempre mora la paz, el silencio y la calma, que los mundanos desconocen. Allá, la envidia que muerde, la soberbia que degrada, al libertinaje que envilece, la injuria que mancha y la inquietud que corroe. ¡Pobres hermanos míos! ¡Cuánto me duele vuestra perdición y vuestra ruina! ¡Quién pudiera ponerse a vuestros pies, como insuperable barrera para deteneros en esa resbaladiza pendiente que os conduce a la eterna infelicidad! ¿Qué haré por ello, Jesús de mi alma? ¿Qué haré por ellos, y qué haré por tí, vida de mi vida? ¿Qué haré?

¡Ay! la respuesta paréceme verla escrita con carácteres de fuego en la puerta de tu Sagrario. *Perpétua adoración.* Si, alma mía, ese es tu

deber en estos días: amar, orar, gemir y consumirte de amor como esa cera que arde en el

Aquí reina la paz.. allá la envidia que muerde, la soberbia que degrada.

altar, o como esa lámpara que pende de la mano de un querube. Ella habla a mi alma pala-

bras de vida: Hija de Sión (paréceme que dice;) alma afortunada, he aquí tu misión sobre la tierra: arder como yo, noche y día ante el Dios de la eternidad.

Sí, Jesús dulcísimo, déjame ser mística lámpara, pendiente en tu altar, no de la mano de un querubín, sino de la tuya omnipotente y divina. Ténme siempre suspendida entre el cielo y la tierra, para que mis pies no se contaminen con ella; y si ves que en mí se apaga el fervor, acerca a esta lámpara miserable tus divinos labios, y al suave soplo de tu aliento se encenderá en ella la llama de un limpio, casto y amoroso fuego. ¿Lo harás así, vida mía? ¡Ay! entonces brillaré ante tu altar, al rayar de la aurora en nuevo día, cuando recorra el sol nuestro horizonte, y entre las sombras de la noche obscura, como la estrella suspendida en los espacios.

Se acerca mi hora de guardia, y amorosa como siempre, tal vez más que nunca, vengo a tí, Jesús de mi alma, para saborear a solas en tu soberana presencia, y ante los ángeles que rodean ese altar, aquellas palabras tuyas que me hacen enloquecer de amor y morir de felicidad: Yo amo a los que me aman. *Ego diligentes me diligo*. ¡Quién me diera la penetración de los ángeles, para comprender todo lo que ellas encierran! ¡Quién me diera explicar lo que siento al meditarlas! Pero, ¿cómo expresar lo que mi corazón siente, si sólo el recuerdo de esa frase envuelve a mi alma en una atmósfera de alegría que arranca a mis labios sonrisa de felicidad y hace palpitar a mi corazón con la dulce violencia

del amor? ¡Ay qué palabras, Jesús mío! *Yo amo a los que me aman.* Luego me amas a mí, ¿verdad?

¿Qué ha dicho, ángeles santos? ¿Que me ama? ¿Que soy una de sus esposas predilectas? ¿Que soy la amada de su corazón? ¡Cielos pasmaos! Y vosotros, espíritus angélicos, que rodeáis el trono de mi Rey, ¡llenáos de asombro, al ver que vuestro Dios enloquece por un alma pecadora! Rey de los astros, Señor de los ejércitos, gigante de la eternidad, ¿me amas? ¿Soy de verdad una de tus esposas predilectas y la amada de tu corazón? ¿De dónde a mí? puedo exclamar mejor que Isabel y que Zaqueo. ¿De dónde a mí tanta dicha? ¿De dónde a mí que todo un Dios me dé el regaladísimo nombre de esposa suya? ¿De dónde a mí título tan glorioso?

Sí, mi amor, Jesús querido, si el amor de esta pobre criatura así te hace exclamar, ¿qué hará el tuyo, que raya en lo infinito? Dí, amor mío, ¿qué hará? ¡Ay! me enagena, me enloquece, me convierte en el ser más dichoso que existe sobre la tierra, y transforma para mí en paraíso lo que sin tu amor me sería destierro insoportable. Contigo la tierra es para mí un cielo, porque en ella te poseo como los ángeles en la gloria.

¡Ya no os tengo envidia, oh espíritus angélicos, por el cielo de que gozáis; pero sí por el amor inmenso que tenéis a mi Jesús! ¡Dadme, ángeles santos, vuestros encendidos afectos para decir amores a mi dulce Jesús! Abrasados serafines, prestadme vuestro sagrado fuego, y

así encendida diré a mi Jesús toda la ternura que mi corazón tiene para El, y lo desagraviaré de las injurias que el Carnaval le infiere.

Sí, Jesús de mi corazón, en estas noches en que tanto te ultrajan, quiero amarte por los que no te aman, bendecirte por los que te ofenden, adorarte por los que te olvidan, y deshacerme de amor en tu presencia, por no poderte glorificar como deseo. Serafines abrasados, que hacéis la corte al Esposo de mi alma, sed testigos de mis amorosas ansias; repetid a mi Amado los suspiros de su amada; decidle a mi Jesús que sus amores me matan, que la enamorada de su corazón llora, porque no puede resarcir las injurias que el mundo le hace, ni desagraviarlo como él se merece.

Pero ¿qué esto? ¿Una... dos... tres... las tres? ¿Y tengo ya que irme? ¿Es posible que hayan pasado tan presto dos horas, cuando apenas acabo de llegar? ¿Es posible, Amado de mi alma, que tan rápidos vuelen los instantes que paso en dulces coloquios contigo? ¡Pero, si aún no se ha calmado la ansiedad de mi pecho! ¿Quieres que deje reposar a la hermana que le toca velar, y yo me quede aquí contigo una hora más?

¡Ay! tu voz, suave más que el arrullo de la tórtola enamorada, me dice: ¡No...! ¡vete...! Pero es un vete amorosímo, que me dan ganas de quedarme, y conjugar a solas contigo el verbo amar, que tú me has enseñado. ¿Y me dices que me vaya? ¿Acaso te enoja mi presencia, o es que te complaces en verme penando, cuando

estoy ausente de tí? Si así es, darte gusto es mi gusto. Te dejo pues; voy a llamar a la hermana que le toca y ella te contará desde aquí las ternuras de su amor, porque yo... ya lo ves... no he tenido tiempo. ¡Adiós, Jesús de mi alma, descanso de mis fatigas, alegría de mi existencia, compañero de mi destierro, Adiós!

CAPÍTULO XXXI

CAZANDO ALMAS

Esta es una de las ocupaciones en que se emplea el Prisionero del Sagrario, durante los largos años de su cautiverio eucarístico. Cazar almas es para El uno de los entretenimientos más agradables, uno de sus más gratos empleos.

A veces las atrae con dulce reclamo, las engolosina con el cebo de los consuelos espirituales y las prende en las redes y en los lazos suavísimos del amor que transforma y vivifica. De esa manera me cazó a mí.

Yo vivía en el bosque enmarañado de la humana miseria, como vive el corzo alegre y ufano en la espesura de la selva. Allí andaba expuesta a ser devorada por el lobo infernal, cuando comencé a sentir las inefables delicias, las santas inspiraciones y los blandos reclamos con que el cazador de las almas llamaba a la mía, para aprisionarla en los místicos lazos de su divino amor. ¡Y qué reclamos!

Voz encantadora habló a mi alma, diciéndola: «Mira; si Jesús bajó del cielo a la tierra, fué por subirte a tí de la tierra al cielo. Si tomó tu carne mortal, fué por pagar la pena de tus

pecados. Si sufrió muerte ignominiosa, fué por asegurarte a tí la vida eterna. Si se convirtió en manjar, fué por dársete en alimento. Si se quedó sacramentado, fué por hacerte compañía en este destierro. Si lleva largos siglos de prisión en el Sagrario, los dá por bien empleados con tal que tú lo visites. Si sufre en el Tabernáculo olvidos, ingratitudes, ofensas, desprecios, ultrajes, injurias y sacrilegios, todo lo padece gustoso por llegar a tu alma, santificarla y hacerla feliz.»

¿Quién podía resistir la atracción poderosa de tan divino reclamo? Menester era no tener corazón, o tenerlo de bronce, para no ablandarse ni dejarse arrastrar hacia ese foco del amor, hacia ese centro de los corazones.

Y me dejé llevar, como la hoja es llevada por el viento; y corrí hacia el Dios de la Eucaristía, como las aguas corren hacia abajo; y encontré allí mi centro, como el pez lo tiene en el mar; y me hallé presa en las redes del divino amor, sin saber cómo había entrado en ellas.

A otros lo coge el cazador divino de diferente manera. Sabio en su oficio, se esconde en su puesto, espera que las almas se le acerquen, y cuando se ponen a tiro, dispara el dardo encendido de su amor, las saetas suavísimas de su ardiente caridad, que hieren al alma y la hacen caer rendida a los pies del cazador divino, confesándose voluntariamente presas de Aquel, que tan divinamente se apodera de ellas.

Cuando aquella tórtola amante, que se llamó Teresa de Jesús, fué herida de esta suerte por

las flechas del divino cazador, cayó a sus pies desfallecida de gozo, arrullándole como paloma enamorada y llenando los aires con los ecos suavísimos de este cantar verdaderamente seráfico:

Cuando el dulce cazador,
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor,
mi alma quedó caida;
y, cobrando nueva vida,
de tal manera he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Cazador celestial, ¿por qué no hace blanco en mi corazón una de esas flechas con que tú hieres a las almas santas? ¿Por qué no me penetra uno de esos dardos que, en vez de matar, dan nueva vida? ¿Por qué no soy víctima de aguda saeta, disparada por tu mano omnipotente, para abrasar mi alma en incendios de divinos amores? ¿Por qué las almas a tí consagradas no están todas heridas con esas flechas de tu infinito amor? ¡Ah! ¡bien lo sé! Esa dicha está reservada para las palomas de la soledad, para las almas puras y amantes que se acercan a tí por la abnegación y el sacrificio; y no para los gamos que huyen de tí, y se internan en el bosque enmarañado del egoismo y la sensualidad, donde andan errantes en las zarzas y abrojos de la propia miseria tras de la cual se ocultan, para impedir que lleguen a ellos las flechas divinas.

que producen heridas de salud. ¡Qué desgraciadas son esas pobres almas! Yo no quisiera, Ca-

Cuando el dulce cazador
me tiró y dejó rendida...

zador divino, pertenecer al número de ellas. Yo

quisiera contarme entre los que viven abrasados en tu amor. Yo quisiera más; quisiera no poder vivir sin tus amores eucarísticos, como los ojos no pueden ver sin luz, ni los pulmones respirar sin aire; quisiera arder en el mismo fuego en que te abrasas y que una saeta tuya me atravesara el corazón de parte a parte, para poder decir con la doctora del Carmelo:

Tiróme con una flecha
enarbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
ya no quiero yo otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

¡Ay! ¡ojalá que un día pudiera yo entonar ese cántico divino! ¡Ojalá me sea dable exclamar con el Profeta de los salmos: Tus saetas se clavaron en mi alma! ¡Ojalá pueda repetir algún día aquellas palabras de los Cantares: *Vulnerasti cor meum!* Heriste mi corazón, Jesús dulcísimo, con el dardo de tu amor. De ese amor quiero morir, y en ese amor arder, hasta que su llama me consuma.

Tú Jesús mío, eres fuego divino que todo lo abrasa y purifica, enciende y acrisola al alma mía, purifícala de su natural escoria y consume en ella todo lo que a tí te desagrade. Ya soy tuya, cazador divino, porque me has cogido en el lazo de tu amor; presa tuya soy, porque me has

cazado con las saetas de tu aljaba. A tus pies estoy, pidiéndote, no que cures las llagas que me has hecho, sino que las ahondes más, porque esas llagas son heridas de salud y vida eterna.

CAPÍTULO XXXII

ANTE EL MONUMENTO

¿Dónde hallar, oh Jesús, un sitio más a propósito que éste para considerar la grandeza de tu amor? Aquí, detrás del Monumento, oculta a las miradas de los fieles y presente a tus divinos ojos, bien puedo pasar la noche ocupada en meditar y en escribir los pensamientos que tu bondad me inspire.

Noche del Jueves Santo, ¡qué memorable eres y qué llena está de dulcísimos recuerdos! En tí hizo el Verbo humanado los mayores prodigios de su omnipotencia y de su amor. ¡Qué sacramentos tan grandes, y qué misterios tan profundos se obraron en tí, noche dichosa! ¡La Eucaristía y el Sacerdocio! ¡Qué sacramentos, y qué misterios!

Déjame, oh Jesús mío, pensar en ellos, hasta sentir a mi alma embriagada en tus amores; déjame saltar de júbilo, acordándome del amor sin límites que supone en tí haber instituído para mí esos dos grandes sacramentos. ¡Qué amor! ¡Qué amor, Jesús dulcísimo!

Yo te contemplo, oh Jesús amado, en esta noche de la Cena rodeado de tus apóstoles y de

multitud prodigiosa de ángeles, que asistían invisibles a la institución de tan alto Sacramento; te veo tender la mano por la prolongación de los tiempos, por la extensión del espacio; y tu entendimiento divino que lo abarca todo, así lo presente como lo futuro, se detiene un instante en este rinconcito del mundo, viendo al través de los siglos este Convento, esta Iglesia, este humilde Monumento y estas pobres religiosas que lo cercan, haciéndote la guardia de honor a tí, Rey de los siglos, en el Sacramento del amor. Aquí me vieron tus ojos divinos a mí, gusano de la tierra, mariposilla veleidosa que desea abrasarse en las llamas de tu amor dulcísimo; y, al verme, tu Corazón sagrado saltó de placer, bien así como salta el de una madre, cuando vislumbran sus ojos al hijo pequeñuelo que tuvo ausente unos días.

Me vieron tus ojos al través del espacio y de los tiempos; me amó tu corazón, y dijiste: *¡Fiat!* ¡Lo haré! ¡Voy a esconderme en este vino; voy a ocultarme bajo el blanco velo de una hostia; y así disfrazado, voy a emprender un viaje de mil novecientos años, sin parar de andar hasta encontrar a esa futura esposa mía en aquel rinconcito de Andalucía, y allí posarme en su corazón, comunicarme a su alma, convertirme en su alimento, y hacerle sentir las divinas influencias de mi gracia!

Esto dijiste; y, ocultándote bajo las especies de pan, empezaste la vida sacramental, y con ella el camino en busca mía, al través de los siglos.

¡Qué asombro, cielo santo! Jesucristo me amó tan de verdad, que le pareció poco morir por mí y dárseme en comida, haciéndose manjar de mi alma; y no contento con esto, emprende una caminata de veinte siglos, para visitarme, hacerse mi compañero de destierro, morar conmigo bajo un mismo techo y deleitar a mi alma con la dulzura inefable de sus divinos amores. Alma mía, ¿no te aturde y asombra la grandeza de este amor?

Santo cielo, ¡qué espanto! Mil novecientos años de viaje en busca mía...! ¡Mil novecientos años de camino sólo para venir a mí, visitarme, regalarme, posarse en mi corazón, hacerse mío, y enriquecerme con sus tesoros celestiales! ¡Qué amor! ¡qué delirio! ¡qué locura de amor!

¡No acabo de maravillarme, ni puedo salir de mi asombro, al considerarlo! ¡Alma mía, qué pasmo! ¡Llegar hasta a tí, para hacerse tu manjar y tu regalo, le ha costado al amorosísimo Jesús veinte siglos de camino!

¡Y qué caminos, Dios de mi alma! ¡Qué caminos tan difíciles y trabajosos has pasado para llegar a mí! ¡Qué lodazales habrás tenido que atravesar! ¡Qué manos tan sacrílegas te habrán tocado! ¡Qué corazones tan inmundos te habrán servido muchas veces de litera en ese largo viaje! ¡Cuántas espinas se te habrán clavado, al cruzar los ásperos y estrechísimos senderos de la ingratitud! ¡Cuántas heridas! ¡cuántos trabajos! ¡cuántos ultrajes!

Dime, Amor mío, ¿has padecido mucho por mí? ¿Te ha costado mucho llegar acá? ¿Has pa-

sado muy malos ratos por esos caminos? ¿Te han hecho muchos ultrajes? ¿Has sufrido mucho trabajos? ¿Has tenido que atravesar muchos pantanos? ¿Te han salido al encuentro muchos enemigos? ¿Se han burlado de tí y te han maltratado, viéndote despojado de tu majestad y disfrazado con tan humilde traje? ¿Te han herido? ¿Te han atormentado? ¿Te han encerrado en cárceles hediondas? ¿Te han escupido y pisoteado muchas veces los sacrílegos profanadores del Santísimo Sacramento? ¿Qué has pasado, Jesús amante, para llegar hasta mí? ¡Dímelo, bien mío! y muera mi alma de espanto, si no muere de amor. ¿Has sufrido mucho, verdad?

¡Ay qué horror! Has tenido que pasar mares de ingratitudes, bosques de sacrilegios, desiertos de negro olvido, montes de desprecios, cenagales de culpas y cloacas de asquerosísimos pecados, para llegar hasta mí.

Todo eso lo vieron tus ojos antes de emprender la marcha, y todo lo diste por bien empleado, con tal de poder darme un abrazo al cabo de muchos siglos, y alimentarme con tu propia substancia. ¡Qué amor, Dios mío, qué amor! ¡Qué locura de amor supone esto en tí!

¡Veinte siglos buscándome! ¡Mil novecientos años caminando por esos caminos tan horrorosos, para hacerte manjar de mi alma! ¡Esto sí que es amar! ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh amor infinito! ¡Amor desconocido de los hombres! ¡Amor, asombro de los ángeles! ¡Amor tan sobre todo encarecimiento, que parece una infinita locura!

Pero dime, Jesús mío: ¿Era preciso que te expusieras por mi amor a tantas y tantas ignominias por tantos siglos?

¿Era necesario llevar hasta ese extremo las pruebas de tu amor?

¿Eran menester acaso esas demostraciones para probarme la intensidad de tu cariño?

¿No hiciste bastante, criando la tierra para que me sirviera de palacio y los astros para que me iluminaran con sus brillantes resplandores?

¿No era suficiente haber criado fuentes y ríos, prados y bosques, flores y plantas para que me sirvieran de regalo?

¿No era bastante haberme dado las aves del aire, los peces del mar y los animales del campo para que me alimentaran y me sirvieran?

Y si querías mostrarme tu amor con abatimientos y sacrificios, ¿no te humillaste demasiado en la Encarnación?

¿No padeciste con exceso en la cruz?

¿Era preciso añadir a esto las humillaciones y los sufrimientos de la Eucaristía?

¿Es posible que, sacramentado, hayas tolerado tantas injurias por esta vil criatura? ¡Oh bondad inefable! ¡Oh amor sin igual! ¿Con qué te pagaré?

¡Ay! alábente por mí las criaturas todas, publicando las intenciones de tu amor, los abismos de tu sabiduría y los excesos de tu bondad. Oh, ¡sí!

Alabad al Señor, ángeles santos,
Que a su trono asistís con reverencia,

Bendecid su bondad, cantad su gloria
En la presente edad y en las eternas.
. . . . . .
Alabad su poder, su amor sin límites.
Su virtud, su saber, y gloria excelsa:
Bendecid a este augusto Sacramento,
Y que bendito por los siglos sea.

Y yo, Dios mio, ¿cómo pagaré tus favores? ¿Cómo agradeceré tus beneficios? ¿Cómo corresponderé a tus amores?

Si fuera un hombre el que como tú me amara; si fuera un mortal el que hubiera hecho conmigo lo que tú, viajando tantos años y con tantos trabajos por visitarme, ¿cómo lo recibiría yo? ¿Cómo lo hospedaría? ¿Cómo lo trataría?

Pues así, y mucho mejor quiero tratarte a tí, Jesús mío, que no sólo eres hombre, sino Dios y rey de todos los siglos.

Quiero quitar de mí todo lo que pueda ofender a tus divinos ojos, y formar a tu alrededor de una atmósfera de purísimos amores, y de exquisita fragancia, para que te sea grato el hospedaje de mi alma.

Quiero volar siempre en torno de tu Sagrario, y posarme en el centro de la blanca Hostia, como vuela la abeja alrededor de las flores y se posa en la de cáliz más perfumado.

Tú dijiste, Señor, que donde estuviera el cuerpo, allí se congregarían las águilas. Tu Cuerpo sacratísimo está encerrado aquí en este Monumento, y yo deseo ser águila misteriosa de las que aquí se congregan, para formar un

nido sobre la cumbre del monte santo, en las quiebras y en las aberturas de las peñas.

Deseo de los collados eternos te llama la Escritura santa, y sobre esos collados que te desean quiero yo volar con los afectos de mi alma y con la elevación de mis pensamientos.

A las aves que vuelan sobre esos montes de perfección invita el ángel del Apocalipsis para que asistan a tus bodas celestiales; y yo quiero ser una de esas aves misteriosas, que en raudo vuelo se remontan sobre todo lo terreno y se mantienen serenas en mitad del cielo, sin querer nada de la tierra, ni aspirar a otras cosas que a las celestiales y eternas.

Sí, Jesús mío. Quiero hacer de tu Sacramento de amor la única aspiración de mi vida, y de tu Sagrario la mansión de mis amores, porque sé que el Sagrario es un nuevo y deleitoso paraíso plantado por tu mano en medio de la Iglesia santa, para hacernos gustar aquí anticipadamente las delicias y los purísimos goces del cielo.

En este paraíso tengo el árbol verdadero de la vida, cuyo fruto hace inmortal y dichoso a quien lo come. ¡Oh qué infeliz es el hombre que, por comer la fruta prohibida, se destierra a sí propio de este paraíso deleitable! ¡Qué pena me da ver a tantos infelices desterrados de él!

Ciertamente es doloroso ver a tantas almas hambrientas de frutos vedados que dan la muerte, y hastiadas de este manjar que da la vida. Qué lástima ver a los hombres sedientos de aguas cenagosas que los envenenan, y olvida-

dos de esta fuente divina, cuyas aguas de gracia saltan a la vida eterna. ¡Qué pena ver a las almas apartadas de Dios, y engolfadas en el mundo!

¿Qué tienes tú, mundo infame, que así engañas y seduces a los mortales? ¿Qué son tus placeres comparados con las delicias inefables de este Sacramento? ¿Qué son tus riquezas en comparación de los tesoros celestiales que aquí se hallan? ¿Cómo no saben los hombres distinguir lo precioso de lo vil y lo verdadero de lo falso?

¡Qué dolor, Jesús mío, que los hombres no te conozcan ni te amen! Pues, si te conocieran y amaran, no tendrían más remedio que correr hacia tí, como los ríos hacia el mar y como la piedra hacia su centro.

Pero el mundo, Señor, no te conoce, y si te conoce te desprecia y te relega al olvido, como a muerto encerrado en un sepulcro, cuya memoria se pierde para siempre. ¡Quién pudiera suplir la ingratitud del mundo con la grandeza de mi amor!

Bien quisiera, Amor mío sacramentado, tener voz de ángel, para hacer resonar tus alabanzas por todo el universo. ¡Ah! entonces diría al cielo y a la tierra que nunca eres más digno de amor, de reverencia y de adoración, que cuando estás, como aquí en el Monumento, anodado, escondido y disfrazado bajo las especies sacramentales. Sí, repetiría cada momento en los oídos de todos los mortales aquel canto magnífico de la Iglesia:

Ecce panis angelorum,
factus cibus viatorum

¡Oh noche de Jueves Santo, qué memorable eres, y qué llena estás de dulcísimos misterios! ¡Qué sacramentos tan grandes y qué prodigios tan estupendos obró en tí el Verbo divino! ¡Eucaristía y sacerdocio! ¡Qué sacramentos y qué misterios!

Aquí en la Eucaristía eres, oh Jesús! el Dios de mi corazón. De todas maneras eres mi Dios, pero sacramentado eres el Dios de mi corazón: *Deus cordi mei,* mi herencia y el patrimonio de mi amor.

Con amor perpétuo quiero pagarte lo mucho que me amas, y el amor sin término que en tí supone lo que has hecho y padecido por mí en veinte siglos de vida sacramental para hacerte mi alimento... Mil novecientos años en busca mía por penosísimos caminos... ¡Qué fineza! ¡qué amor!

Voy a pasar el resto de la noche, oh Jesús mío, abismada en este pensamiento,

amándote finamente,
lo mismo que tú me amas:
que finezas con finezas,
y amor con amor se paga.

CAPÍTULO XXXIII

AL PIE DE LA CRUZ

¡Oh cruz santa! Arbol bendito, cuyo fruto es fruto de vida eterna y cuya sombra de perdurable descanso. Arbol santo y misterioso, más fértil que los olivos de Palestina y más frondoso que los plátanos egipcios; déjame sentar a tu sombra salutífera, consuelo de los que lloran, alivio de los que padecen y puerto de los que naufragan; déjame ¡oh cruz! descansar a tu sombra para contemplar en tí los misterios de la redención.

Transformación maravillosa ha obrado en tí la sangre de Cristo, pues antes eras odiosa, y ahora eres amable; antes patíbulo infame, y ahora trono del Rey Pacífico; antes madero despreciado, y ahora cátedra del Maestro divino; antes leño aborrecible, y ahora tálamo deseable del celestial Esposo; antes afrenta y oprobio del hombre, ahora gloria y honor de la humanidad rescatada; antes árbol maldito, y ahora árbol de bendición.

¡Cruz santísima y riquísima! ¡No sé qué alabanzas decirte, ni con qué elogios ensalzarte! Arbol como tú, no lo produce el Carmelo, ni se

crió en el Líbano, ni creció en el Sinaí, ni floreció en el Tabor, ni lo dió el Paraíso. ¡Arbol precioso del Gólgota! ¡árbol ensangrentado! ¡árbol divino! árbol de bendición, tú sólo excelso entre todos los árboles de la tierra, porque tus ramas cobijan a la humanidad y tu fruto es de un valor infinito!

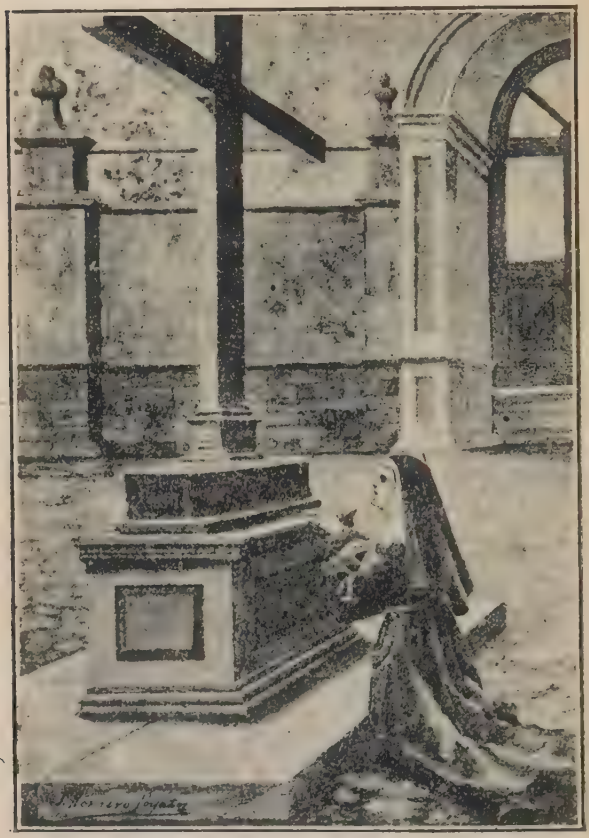
En tí, árbol sagrado, veo pendiente el fruto de la vida, sustento de las almas y manjar de los escogidos. Ahí está patente, convidando a los mortales, dándose con infinita prodigalidad a cuantos quieran gustarlo, y esto es un misterio de misericordia.

Ahí está ese fruto divino; pero maltratado y pisoteado, como racimo de uvas en el lagar; y esto, siendo El inocente, es un misterio de tremenda justicia, que está diciendo con voz de espanto: ¡Así amó Dios al mundo! *Sic Deus dilexit mundum!*

Angeles santos, que contempláis absortos la gloria del Eterno; poned los ojos ahora en esta cruz, ved la humillación y afrenta de su único Hijo, y sabed que así amó Dios al mundo. *Sic Deus dilexit mundum!*

Espíritus rebeldes, ángeles de tinieblas, inteligencias ofuscadas, productoras del mal; vosotros que tan rencorosamente envidiáis a los hombres, mirad a Cristo moribundo en la cruz, abiertos los brazos para estrechar en ellos a los pecadores, inclinada la cabeza y entreabierta la boca para dar beso de paz a sus enemigos, clavados los pies para no poder huir de los malhechores: vedlo, víctima voluntaria ofrecida en

sacrificio por la salud del hombre, y sabréis cuánto amó Dios al mundo: *Sic Deus dilexit mundum!*



¡Oh árbol de bendición! tú sólo excelso..

Almas redimidas con la sangre del Cordero,

dejad los vanos cuidados de la vida, poned silencio al bullicio terrenal, dejad los pensamientos inútiles, y contemplad aquí en la cruz la Vida, muerta por nuestro amor. El amor le hirió el cuerpo con azotes, el amor le coronó de espinas la cabeza, el amor le atravesó los pies y las manos con duros clavos, el amor le abrió el pecho con aguda lanzada: ved de qué modo tan asombroso amó Dios al mundo: *Sic Deus dilexit mundum.*

¿Y el mundo cómo te paga, Señor? ¿Te devuelve amor por amor y sacrificio por sacrificio? ¡Oh mundo infame, olvidado de Dios y entregado a la crápula de las orgías! ¿Quién te enseñó a pagar amor con olvido, beneficio con maleficio, bendición con maldición, sacrificio con egoismo, favor con ingratitud, bien con mal y vida con muerte?

¡Oh Jesús mio, muerto de amor en esa cruz! ¿por qué te paga el mundo tan mal? ¿Por qué no corresponde a tu amor? ¿Y es posible que el amor del mundo te quitara la vida y te pusiese como estás en esa cruz? ¿Por qué te has quedado en ella con la cabeza inclinada, los ojos bajos y mirando al suelo? ¡Bien lo sé, vida mía! El árbol cae siempre del lado a que se inclina, y tu inclinación, tu amor al hombre, te hizo bajar del cielo, te doblegó con el peso de la misericordia, te cortó el hilo de la vida mortal y te hizo caer así, de rostro hacia la tierra, para dar al hombre beso de paz.

¡Oh inefable bondad! ¡Oh misericordia no debida! ¡Oh amor nunca pensado! ¡Divino Je-

sús mío! ¿qué vieron tus ojos en el hombre para amarlo así? ¿Qué servicios te ha hecho el mundo? ¿Con qué obras te ha obligado a morir en cruz por él? ¡Ingratitud y miseria es todo lo que mundo da de sí! y apesar de eso el amor te obligó a redimirlo tan a costa tuya. ¡Oh maravillosa generosidad! ¿con qué serás correspondida? Si amor con amor se paga, ¿qué amor bastará a corresponderte?

¡Amete yo, Jesús de mi alma! Nunca para mí tan hermoso, como ahora que el amor te ha puesto en la cruz afeado; nunca para mí tan amable como ahora, con los brazos abiertos y la cabeza inclinada! ¡Amete yo, Crucificado mío! y déjame que te abrace, te estreche contra mi corazón y te coloque en mi pecho como ramillete de mirra.

¡Oh Cruz santa, y qué envidia me das! ¡cómo quisiera robar el precioso fruto que de tí cuelga! Arbol sagrado, no estés ahora tan erguido, inclina tu duro tronco, dobla un poco tus ramas y alárgame ese dulce fruto para que yo lo pueda coger. ¡Cruz venturosa, llave del paraíso y escala del cielo, déjame subir por tu tronco a coger el fruto del amor que de tí pende! Ese fruto es mi herencia, porque para mí nació, para mí se crió, por mí padeció y por mi amor sufrió muerte. ¡Dame, pues, lo que me pertenece, que el amor no sufre dilaciones! ¡Pase ya de tus brazos a los míos el dulcísimo Jesús!

¡Oh Dios de mi corazón y Esposo de mi alma! ¡tú aquí en la cruz eres rescate de mi

redención, tesoro de eternas riquezas y riquezas de valor infinito. Ya encontré lo que buscaba, ya tengo lo que apetecía, ya poseo lo que deseaba. ¡Téngolo y no lo dejaré! ¡Ya te poseo amorosa prenda! ¡no te apartes de mí ni consientas que yo de tí me aparte! ¡Tú serás mi heredad, Jesús mío, tú para siempre mi reposo y mi descanso! Tú el objeto de mis ansias, el término de mis deseos y el fin de mis esperanzas.

CAPÍTULO XXXIV

MI AVE MARÍA

En este mes de las flores, consagrado a Tí, oh Madre dulcísima de nuestras almas; en este mes de Mayo en que todos los verdaderos fieles te obsequian con afecto especial, quiero yo también obsequiarte, repitiéndote muchas veces aquellas palabras del ángel tan gratas a tus oídos.

¡AVE MARÍA!

¡Qué salutación tan celestial! *Dios te salve, María.* ¿Qué sintió tu alma, Madre inmaculada, cuando oiste por primera vez esas palabras? ¿Qué sintió tu corazón, cuando el Niño Jesús te las repitió dulcemente entre caricias divinas? ¿Qué sientes ahora, cuando los ángeles del cielo en concertados himnos te las cantan? ¿Qué experimenta tu corazón, cuando las almas puras y los santos más fervorosos te saludan en la tierra diciéndote *¿Dios te salve María?* Pues esas emociones de gozo celestial quisiera yo reproducir en tu corazón purísimo, cada vez que mis labios te digan en este mes de Mayo. *¡Ave María!*

GRATIA PLENA

Sí, *llena eres de gracia* desde el primer instante de tu concepción sin mancha; y tan llena que a los demás santos se da la gracia por partes, y a tí se te dió en toda su plenitud. *Llena de gracias* está tu alma, lleno de gracias tu cuerpo, llena de gracias tu mente, lleno de gracias tu corazón, llena de gracias tu inteligencia, llenos de gracias tus ojos, llena de gracias tu boca, llenos de gracias tus labios, llenas de gracias tus miradas, lleno de gracias tu semblante, llenas de gracias tus manos y repleto de gracia todo tu ser. La gracia divina es tu trono, la gracia forma tu vestidura, la gracia tu corona, la gracia tus adornos, y la gracia es la atmósfera que te envuelve, porque estás por todas partes *llena de gracias*. Y la hermosura que dan a tu ser esos raudales de gracia divina es la que pretendo alabar, Madre mía, cada vez que te diga con el corazón o con los labios que eres *llena de gracia*.

DOMINUS TECUM

El Señor es contigo; y estando El contigo, se comprende que estés llenas de sus gracias y de sus dones. Indudablemente es el secreto de tu bondad, de tu hermosura y de todo lo admirable que en tí hay, Reina de la creación. Dios está en tí, como el fuego en el hierro encendido; y así como el fuego irradia el calor por todas partes, así tú irradias a Dios y haces que lo sientan cuantos a tí se acercan con alma pura

o corazón contrito. *El Señor es contigo,* y tú estás llena de Dios e inmensamente rica con la posesión de El. Madre mía, dame a Dios, que mi pobre alma está sedienta de El: dame algo del Dios que está contigo, que eso es lo que quiero pedirte, cada vez que te diga *Dominus tecum.*

BENEDICTA TU IN MULIERIBUS

Bendita eres, Madre mía, y bendita serás eternamente entre todas las hijas de Adán. Bendita te llaman todas las generaciones, y todas ellas te alabarán, ensalzarán y glorificarán entre todas las criaturas. Te bendice el eterno Padre, que ve en tí a su hija predilecta, maravilla de su poder infinito. Te bendice el Hijo, que te escogió para Madre, agotando en tí los tesoros de su sabiduría eterna. Te bendice el Espíritu Santo, que mira en tí a su Esposa inmaculada, prodigio de su amor sin límites. Te bendicen los ángeles en el cielo y los hombres en la tierra. Te bendicen las almas castas a tí consagradas; te bendicen los sacerdotes fieles a su deber; te bendicen los niños inocentes, las doncellas recatadas, los ancianos desvalidos, y cuanto hay de bueno en la tierra y en el cielo no cesa de bendecirte. Déjame, pues, Madre amada, que una mi voz a ese concierto maravilloso, para no cesar jamás de repetirte: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.*

ET BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI, JESUS.

Sí, Jesús mío, bendito seas por haber esco-

gido a María para ser tu primer tabernáculo en la tierra; bendito seas por haberte hecho fruto de su vientre virginal; bendito seas por haberla hecho flor de pureza para producirte a tí, fruto divino de la raiz de Jesé; bendito seas, en fin, por haber hecho de María escala para bajar a la tierra, a fin de que los hombres pudiéramos subir por ella al cielo.

SANCTA MARÍA

¿Quién podrá hablar dignamente de tu santidad, oh Reina de todos los santos? Tú eres la Virgen tres veces santa, más pura que los ángeles, más santa que los santos, más bella que los querubines, más gloriosa que el cielo y más excelsa que los serafines. *Santa María,* reina del empíreo, gloria del mundo, embeleso del Eterno, y encanto de los míseros mortales; santifícame con la santidad para que no en vano te llame yo contínuamente *Santa María.*

MATER DEI

Madre de Dios; esta es la base de tu grandeza, este es el fundamento de tus prerrogativas, este es el origen de tus excelencias, este es el título de tu soberanía, esta es la causa de tus perfecciones, esta es la raiz de tu santidad, este es el pedestal de tu gloria, este es el *non plus ultra* de las alabanzas que te podemos dar. *¡Madre de Dios!* Este sólo título basta para justificar todas las honras, y todas las bendicio-

nes con que el entusiasmo de los católicos te obsequia en estos días, pues, por mucho que te honremos, nunca llegarán nuestros honores, a los que te concedió el Creador, haciéndote su Madre.

ORA PRO NOBIS PECCATORIBUS

Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. ¿Qué te negará a tí el que te escogió para Madre suya? ¿Y qué no puedes obtener de él en favor nuestro? ¡Ruega, pues, por los pobres pecadores, especialmente por mí! Sé que te he disgustado mil veces, Madre de mi alma; pero no quisiera que esos disgustos fueran motivo para que tú me desampares. Sé que no soy digna de llamarte Madre ni de acogerme a tu protección; pero sé que tu misericordia merece que todos los pecadores nos acojamos a Tí. A Tí me acojo, pues, Madre de misericordia, para que ruegues por mí. ¿Dejarás de hacerlo? ¡No, no puede ser! Si, viviendo en la tierra, me hubieras oido llorar, de seguro que no pasas por mi lado sin decirme una palabra de consuelo. Si llego hambrienta a tu casa de Nazaret, pidiendo una limosna, no me la hubieras negado. ¿Y me la negarás ahora? ¿Se ha mudado acaso tu condición? ¿Serás en el cielo menos buena que eras en la tierra? ¡No, Madre mía, no! Por eso vengo a tí confiada, suplicándote que me socorras. Tengo hambre, Virgen pura; hambre de santidad, hambre de pureza, hambre de abnegación y hambre de amor divino. Tú, que eres tan rica

de todo eso, atiende a mi necesidad y socorre mi indigencia.

NUNC

Sí, protégeme ahora, dulce Madre; ahora que me veo rodeada de enemigos, ahora que en lucha desigual puedo quedar herida y prisionera. En el mundo no hay más que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Busco flores y apenas hallo más que espinas; busco virtudes y no veo sino vicios; y donde pensaba encontrar y debía hallar espíritu y verdad, he tropezado con la mentira, la carne y la corrupción. ¡A cuántos arrastra la ola de la impiedad! ¡Cuántos son esclavos de sus pasiones! ¡Cuántos están presos en los lazos del demonio, del mundo y de la carne! ¡Socorro, Madre mía! ¡Socorro! que no quiero perecer donde otros perecen ni naufragar donde otros naufragan. Ruega por mí ahora que ando tan perseguida; ahora que estoy tan necesitada de los auxilios celestiales. No ves que el demonio me arma acechanzas para perderme? ¿No ves que el mundo trata de seducirme? ¿No ves que yo, incauta, vuelo como la mariposa alrrededor de la llama, que puede devorarme? Piedad, Madre mía, no me desampares, no me dejes sola en los peligros. Dame horror al pecado y no consientas que yo caiga en él: esto es lo que intento pedirte cada vez que te diga *ruega por nosotros pecadores, ahora...*

ET IN HORA MORTIS NOSTRAE

Y en la hora de la muerte. ¡Ay, sí! en la ho-

ra de la muerte... Entonces es cuando más necesitaré de tu protección maternal. El infierno

Protégeme ahora, dulce Madre

hará los últimos esfuerzos por perderme; y, ¿qué será de mí, si no me asistes en aquel trance?

Para entonces te invoco, Virgen potentísima, terrible para el demonio, como ejército en orden de batalla: defiéndeme y acógeme bajo tu manto en la hora de mi muerte. Yo no sé cuando llegará ésta, ni si me cogerá desprevenida; puede ser que me coja en lugar solitario, lejos de todo socorro humano, sin el auxilio de una persona querida que cierre mis ojos; pero si tú estás allí, yo moriré tranquila y contenta, confiada en tu patrocinio. Puede ser que entonces mis labios se paralicen y mi lengua no pueda invocarte; mas por eso te invoco ahora, para que me asistas en el trance de la muerte. Para allí te cito, Madre mía. ¿Faltarás? ¿Vendrás a socorrerme? ¿Estarás allí en mi agonía? Así lo espero, y no será fallida mi esperanza.

AMÉN

¡Así sea! ¡Te lo pido, Madre mía, por la sangre divina de Jesús; no olvides mis súplicas, ni desatiendas mis plegarias; pues nadie como tú sabe lo que te pido en cada palabra del *¡Ave María!* Cuando niña, te la rezaba delante de tu imágen, llena de inocencia y sin saber lo que te pedía; ahora, aunque mi alma ya no tiene el candor de la infancia, sabe lo que te dice, y a medida que avanzo en la carrera de la vida, siento más la necesidad que tengo de tu amor y misericordia. Empléala en mí y en todos los que con devoción y afecto de hijos te digan amorosos: *¡Dios te Salve, María!*

CAPÍTULO XXXV

LA FIESTA DE LOS AMORES

Se acerca el día del Sagrado Corazón de Jesús, día de misericordias, fiesta de los amores divinos, pascua de las almas castas, y solemnidad de los corazones consagrados a ese divino Corazón, víctima de su infinita caridad.

La caridad le movió a sacrificarse por nosotros; el amor le llevó a la muerte, por darnos vida; el amor le condujo a la cruz, para pagar nuestras culpas; el amor le ocultó en la Eucaristía, para ser nuestro alimento; el amor lo encerró en el Sagrario, para ser nuestro compañero de destierro; el amor finalmente lo abrió con la punta de una lanza, para darnos entrada en él y ser nuestro refugio.

A este refugio se acogen los pecadores arrepentidos, para hallar misericordia; a él acuden las almas perseguidas y tentadas, para ponerse a cubierto de sus enemigos; a él se acogen los atribulados para guarecerse y librarse de las furias con que los azotan las borrascas del alma; a él se llegan los sedientos de dicha, para beber las aguas vivas que saltan hasta la vida eterna; en él se esconden los buenos religiosos para

gustar el maná oculto que da vida; en él forman su nido las almas castas, y a él vuelan las palomas de la soledad para arrullarle con amorosísimos gemidos, y celebrar con él la fiesta de los divinos amores.

¡Oh Corazón dulcísimo de Jesús! ¿Quién me diera ser una de esas palomas enamoradas que forman su nido en tu divino seno? ¿Quién pudiera convertirse en una de esas almas santas que hallan siempre en tí el maná de eterna vida? ¿Quién me diera ser uno de tus más finos amantes? ¡Ay! déjame penetrar en tus más íntimos senos y cantarte allí con el Profeta de los salmos. Este es mi descanso por los siglos de los siglos, aquí habitaré para siempre, porque es mi mansión escogida.

Mas ¡ay pecadora de mi! ¿Cómo me atrevo a pedir los regalos con que premias a los santos, siendo quien soy? Alma mía, no son las embriagadoras dulzuras de los divinos amores para los perezosos y tibios, sino para los diligentes y fervorosos. No son los consuelos celestiales para los inmortificados e indolentes, sino para los penitentes y contritos. Las intimidades divinas son para los limpios de corazón, y no para los que van cargados y sucios con el polvo miserable de la tierra. ¿Cómo, pues, aspiras a lo que no mereces? No vueles tan alto; no olvides tu miseria, y acércate a Jesús en cualidad de pecadora, que El te lavará y purificará en la fuente que mana de su amantísimo Corazón.

¡Perdón, Jesús mío, que tu infinita misericordia me hace dar al olvido mis grandes mise-

rias y no pequeñas infidelidades! En cualidad de pecadora vengo a tí , que eres refugio de pecadores, Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo y fuente de aguas vivas que lavas las inmundicias del pecado con la que mana tu corazón herido. Aquí me arrojo a tus pies, mostrándote las llagas de mi alma y diciéndote:

Tu nostra terge vúlnera
Ex te fluente sánguine.

Lava, Jesús mío, las heridas de mi alma con la sangre que fluye de ese Corazón divino; sana las llagas de mi corazón con el bálsamo que del tuyo mana; purifícame con el agua celestial que brota en la fuente de tu costado abierto; y asi verás cuán dichosa resulta para mí la fiesta de tus amores.

¡Albricias, pecadores, albricias! Venid al Corazón de Jesús, que en él está el trono de gracia, donde se alcanza siempre misericordia y se consigue auxilio en el tiempo oportuno. ¡Venid, venid! Hemos hallado la ardiente hoguera del Corazón divino que desea abrasarnos en el fuego de la caridad; hemos encontrado en él la llama divina que reduce a pavesas nuestros crímenes y maldades; hemos tropezado con la vena de límpidas y refrigerantes aguas que dan salud y felicidad a las almas; tenemos a nuestro alcance la fuente de los amores divinos, y eso nos basta para celebrar dichosamente la fiesta de los amores.

O fons amoris inclyte!
O vena aquarum límpida!
O flamma adurens crimina!
O Cordis ardens cháritas!

¡Oh corazón amabilísimo de Jesús! Abrasa en llamas de tu caridad a los pobres pecadores y sea el incendio celestial que nos consuma en tu divino amor mucho mayor que había de ser el fuego que nos quemaría en el infierno, si tu sangre divina no lavara nuestras manchas y perdonara nuestras culpas. ¿Con qué pagaremos el infinito amor que nos tienes? ¡Ay! Si la sangre de mis venas la pudiera convertir en aceite, y éste colocarlo en una lámpara que ardiera ante tu altar día y noche, y allí se consumiera hasta la última gota, sería nada para pagar lo que te debo. Si hiciera de mis huesos cirios benditos para quemarlos en sacrificio ante tu altar y allí los consumiera todos en perpétua adoración, todavía fuera poco para corresponder a tus amores. ¿Pues cómo corresponderé a tus finezas? No me queda otro arbitrio que entregarme a tí y ofrecerme de nuevo a tu servicio. Admíteme en él, aunque yo no lo merezca y celebremos en santa paz la fiesta de tus amores divinos.

Si tan grande es la hoguera en que te abrasas, ¿qué te puede costar enviarme una centella que en tu amor me encienda? Si me amas desde la eternidad, ¿por qué no te correspondo fiel, durante los días de mi existencia? ¿Por qué te amo tan poco? Atraviesa, Jesús mío, mi co-

razón con la flecha encendida de tu amor, y enciéndelo en la hoguera que al tuyo abrasa. No te pido que me dejes reclinar la cabeza sobre él y escuchar sus latidos, como el Discípulo amado, porque sé que no lo merezco; pero déjame a tus pies, como la Magdalena, y haz que te ame como esta santa pecadora; que me tendré por dichosa, celebrando de esa suerte la fiesta de tus amores.

CAPÍTULO XXXVI

CORAZÓN DE PADRE

¡Albricias, alma mía, que he hallado un tesoro! Sí; en el Corazón de Jesús he hallado un *Corazón de Padre,* y este es para mí el más rico de los tesoros.

Jesucristo es a un tiempo mismo Dios y hombre verdadero; en cuanto Dios es el Verbo eterno del Padre por quien fueron hechas todas las cosas, las visibles y las invisibles; en cuanto hombre fué formado y nacido de la Virgen inmaculada, y tiene un corazón que es el órgano del amor infinito del Verbo encarnado; y si este Verbo es nuestro Padre, porque nos dió el ser, su Corazón divino es *Corazón de Padre,* tan tierno, tan dulce y tan amoroso, que dió su vida por nuestro bien, y sufrió amarguras indecibles por hacernos felices y dichosos. Esto por sí sólo probaría que el Corazón de Jesús es *Corazón de Padre,* si por otra parte no lo demostraran evidentemente los caracteres y propiedades de su amor divino.

Si es propio del padre dar el ser a sus hijos, Jesucristo en cuanto Dios nos ha dado el ser, porque es el Hacedor soberano por quien fué hecho todo. Si es propio del padre alimentar a

sus hijos, él sustenta nuestras almas con la gracia divina y con su propia substancia en la sagrada Comunión. Si es propio del padre enseñar y adoctrinar a sus hijos, El y sólo El nos enseña el camino de la felicidad con sus máximas evangélicas, asombro de los sabios. Si es propio del Padre dar acogida a sus hijos en el hogar paterno, El nos acoge en su Iglesia Santa, verdadero hogar de los justos y los santos. Y si es propio del padre consolar a sus hijos, El nos consuela en nuestras aflicciones con la alegría saludable del Espíritu Santo.

¡Oh qué triste fuera mi vida, si no tuviera yo este *Corazón de Padre* que consolara mis penas! Pero en las dudas, en las tribulaciones, en las amarguras, en los abatimientos y sinsabores de la vida, a El acudo y El me consuela. El conoce mis ansias, El penetra mi corasón, El ve mis lágrimas, El sabe cuanto me pasa, no ignora lo que sufro, y eso le basta a mi alma para ser dichosa; porque, sólo con que me deje suspirar al pie de su Sagrario, se endulzan mis penas, y siento un bálsamo divino que sana las heridas abiertas por los desengaños en mi pobre corazón. ¡Jesús del alma! Corazón amante, ¡cuán Padre eres de esta pobre criatura! ¡Dichosas las almas que te aman con amor filial! ¡Bienaventuradas las que viendo en tu Corazón el corazón de un Padre se abrazan con su cruz y, apoyándose en este báculo santo, hacen el triste viaje de la vida, tranquilas y confiadas, como el niño que se duerme en brazos de su madre!

Pero, ¡ay! ¡Desdichadas las almas que no te

conocen, y más desdichadas todavía las que después de haberte conocido se apartan de tí, como ovejas errantes que se alejan de su pastor! ¡Sí! ¡desdichados mil veces esos hijos ingratos que te ofenden, y te insultan con desalmado corazón, y quieren arrojarte de la tierra, y destruir los altares en que estás sacrificándote por ellos, e intercediendo con tu Padre eterno para que no los castigues con su justicia vengadora! ¡Jesús mío! ¿por qué intercedes por ellos? ¿por qué los esperas? ¿por qué no los confundes ¡Ah, ya lo sé! Porque tu corazón es *Corazón de Padre,* siempre dispuesto al perdón, siempre llamando al hijo ingrato, para darle de nuevo la vida y los derechos que él perdió por el pecado. ¡Benditísimo Jesús! El secreto de tu mansedumbre infinita está encerrado en tu *Corazón de Padre.*

Es también propio del padre querer siempre hallarse en compañía de sus hijos, y estar entre aquellos a quienes dió el ser; y por aquí vengo a conocer también, que tu Corazón, oh Jesús mío, es *Corazón de Padre* porque no pudiste sufrir estar lejos de nosotros, ni dejarnos en la tierra huérfanos, cuando subiste a los cielos; y por eso te quedaste con nosotros hasta la consumación de los siglos, en el Santísimo Sacramento del Altar, para hacernos perpétua compañía en este valle de lágrimas. ¿Qué más haría el más amante de los padres? Y sin embargo, tú haces más, Jesús mío, mucho más. Tú en el Sacramento nos abres la llaga de tu *Corazón de Padre,* fuente de aguas vivas, que saltan

hasta la vida eterna; tú nos abres esa puerta, que el amor hizo, para que entremos por ella y hagamos mansión perpétua en esa arca santa, donde nos libranos del diluvio de la culpa. Ahí nos quieres tú, Padre amoroso de nuestras almas, y cuando ahí nos tienes contigo, parece que te olvidas de que eres Dios para acordarte sólo de que eres nuestro Padre, y como tal regalarnos, protegernos, consolarlos, defendernos, perdonarnos, enriquecernos y glorificarnos.

Almas necesitadas de consuelo: acudid al Corazón de Jesús, que es *Co.azón de Padre*, y allí encontraréis la paz, la alegría interior, el gozo del espíritu, la satisfación inefable, el dulcísimo regalo y las divinas consolaciones que El da a sus fieles hijos.

Almas tentadas o perseguidas de fieros enemigos: acogeos al Corazón de Jesús, que es *Corazón de Padre,* y El os defenderá y os esconderá dentro de su llaga, como esconde la gallina a sus polluelos bajo sus alas. Acudid a El en vuestras luchas y El os guardará en la fortaleza inexpugnable de su Corazón divino.

Almas que habéis ofendido a tan buen Padre, y vivís lejos de El, y os alimentáis como el hijo pródigo con manjar de animales inmundos: volved, volved al hogar paterno, que el Corazón de Jesús es *Corazón de Padre* que os ofrece de antemano indulgencia y perdón: volved, que os espera con los brazos abiertos deseoso de estrecharos contra su corazón; y tendría que dejar de ser Padre, para no estar pronto a olvidar ingratitudes y perdonar ofensas.

Almas piadosas, venid vosotras, y haced participar al Corazón de nuestro Padre Jesús, de vuestras penas y de vuestras alegrías. ¿Sufrís acaso? El sabe lo que son sufrimientos: venid y os consolará.

¿Estáis tristes? El saboreó tristezas infinitas, y tiene en su mano el remedio para desterrarlas; venid que El os recreará.

¿Estáis alegres? Pues, mirad que es una especie de egoismo no hacer participante de vuestras alegrías al Corazón de nuestro Padre Jesús, que os las proporciona con su providencia adorable.

¿Tenéis encima la cruz de la tribulación? El, que fué el más atribulado de los hombres, tiene en su Corazón el manantial de todos los consuelos.

¿Os angustia la pobreza? ¿Os fatiga la necesidad? Acudid al Corazón de nuestro Padre Jesús, rico en misericordia, y El socorrerá vuestras necesidades.

¿Os aflige una dolencia? ¿Os martiriza una enfermedad? ¡Ah! miradla como medicina amarga o como remedio doloroso que el Señor os envía para conseguir la salud eterna. ¿Ignoráis que el Corazón de Jesús es *Corazón de Padre?* ¿No sabéis que os ama como nadie os puede amar? Entonces ¿por qué se han de recibir con disgusto los contratiempos que El nos envía, si sabemos que vienen ordenados para nuestro bien?

¡Oh verdad consoladora! El Corazón de Jesús es el corazón de nuestro Padre, y esta sola

idea basta para endulzar todas las amarguras de la vida.

Almas devotas, honremos al Corazón de Jesús y acudamos a él con filial afecto, sin perder nunca de vista que el Corazón de Jesús es para nosotros *Corazón de Padre*.

CAPÍTULO XXXVII

JUNTO AL SAGRARIO

Cada vez que entro, ¡oh Jesús mío! en este coro durante la noche, mis ojos buscan con envidia la afortunada lámpara que arde solitaria ante tu altar, consumiéndose en tu presencia divina, llenando de luz y de misteriosas sombras los ámbitos del santuario. Y cuando tengo la dicha de hallarla, me prosterno, como ahora ante tus aras, fijando mis ávidas miradas en el Tabernáculo, donde estás preso de amor, ofreciéndote contínuamente a la justicia divina en sacrificio de expiación por los pecados del mundo.

¡Ay dulcísimo y riquísimo prisionero mío! ¿Quién te ha puesto en esta cárcel? ¿Quién te trajo a tanta estrechura? Si el cielo de los cielos es pequeño para contener tu majestad y grandeza, ¿quién te redujo a estrechez tanta? Si tú das libertad a todo el que la disfruta, ¿quién ha podido aprisionarte? ¿Qué cadena te sujeta a esta dulce prisión? ¡Ay amantísimo bien mío! La del amor infinito, cadena que jamás se rompe, es la que aquí te detiene cerca de mí, para que yo

pueda contemplarte, recibirte, acompañarte, poseerte y consolarte.

¡Sí, consolarte! Tú has dicho, vida mía, que tienes tus delicias en morar con los hijos de los hombres, y al ver que éstos te abandonan, te dejan solo, y huyen de tu lado, ¿cómo es posible que a su manera no sienta desconsuelo tu divino Corazón, consolador de todos los tristes? Llenos están de gentes los paseos y las calles; concurridas las mansiones de los poderosos de la tierra; y tu mansión, ¡oh Dios todopoderoso!, tu mansión, tu templo santo, tan vacío y solitario, que puedo a mi placer trasladar a estas cuartillas los sentimientos de mi alma, sin temor de que humanos ojos se fijen en mí. ¿Cómo no has de sentir verte tan olvidado?

Tú mismo te ataste aquí con lazos de amor, y te hiciste prisionero para que los cristianos vinieran a contarte sus penas, a decirte sus pesares, a confesarte sus culpas y pedirte perdón de ellas. ¿Cómo no ha de apenarte verlos correr por el mundo como caballos sin freno, ébrios de furor, locos y desatentados, buscando la muerte lejos de tí, que eres la vida del alma? ¡Oh engañados hijos de Eva, ciegos de entendimiento y duros de corazón!

Si supieran ellos, oh Jesús mío, las delicias que encierra tu Tabernáculo; si oyeran la dulcísima armonía, que vaga en torno suyo; si aspiraran a su alrededor; si gustaran la suavidad embriagadora que de él brota; ¡ay! entonces vendrían aquí a consolarte, o mejor aún, a ser por tí consolados; pues no hay mal para el que

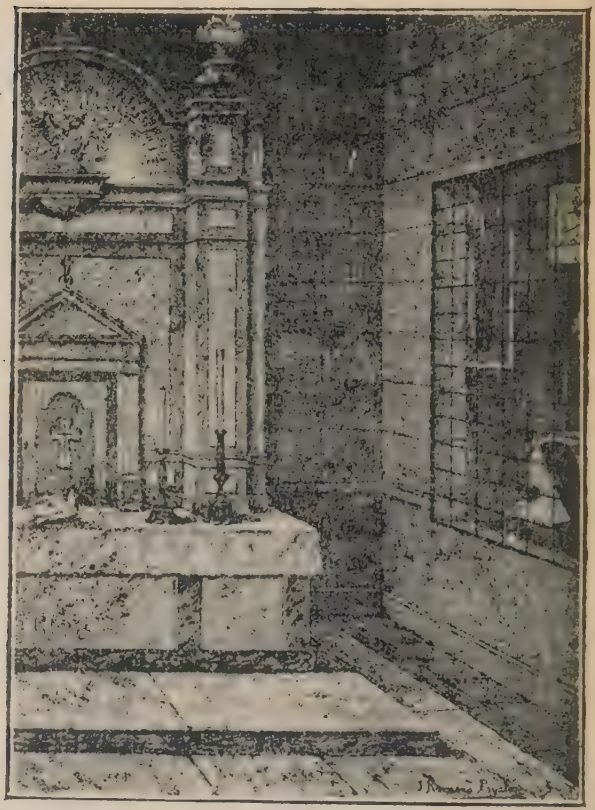
tú no seas remedio, ni pena que tú no consueles, ni aflicción que tú no alivies, ni llanto que tú no sepas convertir en gozo.

¡Oh qué dulces son las lágrimas derramadas en tu presencia! Tú las haces brotar del corazón; ellas caen de los ojos, como perlas de celestial rocío, y el fuego de tu amor las evapora y las hace subir al cielo, convertidas en benéfica y transparente nubecilla, que vuelve de las alturas llena de bendiciones para fecundar la tierra estéril del humano corazón. Y fertilizado con el riego de sus lágrimas, el corazón árido y seco se torna en corazón amante, dispuesto a recibir las impresiones del amor divino.

¡Oh mi Jesús! y qué horas tan dulces se pasan entonces en la soledad del Santuario, en ese misterioso y elocuente silencio en que tú hablas al alma lenguaje desconocido! Tú la haces saborear entonces dulzuras incomparables, la atraes, la embriagas y la obligas por amor a que te busque, a que sienta a par de muerte separse de tí, y a que desee ser tu prisionera, prisionera de amor, de un amor que nunca acaba, porque empieza en esta vida para perfeccionarse en la otra.

¡Pobre corazón humano! Ven y verás cuán suave es el Señor, cuán amable mi dulce prisionero, el Dios escondido en el Sagrario. Su yugo es suave, porque es yugo de amor; pónlo sobre tu cuello, abraza su cruz, toma parte en su glorioso sacrificio, acércate a Jesús, únete a él y te inundará tal torrente de dulzuras, que vivirás sin que la pena te apene, sin que el pesar te apasare,

sin que el dolor te duela, sin que la aflicción te aflija, sin que la amargura que te amargue, ni



¡Oh qué dulce cautiverio!

la tribulación te atribule, porque vivirás en Cristo y Cristo en tí por amor.

¡Oh amor de mis amores, y dulce prisionero mío! ¡Aprisióname aquí contigo en las redes de tu amor! ¡Aprisiona mi pensamiento que anda descarriado por el mundo, ata mi memoria para que no se acuerde de cosa terrena; prende a mi voluntad para que no se vaya tras las criaturas; encadena mi lengua y mis sentidos que andan sueltos para el mal; sujeta mis ojos para que no se vayan tras las vanidades del siglo; échale cadenas a mi corazón, cadenas de amor, que jamás se rompan. ¡Oh qué dulce cautiverio! ¡Qué prisión tan deliciosa será vivir contigo en el Sagrario!

¡Oh Jesús de mi alma! ¡Quién me tuviera cautiva siempre contigo en esa cárcel! ¡Qué contenta estaría, estando presa! ¡Cuán libre sería yo, viviendo así cautiva! ¡Oh dulce prisionero mío! conviértete en carcelero y aprisióname contigo. ¡Anda! ¡Dáte prisa! ¿Qué haces? ¿Por qué no me prendes? ¿Por qué no aprisionas para siempre este pobre corazón? ¡Amor de mi alma, no seas corto! ¡Préndeme! ¡átame! ¡hiéreme! ¡mátame! que la vida más deliciosa que conozco es morir a tus manos. ¡Oh quién muriera de esa muerte y viviera de esa vida!

Bien sé, amor mío, que no merezco ser tu cautiva; pero déjame que lo sea, déjame reposar aquí junto a tu Sagrario y hacerte compañía en tu prisión. Nada valgo, porque soy nada; pero esta nada tiene un corazón que es tuyo, Jesús de mi vida; corazón que desea consumirse en las llamas de tu amor, como se consume la cera que arde en tus altares. Aquí te lo en-

trego, Dios mío; sólo por tí palpita, y en sus palpitaciones te pide que su último latido venga a perderse aquí al pie del Tabernáculo, envuelto en el último suspiro de mi alma.

CAPÍTULO XXXVIII

UN ÁNGEL MÁS Y UN ÁNGEL MENOS

Si al acabar de hojear estas páginas siente el lector su corazón emocionado, si le parece que están humedecidas por el llanto o manchadas con mis lágrimas, ruégole que no culpe de excesiva mi debilidad o mi ternura; son muchas las que he derramado por la pérdida del ser querido que en ellas menciono, y es preciso confesar que ese rocío de lágrimas era un tributo muy debido a la flor que el ángel del Señor arrancó de la tierra para trasplantarla a los jardines del cielo.

Cada día que pasa siento más la muerte de aquel ángel en carne humana, de aquella santa hermana mía, que tanto me edificó con sus virtudes. ¡Cuán pronto se acabó la dicha de tenerla a mi lado! ¡Qué breve fué el tiempo que gocé de su compañía! A veces temo, si Dios se la llevaría por no ser yo digna de tal hermana, o si la llevó consigo para que yo no la contaminara con mis tibiezas y malos ejemplos.

Su muerte fué tan santa como había sido su vida; y si siempre fué querida de todas por su amable condición y carácter angelical, en sus

últimos días nos robó el corazón de tal suerte, que no podíamos verla ni oirla sin llorar de pena.

Enferma, era la admiración de las enfermeras y del confesor, por su humildad, su paciencia, su fervor, sus deseos de padecer y sus ansias de ver a Dios. ¡Cuántas veces tuve que apartarme de la cabecera de mi hermana para que no me viera llorar conmovida y avergonzada a vista de su heroísmo!

Un día, después que el médico la desahució, asegurándole que no tenía remedio en lo humano, la oí hablar de los goces de la gloria con un júbilo y una alegría extraordinaria. Temiendo que aquello pudiera hacerle daño, excitando sus nervios, le dije con dulzura, acariciando su mano y oprimiéndola entre las mías: Pero, hermanita, ¿y la muerte? ¿Acaso no te espanta morir? Y ella con la más dulce de sus sonrisas en los labios me contestó: ¿La muerte? ¡Si la muerte no existe! ¿No sabes que morir es dormirse en le tierra para despertar en el cielo? Mira, añadió con el rostro iluminado por un rayo de luz divina: ¡Yo no moriré! Lo más importante de mí vida, lo substancial en ella, nunca dejará de existir. Lo esencial de mi vida es amar, entender, sentir, conocer, raciocinar, comprender; y después de la muerte, yo seguiré amando, entendiendo, raciocinando y comprendiendo, con mucha más perfección que ahora; de modo que con la muerte mi vida crecerá, se dilatará, aumentará, será más noble y más perfecta. ¡Oh! no, yo no moriré! ¡Mi vida no se extinguirá jamás! La muerte no hará más que transformarla

de mal en bien o de bien en mejor, aumentando en mí lo intelectual y divino, a medida que me despoje de lo sensible y terreno. Es verdad que dejaré de ver la luz del día, que no oiré más tu voz, que no sentiré más la presión de tu mano sobre la mía... Pero ¿qué importa eso, si siento el contacto de Dios y oigo las melodías de los ángeles, y me ilumina la *Luz* indeficiente e inextinguible? Para quien ama a Dios y en él espera, morir no es morir, la muerte es el paso a una vida felicísima.

—¿Y lo que se padece hasta que el alma se arranca del cuerpo? A esta pregunta mía hizo un gesto graciosísimo con el rostro, y contestó: ¿Padecer? ¡Anda inocente! Una boqueada, y acabaron los sufrimientos. Tú lo verás; porque supongo que no te apartarás de mí en aquella hora, hasta dejarme en las manos del Señor.

Otro día me habló de la mensajera de su felicidad eterna, como llamaba a la muerte, y me dijo que su recuerdo le era grato, y pensaba en ella con el mismo placer con que piensa el encarcelado en la mano bienhechora que ha de romper sus cadenas. Encarcelada estoy, decía con santo delirio; cautiva estoy, desterrada estoy, ¿cómo no amar a la anunciadora de mi libertad?

Lo mismo me repitió poco antes de entrar en su agonía, la cual fué larga, de tres horas, y en todas ellas no me separé ni un punto de su lado. Cuando nos dejaban solas, me pedía con instancia que le recitara o leyera la *Aceptación de la buena muerte*. Después rezábamos alter-

nando el salmo *Miserere,* y al llegar al verso que dice *Tibi soli peccavi,* se deshacía en suspiros de dolor, como si fuera una gran pecadora.

Luego empezó a llamar en socorro suyo a la Virgen Santísima, invocándola con tiernas plegarias que brotaban de su corazón. Rezó las letanías, y cuando llegó al *Refugium peccatorum* parecía que el alma se le partía de pena.

Dos horas llevaba agonizando cuando llamó a la Madre Abadesa, para renovar la profesión en sus manos, delante de la Comunidad. A todas nos pidió perdón aquel ángel, y rogó a la Madre que le diera un hábito viejo para mortaja, acto que nos hizo llorar a las demás y que algunas no pudieron acabar de presenciar por lo enternecidas que estaban.

A ruegos de ella se tendió sobre la cama el hábito con que iba a ser amortajada, a tiempo que el médico entraba en la estancia mortuoria. Este quiso que se quitase de allí; pero ella se opuso, diciendo: ¡Dejádmelo por Dios! Doctor es mi traje de boda; con él voy a presentarme dentro de breves instantes al Amado de mi alma. No me causa horror ni pena; ¡dejádmelo por Dios!

Después mostró deseos de estar sola conmigo, y cuando nos dejaron, comenzó a ofrecer a Dios el sacrificio de su vida y las amarguras de su agonía por el triunfo de la Iglesia y por la conversión de los pecadores. Un golpe de tos fuerte que le sobrevino hizo que las religiosas invadieran de nuevo la celda.

Sintió que las fuerzas le faltaban y pidió a la

Madre que le diera permiso para morir, pues

Yo tenia cogida a mi enfermita por la mano

ya no pertenecía a la tierra de los vivos y deseaba con ansias ver a su amado Jesús.

El confesor empezó la recomendación del alma y todas nos arrodillamos. Yo tenía cogida a mi enfermita por una mano, sin quitar mi vista de la suya; y a una señal que me hizo con los ojos, me incliné sobre su rostro y pegué mi oido a sus labios. Sor mía, me dijo con voz imperceptible: ¡Adiós! Cuando veas que no aliento, reza por mí el *Magnificat,* ya que mis labios no podrán saludar al Amado con ese cántico de gratitud.

Yo oculté mi cara entre las manos sin poder disimular mis lágrimas, ni la emoción que sentía. De ella me sacó un rumor, casi un grito de admiración que corrió de boca en boca por toda la comunidad. Miré a mi hermana y su semblante se había iluminado con la luz del cielo: tenía cerrados los ojos, y los labios entreabiertos con sonrisa angelical. El médico quedó admirado y el sacerdote que la ayudaba a bien morir, cerrando el libro, exclamó: ¡Qué hermosa estás, Sor Margarita, qué hermosa estás! Bien se ve que has muerto en la paz del Señor y que has recibido el ósculo que hace eternamente dichoso a los predestinados. ¡Descansa en paz!

Después que dejamos sus restos mortales en el cementerio del convento, mi Madre Abadesa me encargó que yo escribiera un epitafio para el nicho que guarda su cadáver; y yo por obedecer puse el que lleva por título este artículo. Un ángel menos... y un ángel más... Un ángel menos en la tierra, y un ángel más en el cielo.

Dispense mi debilidad quien, al leer estas

páginas, las viere humedecidas por el llanto o manchadas con mis lágrimas, son muchas las que he derramado escribiéndolas; y justo es confesar que ese rocío era tributo muy debido a esta preciosa y encantadora *flor del claustro*. ¡Dios nos depare una muerte como la suya! ¡Dichosos los que mueren en el Señor! ¡Jesús mío, haz que mi vida termine con la muerte de los justos!

CAPÍTULO XXXIX

EN MI CORO

Aquí en la soledad y silencio de mi coro te busco, oh Jesús mío, porque mi alma atribulada necesita el consuelo divino que tú sólo puedes darle. Por eso vengo aquí a postrarme de hinojos ante tu altar y a cantarte mis pesares. ¡Oh qué dichosa seré, si te dignas escucharme!

¿Más por qué, alma mía, estás entristecida? Aquí a los pies de Jesús, luz del cielo, se disiparán las negras sombras de tus tristezas. Si te aflige el trato de las criaturas aquí tienes a Jesús, cuyo trato todo lo dulcifica.

Si tu tristeza nace de la prolongación del destierro en que vives, o de la ausencia de la patria amada por quien suspiras, llégate a Jesús compañero de tu destierro y prenda segura de la gloria advenidera. Llégate a El sin temor, que no serás mal recibida, ni saldrás de su presencia fatigada.

¡Así lo creo, Jesús amado, y así lo siento! Ya respiro con más desahogo, porque aquí en tu Sagrario reina la paz, halla el corazón descanso y las lágrimas acuden a los ojos mezcladas de consuelos celestiales que, cual lluvia benéfi-

ca, templa la aridez de esta vida triste y endulza sus amarguras.

¡Oh, qué dulce es contar las penas a quien se sabe que ha de consolarnos! Tú eres, Dios mío, consolador universal de todos los afligidos y descanso de todos los fatigados. ¡Oh, qué grato es descansar en tí! Dichosos los que a tí acuden, y se alejan de ese mundo engañador y sin entrañas!

Yo escuché sus halagos, dí oidos a sus promesas, surqué lo que en él se llama mar de felicidad, y sólo hallé inquietudes y amarguras. ¡Oh qué peligrosa y qué triste es la travesía del amargo mar del mundo! ¡Qué molestas las horas! ¡Qué pesados los días! ¡Qué fastidioso todo! Los cuidados inquietan, los peligros acobardan, los temores perturban, la prosperidad envanece, la adversidad abate, las penas consumen, y en vano se busca en el mundo consolación para las verdaderas penas.

¿Qué consuelo puede el mundo dar, si él es la causa de todo desconsuelo? Siendo la tierra valle de lágrimas ¿qué ha de brotar de sus fuentes y qué ha de correr por sus arroyos, sino lágrimas y llanto? ¡Lejos de aquí, mundo seductor! Detesto tus consuelos, porque están llenos de amarguras.

Tú sólo, Jesús mío, eres mi refugio y mi consuelo; tú el único que has calmado siempre las tempestades de mi alma; tú el que siempre me has dado fuerzas para cruzar este ancho y borrascoso mar de la vida, trocándome la pena en gozo y el llanto de dolor en llanto de alegrías inefables.

Contigo todo es gozar, pues, padeciendo por tí, goza el alma; contigo no hay pesar, porque tú quitas al corazón toda pesadumbre; contigo no hay males, porque tú de ellos sacas bienes; y por eso el alma encuentra en tí consuelo en sus penas, remedio a su dolor, alegría a sus tristezas y descanso a su fatiga.

¡Oh descanso verdadero de mi alma! Yo he pedido al hombre una limosna en mi pobreza, y a veces me ha socorrido; le he pedido una solución en mis dudas, y me la ha dado; le he demandado un alivio en la adversidad, y también lo he recibido; pero le he pedido quietud para mi corazón, descanso para mi alma y nadie me lo ha podido dar.

Esto sólo tú lo das, Dios de mi vida, centro y reposo de todas las criaturas. Y si algún hombre fuera osado a ofrecerme ese reposo fuera de tí, creería de él que su soberbia le engaña o que en su malicia miente; segura como estoy de que sólo tú eres reposo de las almas y consuelo de los corazones.

¡Sí! no hay descanso fuera de tus muros, ¡oh Corazón divino! y siempre lo hay en tí, porque eres alcázar donde el alma mora tranquila, aunque la intranquilidad lo cerque; oasis delicioso del desierto del mundo, en donde ya no hay desierto para el alma; lecho regalado, donde el cansancio no tiene entrada, y manantial perenne de inefables delicias.

Sólo conozco un mar sin tempestades; un mar que, cual sereno lago, siempre brinda tranquilidad y bonanza; y este mar es tu corazón,

oh Jesús mío, océano inmenso de bondad, cuyas aguas besan el puerto de la eternidad feliz. ¡Cuán grato es caminar hacia ese puerto! ¡Cuán hermoso navegar por ese piélago infinito de purísimas delicias!

Naveguemos por él, alma mía, naveguemos sin parar, hasta llegar al término de nuestro viaje. Soplen, oh Dios mío, favorables los vientos de tus misericordias, y corra mi alma por el mar de tus amores hasta perderse en él, para no salir nunca, y nunca dejarte de amar.

En tí quiero vivir, divino amante, a tí deseo confiar mis secretos, a tí decir mis amores, a tí comunicar mis afectos, y a tí entregarte el corazón. A tí quiero unirme, con lazo estrecho, porque cuanto más unida, tanto más sabré de tí; cuanto más sepa, tanto más conoceré tus perfecciones; cuanto más de ella conozca, tanto más te amaré; y cuanto más te ame, tanto más gozará mi alma.

¡Oh alma mía! Ven con frecuencia aquí a los pies del Amado, donde hallarás siempre perdón para tus culpas, aliento para tu flaqueza, luz para tus tinieblas, sustento para tu hambre, confianza para tus temores, alivio para tus trabajos, tesoro para tu pobreza, compañía para tu soledad y remedio para tus fatigas.

¡Sí, Amado mío! tú eres para mí descanso perdurable, paraiso de deleites, jardín de flores eternas, tesoro de todas las riquezas, y riqueza de bienes infinitos. ¡Oh Jesús de mi corazón, amor de mi alma! Verdaderamente eres camino, verdad y vida, camino recto, verdad infalible y

vida segura, camino fuera del cual todo es extravío y perdición; verdad sin la cual todo es

En ti quiero vivir, divino Amante

engaño y mentira; vida fuera de la cual no hay más que muerte.

De esta vida quiero vivir, esa verdad deseo saber, y por ese camino quiero andar todos los días de mi vida. Lejos de mí los caminos del mundo y la senda de los pecadores. ¡A tí sólo quiero, Dios mío; a tí sólo amo y en tí sólo espero! No sea jamás confundida mi esperanza.

CAPÍTULO XL

MIS CRUCES DIARIAS

Un día, digno de memoria eterna, el Maestro divino enseñó al hombre la manera de andar por los caminos de la santidad, con esta sentencia admirable: *El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz cada día y sígame.* ¡Benditos sean tus labios, ¡oh Jesús mío que pronunciaron estas palabras divinas; y bendito tu corazón que me ha dado la inteligencia de ellas!

¡Mi cruz de cada día! ¡Mis cruces diarias! Este es un tesoro del cual, necia de mí, no he sabido hasta hoy aprovecharme, por no conocer su precio, que es inestimable. *Cada día trae consigo su cruz,* cruz para el alma, cruz para el cuerpo, cruz para el corazón, cruz para la inteligencia, cruz para la sensibilidad, y estas son mis cruces diarias. No hay día en que alguna de ellas no caiga sobre mis hombros en forma de contrariedad inesperada, de rozamiento que hiere, de ingratitud que punza, de temor que inquieta, de malestar físico que abruma, o en forma de espinita que se me clava en el corazón.

Antes no quería yo estas cruces, huía de

ellas, y me quejaba si no podía evitarlas; mas ahora no me quejo, ni las huyo, sino que las recibo con los brazos abiertos y les digo con cariño: ¡Crucecitas mías, cuánto os quiero! ¡Qué insensata fuí, el tiempo en que me quejaba de vosotras! Pero me quejaba, porque no conocía vuestro valor, porque no sabía que érais *mis cruces diarias*, enviadas para bien mío por mi Padre celestial.

¡Mi Padre celestial! ¿Puede acaso sucederme algo, sin que El lo sepa? ¿Puede venirme alguna cruz, sin que sea su amor quien me la envíe? Como Padre amantísimo que es, desea mi corrección y enmienda, la que consigue por ese medio. Como remunerador supremo, quiere darme recompensas magníficas, y por eso me envía un poco más de trabajo. Como médico peritísimo, sabe el mal de que adolezco o puedo adolecer, y me propina en esas cruces diarias remedios que lo curen o que lo eviten. Como juez equitativo, conoce las deudas que con El tengo contraídas, y se va cobrando poquito a poco lo que le debo. ¿Por qué, Dios mío, no he conocido antes esta doctrina tan consoladora? ¡Ay! si yo hubiera abrazado bien *mis cruces diarias*, no hubiera perdido el mérito de ellas con mis inútiles lamentos!

Me enseñaron que algunas veces era lícito quejarse; que no era malo un desahogo de vez en cuando; y que era un consuelo comunicar las penas; pero la experiencia me ha enseñado que esto no es verdad; que esas son máximas mundanas, dignas de que las desprecie toda alma

que aspire de veras a ser santa. Yo he comunicado alguna vez mis penas, y no me ha producido esa comunicación más que desconsuelo; yo me he desahogado en algunas ocasiones y he quedado siempre más llena de aflicción; yo me he quejado no pocas veces, y sería mejor no haberlo hecho, porque la queja excita y renueva casi siempre los sentimientos del corazón; el desahogo exajera los agravios recibidos, aumentando la inquietud y agitación del alma; y las cruces comunicadas en esa forma pierden su mérito, no dan alivio y privan al alma de la santidad que Dios quería darle por medio de ellas. La única queja, el único desahogo que no me ha hecho daño nunca y me ha consolado siempre, es el que he tenido con Jesús junto al Sagrario, comunicándole mis penas. Es el único que me ha confortado de verdad en la tribulación, ha dado alivio a mis pesares, ha disipado la tristeza de mi alma y ha suavizado las amarguras de mi vida.

He dicho que toda cruz es una medicina ordenada por Dios para curar una enfermedad del alma, o para evitarla; y ahora añado que las criaturas son los instrumentos de que se vale ese médico divino para operarme, instrumentos que El tiene en su mano bien apretados para que no dañen más que lo necesario, ni penetren más de lo que me convenga. ¿Por qué, pues, no entregarme en sus manos para que me cure a su placer? Entrego a la enfermera o al médico desconocido el miembro que me duele para que corte, apriete o rasgue; y después que ha hecho

correr la sangre y ha desgarrado los tejidos, le doy las gracias. ¿Y he de ser con Dios menos atenta que con el médico? ¡Qué insensatez!

¡Oh! qué neciamente procedí siempre que me quejé y murmuré de los instrumentos con que Dios operaba en mi corazón y curaba mi alma! Humillaciones, desprecios, persecuciones, malevolencia, castigos, enfermedades, contradicciones, calumnias, todas las cosas adversas que pueden sucederme en la vida, no son sino operaciones del médico divino para extirpar de mi alma el cáncer del orgullo, y de mi corazón la llaga del sensualismo. ¿Que la autora de esos males fué una lengua viperina, o un corazón maleado por el odio? ¡Ah eso me dice el demonio para que yo lo crea! ¡Eso me dice el amor propio para que yo no me aproveche de la tribulación! Pero el amor propio me engaña y el demonio miente, como quien es.

Y si no, vamos a cuenta, alma mía. ¿La lengua viperina puede hablar contra mí sin que Dios lo permita? ¿La calumnia puede clavar en mí su dardo envenenado, sin que Dios señale antes lo que va a penetrar en mi corazón y el veneno que va a dejar en él depositado? La reprensión, el desprecio, el castigo, la persecución, herirán las fibras más delicadas de mi ser, sin que Dios mida antes la profundidad y la anchura de la herida que me van a causar, para que salga por ella el mal que hay en mi interior, mal que sin ese respiradero me daría muerte? ¡Dios mío! ¡Qué estulta era, cuando no comprendía esas cosas! ¡Qué luz derrama tu bondad di-

vina sobre mis cruces diarias! ¡Crucecitas mías, benditas seáis! ¡Qué tesoros sois para mí! Instru-

Crucecitas mías, benditas seáis

mentos del médico divino, venid, cortad y arrancad de mí todo lo que me hace deforme a los

ojos de mi Dios, todo lo que me impida parecerme a Jesucristo.

Las cruces diarias, traen siempre una misión que cumplir en mí; y esta misión tiene por objeto hacerme semejante a Jesucristo en cuanto la criatura puede asemejarse al Criador y el discípulo al Maestro. Sé que Jesucristo es el modelo de los predestinados, que no entrará en el cielo quien en la tierra no haya procurado parecerse a ese modelo divino. Lo que más puede asemejarme a Cristo son sus padeceres, sus clavos, sus espinas, sus humillaciones, su cruz; y por eso quiero recibir con los brazos abiertos a *mis cruces diarias,* que son las que pueden darme con Jesucristo cierto aire de familia que me asemeje a él. ¡Venid, pues, *cruces diarias,* venid a cumplir en mí la misión que traéis encomendada! Realizad vuestra obra; atormentad mi corazón cuanto el Señor os lo permita, y purificad a mi pobre alma de la escoria mundana. Bendito sea el dolor, bendita la pena, y bendita la cruz que purifica el corazón para que sea templo vivo y morada de mi Dios.

¿Cómo quejarme ya de mis sufrimientos? ¡Oh no! Quejarme, rechazar la cruz, incomodarme, perder la paz interior o huir de las tribulaciones, equivale a quitar el sinapismo y arrancarlo de su sitio cuando empieza a picar. Por ventura, ¿no se colocó allí para que picara y doliera y mortificara, y llamara hacia fuera el mal que estaba dentro? Pues, si para eso se puso, quitarlo de allí es inutilizar el remedio sin que surta efecto, y obligar al médico divino a emplear reme-

dio más activo u operación más dolosa. ¡Dios mío qué necios somos, cuando huímos de nuestras *cruces diarias!*

CAPÍTULO XLI

HORAS FELICES

Esta horas, las únicas felices de mi vida, son las que paso en compañía de Jesús Sacramentado, a solas con El, junto al Sagrario. Considérole como prisionero, sujeto allí con las cadenas más fuertes, que son las del amor; contemplo a ese amor ansioso de correspondencia, a mi Jesús deseosísimo de que vayan las almas a visitarlo, a decirle buenos días, a saludarlo, a darle las buenas tardes o las buenas noches, y me forjo la ilusión de que cada vez que me acerco a El le proporciono una satisfacción, le doy un consuelo, alegro su corazón y le hago sonreir de gozo. ¡Oh cuán dichosa soy entonces, y qué felices son las horas que paso en su adorable presencia!

A veces con mi loco pensamiento transformo el Sagrario y lo convierto en la casita de Nazaret; me figuro ver allá dentro a Jesús, trabajando en el taller junto a su Padre legal; a la Virgen traginando en su casa, absorta en Dios y dirigiendo a hurtadillas miradas inefables a su Divino Jesús, objeto de su amor y vida de su alma. En este instante llamo yo a la

puerta, que abre solícita y cariñosa la Madre de Dios humanado, a la cual digo con cierto atrevimiento mezclado de turbación: Señora, vengo a saludar a Jesusito y a decirle que lo quiero mucho; pero muchísimo.

Y el semblante de la Vírgen me parece que se indunda de gozo, irradia en él la dicha, me sonríe agradecida con una mirada conmovedora, y tomándome de la mano me acerca al taller diciendo: Jesús, Hijo mío, mira quien está aquí, viene a saludarte, a darte los buenos días. Y el corazón de Jesús se enternece; y fija en mí su mirada, penetrando mi alma y llenándola de consuelo; y sus labios se entreabren para decirme frases de gratitud; y mientras el glorioso Patriarca me da sonriente y amoroso las gracias por haber visitado su humilde casita y a a su divino Jesús, éste radiante de júbilo, me hace sentar a su lado, o a sus pies como la Magdalena, para decirme palabras de vida eterna. ¡Oh qué dulces y qué dichosas son las horas que transcurren entonces para mí al lado de mi Prisionero divino!

Y el Maestro celestial me instruye, me alimenta, me enseña, me conforta, me consuela, y me enamora con frases tan divinas como esta de los Cantares: «Ven, amada mía, y pondré mi trono en tu corazón.» Otras veces creo que me pregunta, como al Apóstol San Pedro: «¿Me amas? ¿Me amas más que los otros?» Y derretido el corazón en vivo fuego, le contesto con un silencio más elocuente que las palabras: ¡Sí, Jesús mío te amo con todo mi corazón, con toda

mi alma, con todas mis fuerzas, y más que a todo lo criado! Te amo con todo mi ser, porque eres tan bello y tan amable, que me atraes, me cautivas, me encantas y me arrastras hacia ti con suavidad infinita. Te amo, porque eres mi todo, y en tí halla mi alma todo lo deseable, todo lo que consuela, todo lo que ennoblece, y todo lo que proporciona dicha y ventura. Te amo, porque eres infinitamente amante y con ternura sin límites me agasajas, me cuidas, me proteges, me alimentas, me defiendes, me buscas, me esperas y olvidas mis ingratitudes. Te amo, Jesús mío, y tengo pena de no amarte más y celos de los que te quieren más que yo, y compasión de los infelices que no te aman, y envidia de los serafines que superan en amor a los ángeles del cielo, y ansias de verte amado de todas las criaturas en la medida que tú mereces.

Y dando rienda suelta a los afectos del corazón, los derramo ante la presencia de Jesús Sacramentado, hasta languidecer de amores divinos que embargan el alma en dulces desmayos o en misteriosos sueños, donde creo escuchar los conciertos de las arpas angélicas que, haciendo coro a los encendidos afectos del alma, entonan con melodía inimitable a mi dulce Prisionero el cántico apocalíptico de la eternidad: «¡Digno es el Cordero que fué sacrificado de recibir glorias, alabanzas, honor y bendición! ¡Digno es el Cordero eucarístico de ser amado y adorado con todas las adoraciones de las criaturas todas!» Y enajenada mi alma con estos

sueños de ventura dice, y con razón, que esas son las únicas horas felices de su vida.

Qué horas tan felices se pasan contigo

Otras veces me lo figuro encarcelado en su

prisión de amor, mirando al través de la tupida reja si alguien se acerca a consolarlo; lo veo deseoso de comunicarse, y entonces vuelo a El y entablamos amorosísimos diálogos. Dime, hermosísimo Nazareno, ¿por qué estás aquí preso?—Por amar con delirio—¿Y quién te ha metido en esta cárcel: - El amor—¿Y qué haces aquí encerrado tantos siglos? ¿En qué te ocupas?—En amar y ser correspondido. ¿Esperabas algo asomado a estas rejas?—Auras de amor que refrescaran mi ardorosa frente; suspiros de amor que vinieran a herir mis oidos con dulce melodía.—¿Eso esperabas? Pues, óyeme, Prisionero divino; te amo con toda mi alma, tuyo es mi corazón, y tuya mi vida, pues vivo sólo para amarte. ¿Quieres que me quede aquí contigo, prisionera de amor? ¡Qué cárcel tan amable es tu Sagrario! ¡Qué horas tan felices se pasan contigo!

Almas piadosas que pasáis la vista por estas líneas; permitidme que os haga una súplica. Si tenéis la dicha de morar con Jesús Sacramentado bajo un mismo techo, dedicad todos los ratos que podáis a consolarlo en su prisión de amor, y veréis qué horas tan dichosas se pasan con El. Si no vivís tan cerca del Sagrario, visitadlo de intento, siquiera una vez todos los días, y si tanto no podéis, por lo menos al pasar por delante de una Iglesia, entrad, si la halláis abierta, a saludar a Jesús preso de amor en el Tabernáculo, detenéos un instante con El como se hace con un amigo a quien de verdad se quiere; y si el templo está cerrado, enviadle con el co-

razón un saludo afectuoso, un suspiro de amor; y El, que vé los corazones, lo agradecerá y lo premiará como puede y sabe hacerlo.

CAPÍTULO XLII

ESPERANZAS CONSOLADORAS

Cuando siento ¡oh Jesús mío! ansias de verte, y tengo el alma llena de deseos del cielo, si entonces acierto a pasar por la enfermería, poseída de este dulce sentimiento, paseo por ella una mirada muda, pero elocuentísima, mirada que tú sólo comprendes; y hablando conmigo misma, exclamo: ¿Cuál de éstas será la celda donde el amado de mi alma vendrá a sacarme del destierro de esta vida? ¿Cuál de estas celdas será el teatro en donde se va a representar la última escena y la más gloriosa de mi vida mortal? ¿Cuál será la celda donde van a celebrarse mis celestiales bodas?

¡Oh bien mío! Para entonces es necesario que yo me prepare y me halle ataviada con la vestidura nupcial; sí, Jesús de mi alma, como la vestidura de bodas, para salir a tu encuentro. Yo quiero que entonces halles engalanada mi alma con larga y riquísima túnica, blanca como el ampo de la nieve de los Alpes. La túnica de la inocencia, que yo llené de girones y salpiqué de manchas... (lavadas ya éstas con tu purísima sangre, y zurcidos aquellos girones con mi arre-

pentimiento), debo ahora bordarla con primor y colocar sobre las que fueron manchas y girones, riquísimos bordados en oro de encendida caridad, compuestos de azucenas, rosas, pensamientos y menudas violetas. ¡Oh, qué hermosa aparecerá a tus ojos y a los míos esa túnica bordada! ¿Quién al verla pensará que en otro tiempo tuvo manchas y girones?

Esa túnica de la inocencia quiero que esté sujeta a mi talle con precioso cinturón de perlas: él lo constituirá mi voto de castidad, y ellas serán las lágrimas que he derramado por ser fiel y conservarme intacta para tí. El calzado de mis pies sea tal, que acredite desde luego que mis pasos (desde mi mística muerte) fueron hermosos, rectos y ligeros por el camino de la virtud. Y mis pendientes simbolicen que mis oidos estuvieron atentos para escuchar tu divina voz, y cerrados para las cosas de la tierra. Las demás joyas con que quiero ser ataviada no las menciono, porque el que esto me mandó escribir me encargó que en este punto... mi secreto para mí...

¿Pero dónde encontraré yo tanto oro y piedras preciosas para bordar así mi vestidura nupcial? ¡Ah! ya lo sé. En los desprecios, en las afrentas, en las tribulaciones llevadas con resignación por tu amor. Envíame, pues, por esos caminos, ¡Jesús de mi vida! y ya verás cuán solícita voy por ellos, cogiendo esas perlas preciosas que el mundo pisa, porque ciego no conoce su valor. Yo quiero seguirte; yo quiero poner mis pies sobre tus ensangrentadas huellas; yo

quiero seguir a mi adorado Esposo lo más cerca que un alma puede seguirle en la tierra.

Mundo grande de allá fuera, ¡atrás! Pequeño mundo del claustro en que vivo, ¡atrás también! Ingratitudes mías, flojedades en el servicio de mi Dios, faltas pequeñas a los ojos mortales, pero muy grandes siempre a los de mi Jesús, ¡todo atrás! ¡Dejadme, no os atraveséis en mi camino! ¡Dejadme, yo quiero seguir a mi Esposo en sus humillaciones y afrentas; yo quiero ser pobre como El, despreciada como El y abatida como El! ¿Cuándo, Jesús de mi alma, voy a seguirte tan de cerca? Para seguirte así, ¿es necesario sufrir y padecer? Pues bien; yo sufriré amando, y amaré sufriendo.

¿Y había yo de querer ser tenida y estimada, cuando tú fuiste por mi amor hecho el oprobio de los hombres? ¿He de querer yo abundancia y comodidades, cuando tú no tenías donde reclinar tu hermosísima cabeza? ¡No, vida mía, no: un esposo rico tiene una esposa rica; un esposo pobre tiene una esposa pobre; un esposo crucificado no puede tener más que una esposa crucificada. El no puede ofrecerle más que las comodidades de la cruz, pero también las delicias de su amor, amor que hace enloquecer. Llévame en pos de tí, Amado mío, dándome a gustar las amarguras y dulzuras de la cruz, las penas y delicias de tu amor.

¿Cuándo, hermoso mío, me voy a ver despreciada e injuriada por tí y hecha el oprobio de todas? ¿Cuándo, aquellos seres que yo más amo, me van a despreciar? ¡Ay! entonces yo es-

trecharé tu crucificada imagen con delirio sobre mi pecho, y vertiendo lágrimas que las criaturas hagan brotar de mis ojos, (al fin como débil mujer), exclamaré: ¿No ves cómo me desprecian, vida mía? Como a tí, lo mismo que a tí. ¿No ves cómo aquellas acciones mías, hechas con la más recta intención y sólo por agradarte, son mal interpretadas, y a los ojos de las criaturas parecen siniestras y torcidas? ¡Como tú, lo mismo que tú, Jesús de mi vida! ¡Ay, qué cerquita te sigo! Me parece sentir sobre mis hombros algo que se parece a tu cruz: así quiero seguirte, Esposo adorado de mi alma, hasta que vengas por mí a una de estas celdas solitarias.

Pero ¿no me falta nada para presentarme bien ataviada ante tus divinos ojos, y partir contigo al cielo? ¿No me falta nada? Sí; a mi frente le hace falta una corona y a mi mano una palma; pero ¡ay! yo ho puedo ser coronada, si tú no me coronas; yo no puedo ostentar en mi mano la palma de la victoria, si tú no me la das. Es necesario, pues, Jesús adorado, que esas dos preciosas joyas, las más hermosas de mi tocado, me las traigas tú del cielo, que allí es donde tejen esas coronas, y se crían aquellas hermosísimas palmas en los jardines celestiales.

Y tú, amado mío, ¿cómo vendrás engalanado, para celebrar las bodas con esta pobre alma? ¡Ay! ¡qué hermoso vendrás! ¡me parece verte! Tu vendrás envuelto en manto de gloria, para envolver en él a tu amada, y empuñando en tu mano, como Rey el cetro de eterna potestad. Tu rostro, a manera de un sol, despedirá más

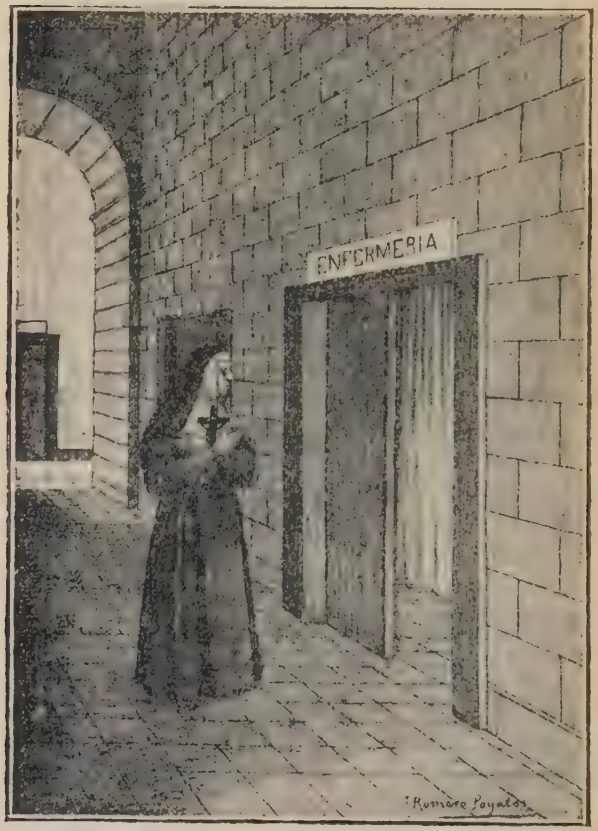
yos de luz que el astro del día en toda su plenitud; y ¡ay Jesús mío! cuando nuestros ojos se encuentren por vez primera, después de esta vida; cuando yo contemple sin velos ni misterios el rostro de mi Amado, ese hermoso rostro que yo he visto en sueños y que forma mis delicias y mis encantos, ¿qué sentiré? ¡Oh qué dicha!

Pues ¿y tu acento, Rey mío? ¿Cómo será el eco de tu voz? ¿Será tan sonoro como el murmurar de una fuente cristalina? ¿Será tan armonioso como el canto del ruiseñor, cuando en la primavera trina sobre el ciprés de mi convento, al rayar la aurora? ¿Será tan dulce y suave como el sonido de un arpa, cuando en el cielo recorre sus cuerdas la mano de un ángel, arrancando de ella melodiosos sonidos? ¡Sí... algo así, y más, mucho más, porque la naturaleza no tiene armonías comparables a tu divino acento. ¡Cielos, decidme! ¿a qué se asemeja el acento de mi amado?

Cuando yo, ¡Jesús de mi alma! ya espirante te vea envuelto en una nube de gloria, y tus labios de rosa se abran y con acento indefinible pronuncies el: *Surge, amica mea, columba mea, et veni. Veni de Libano, sponsa mea, dabo tibi coronam pro cinere...* ¿qué haré yo entonces, vida mía? Libre del peso del cuerpo, me arrojaré a tus pies divinos, y tú, levantándome con amor, me acercarás a tu pecho, y posando tus labios sobre mi frente, estamparás en ella el ósculo de eterna paz, que tanto ansío.

¡Ay, qué venturoso instante! ¡Qué momento

tan deseado, en el cual aspire yo tu aliento, más puro que la brisa del mar, más perfumado



¡Muerte, por qué te tardas ¿En què celda me hallarás?

que el cáliz de la azucena... y perciba los latidos de tu corazón amante... y el himno de las

vírgenes, hiriendo mis oidos con celeste melodía, entonando el: *Veni, sponsa Christi, accipe coronam, quam tibi Dominus praeparabit in aeternum!* ¡Ay amado mío! entonces... ¡yo seré tuya y tú mío!

¡Muerte! ¿por qué te tardas? ¿por qué no vienes? ¿en qué celda me hallarás? ¡Oh celda, celda mía, futuro testigo de mis celestiales bodas! Dime, ¿eres tú por ventura el teatro donde se va a representar tan gloriosa escena? ¿Llegaré yo, pecadora de mí, a gozar en tí la dulce presencia de mi amado? ¿Me trasladará él desde la estrechez de tus muros a su anchuroso palacio? ¡Sí! yo en El espero, y no será confundida mi esperanza.

CAPÍTULO XLIII

CONCLUSIÓN

¡En él espero y no será confundida mi esperanza!

Así terminaba el manuscrito de... aquella verdadera flor de los claustros religiosos, alma santa que desconocida del mundo, exhaló a su alrededor el grato aroma de las virtudes, como lirio que se cría en el fondo de un valle retirado, lejos de las miradas del hombre.

Fué una de tantas palomas como gimen en la soledad, sin que el mundo perciba sus celestiales arrullos; una de tantas heroinas como encierran los conventos, sin que la sociedad conozca sus méritos y su virtud; una de tantas flores como exhalan su fragancia en medio de los desiertos, sin que los mortales sospechen su existencia; uno de tantos astros como brillan en el firmamento del catolicismo, sin que vean su resplandor los que viven entre las tinieblas de la impiedad; una avecilla, en fin, de tantas como trinan y gorjean en el campo místico de la Iglesia, sin que el mundo siquiera barrunte que en la soledad de la clausura haya avecillas tri-

nadoras de tan melodiosa voz, tan dulce canto, tanta inspiración y tan patéticos gemidos.

Muchas veces he llorado al escribir aquí los cánticos de amor divino o los tiernos arrullos de esta paloma enamorada; y creo que ningún corazón sensible los leerá, sin sentirse emocionado.

Repásalos con frecuencia, alma religiosa, grábalos en tu memoria, cópialos en tu corazón; haz tuyos los afectos y sentimientos de aquélla alma fervorosa; ama el retiro, busca la cruz y el padecer por Cristo, y pídele a Dios que algún día nos veamos con ella en la gloria. Amén.

INDICE

		Págs.
Introducción.	. . . . .	7
I.	Recuerdos y esperanzas. .	11
II.	Páginas de mi niñez. . .	15
III.	Despedida de mi infancia. .	20
IV.	Mi vocación y mis luchas .	24
V.	Mi entrada y toma de hábito.	29
VI.	Mi aprendizaje.	33
VII.	Mi profesión y vida íntima .	39
VIII.	De cómo caí en la tibieza. .	42
IX.	De cómo me levanté. . .	48
X.	El nido de mis amores. . .	53
XI.	Mi cielo en la tierra. . . .	58
XII.	Mi celda.	63
XIII.	Mientras maitines	66
XIV.	Mi día de retiro.	72
XV.	Mi oficina predilecta . . .	77
XVI.	Mi escuela de perfección . .	83
XVII.	Arrullos de paloma. . . .	88
XVIII.	Junto a mi nido	94
XIX.	¡Padre perdónalos!	99
XX.	La cuenta del día	104
XXI.	Esperanzas tristes	110

Págs.

XXII.	Estando él ausente. . . .	115
XXIII.	Después de la ausencia . .	121
XXIV.	En brazos de mi Pastor . .	128
XXV.	Mirando al cielo.	132
XXVI.	Secretos interesantes . . .	136
XXVII.	En la enfermería.	144
XXVIII.	Flores y aromas.	151
XXIX.	En el portalito.	156
XXX.	Mi hora de guardia en las noches de Carnaval. . . .	164
XXXI.	Cazando almas	171
XXXII.	Ante el monumento. . . .	177
XXXIII.	Al pie de la Cruz.	186
XXXIV.	Mi Avemaria.	192
XXXV.	La fiesta de los amores. . .	200
XXXVI.	Corazón de padre	205
XXXVII.	Junto al Sagrario.	211
XXXVIII.	Un ángel más y un ángel menos.	217
XXXIX.	En mi coro.	223
XL.	Mis cruces diarias. . . .	230
XLI.	Horas felices.	237
XLII.	Esperanzas consoladoras. .	243
XLIII.	Conclusión.	250

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA VIDA ESPIRITUAL. Cartas a Teófila.—9.ª Edición.—Encuadernado en tela 3'50 pesetas.

LA VIDA RELIGIOSA. Cartas a Sor Margarita.=7.ª Edición.—Encuadernado en tela 3'50 pesetas.

POESÍAS RELIGIOSAS O FLORES DE MI JUVENTUD. 6.ª edición, corregida y aumentada.—En tela, 2'50 pesetas y en rústica. 2 idem.

MI VIAJE A OCEANÍA. 5.ª edición.—Encuadernado en tela, 2 pesetas.

LAS SIETE PALABRAS. 3.ª edición.—Encuadernado en tela, 2'50 pesetas.

EL DIRECTOR PERFECTO y Dirigido Santo. 3.ª edición.—Encuadernado en tela, 4 pesetas.

PREPARACIÓN PARA EL MATRIMONIO. 2.ª edición.—Encuadernado en tela, 3'50 pesetas,

LEYENDAS EDIFICANTES o Historietas piadosas. 5.ª edición.—Encuadernado en tela, 3 pesetas.

MURILLO Y LOS CAPUCHINOS. Un tomito de 132 páginas, 2'50 pesetas.

RESEÑA HISTÓRICA de la Provincia Capuchina de Andalucía. Van publicados 5 tomos; en rústica 8 pesetas y en holandesa con lomera de piel 12 pesetas.

RETÓRICA ELEMENTAL o lecciones de literatura preceptiva. Encuadernado 2 pesetas.

LA SALVE EXPLICADA. 2,ª edición.—Encuadernado en tela, y rótulos de oro, 3 pesetas.

ESTRAGOS DE LA MALA PRENSA. Discurso en el Certamen Periodístico de la Buena Prensa 0'25 pesetas.

SOLILOQUIOS. 6.ª edición.—Encuadernado en tela, 3'50 pesetas.

WASHINGTON

CATHOLIC THEOLOGICAL UNION
3 0311 00107 7317
WITHDRAWN
BX 2188 .C3 A45 1922
Ambrose, d. 1914.
Flores del claustro
DEMCO

3 0311 00107 7317

S0-EUP-355